



**Matigari**  
Ngũgĩ wa Thiong'o

EL COLEGIO DE MÉXICO

MATIGARI

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

# MATIGARI

*Ngũgĩ wa Thiong'o*

Traducción del inglés

de

*Rafael Segovia A.*



EL COLEGIO DE MÉXICO

896.39  
N5763m

Ngũgĩ wa Thiong'o, 1938-  
Matigari / Ngũgĩ wa Thiong'o ; traducción del inglés  
de Rafael Segovia. -- México : El Colegio de México, Centro  
de Estudios de Asia y África, 2005.  
196 p. ; 21 cm.

ISBN 968-12-1148-0

I. Profetas -- África -- Novelas. 2. África -- Novelas.  
I. Segovia, Rafael, tr.

Primera edición, 2005

D.R. © El Colegio de México, A. C.  
Camino al Ajusco 20  
Pedregal de Santa Teresa  
10740 México, D. F.  
[www.colmex.mx](http://www.colmex.mx)

Esta traducción se publica con la  
autorización de la Africa World Press

ISBN 968-12-1148-0

Impreso en México

*Esta novela está dedicada a todos aquellos que gustan de una buena historia; a todos aquellos que investigan y escriben sobre la escritura africana, y a todos aquellos comprometidos con el desarrollo de la literatura en las lenguas de todos los pueblos africanos.*

## ÍNDICE

Nota a la edición estadounidense	11
Al lector/oyente	13

### PRIMERA PARTE

<i>Ngarũro wa Kĩĩro</i> Llorando a mares	17
---	----

### SEGUNDA PARTE

<i>Macaria ma na Kĩhooto</i> El que busca la verdad y la justicia	87
--	----

### TERCERA PARTE

<i>Gũthera na Mũrũki</i> La pureza y la resurrección	151
---	-----



## NOTA A LA EDICIÓN ESTADOUNIDENSE

Escribí *Matigari* en 1983-1984 en un apartamentito de la calle Noel en el barrio de Islington, en Londres. Fue mi segunda novela escrita en lengua gikuyu. Se publicó en Kenya en 1986. Desde entonces, el libro ha tenido una historia que casi rivaliza con el relato de ficción que encierra entre sus tapas.

La novela fue escrita durante los primeros tres años de mi exilio político de la Kenya que amo. Escribirla en gikuyu cuando prácticamente no hay hablantes ni lectores de esta lengua ni en Gran Bretaña ni en otra parte, fue mi manera de soportar las duras condiciones del exilio y de establecer contacto con Kenya. Cuando salió la novela, en octubre de 1986, fue muy bien recibida en el país. La gente comenzó a hablar del personaje principal, Matigari, como si fuera una persona real. Aunque estaba en un escenario ficticio, el personaje se planteaba las mismas preguntas que muchas personas en Kenya. En una dictadura, las cuestiones de verdad y justicia se vuelven esenciales precisamente porque son las primeras dos cosas que desaparecen en un ambiente así. En la Kenya de 1986 y de los años siguientes, muchos intelectuales fueron encarcelados, exiliados o ejecutados por realizar la tarea literaria o académica de plantear preguntas. Así, no resulta extraño que la red de espionaje interna del régimen pronto se enterara de las aventuras de un tal Matigari que andaba por el país agitando al populacho con interminables preguntas acerca de la verdad y la justicia. El dictador respondió a su estilo. Mandó que la policía expidiera una orden de arresto para Matigari. Sin embargo, los dedicados y leales policías descubrieron que el hombre al que debían arrestar era sólo un personaje ficticio de un libro homónimo. La dictadura

respondió a esta información con una orden de arresto para el libro. En una operación policiaca muy bien coordinada hicieron una redada de todas las librerías del país, en febrero de 1987 y se llevaron todas las copias de la novela, probablemente para quemarlas o dejarlas que se pudrieran en alguna estación de policía.

En 1991 en Londres se publicó una traducción inglesa de la novela. Ocurrió entonces otra ironía. Durante un tiempo, la novela existió sólo en inglés y exiliada en el extranjero, de modo que compartió la suerte de su autor. Dos años después se comenzaron a vender copias de la edición inglesa en Kenya. Así, ahí se podía leer la novela en inglés y conocer al personaje, pero no en gikuyu. Apenas en 1997, dentro de la nueva atmósfera de lucha por una democracia multipartidista, se reeditó el original en gikuyu, de modo que las dos versiones se codean en las librerías de Kenya. Sin embargo, tanto la novela como el personaje siguen estando más “libres” en el exilio que en casa, en el doble sentido de país y lengua.

*Matigari* es una de mis narraciones más personales, porque al escribirla traté de experimentar con las formas del relato oral. Espero que los lectores de la edición estadounidense disfruten la historia. No tendrán que estarse cuidando, temerosos de que la autoridad estatal los pueda arrastrar a la cárcel por leer acerca de un hombre cuyo principal interés es la búsqueda de la verdad y la justicia.

*Ngũgĩ wa Thiong'o*  
Orange, Nueva Jersey  
diciembre de 1997

## AL LECTOR/OYENTE

Esta historia es imaginaria.  
Las acciones son imaginarias.  
Los personajes son imaginarios.  
El país es imaginario... ni siquiera tiene nombre.  
Lector/oyente: ¡que la historia ocurra en el país de tu elección!

La historia no ocurre en un momento preciso.  
Ayer, anteayer, la semana pasada...  
El año pasado...  
¿Hace diez años?  
Lector/oyente: ¡que las acciones ocurran en el momento de tu elección!

Y tampoco tiene un lugar fijo.  
Aquí o allá...  
En este pueblo o aquél...  
En esta región o aquélla.  
Lector/oyente: ¡ubica las acciones en el lugar de tu elección!

Una vez más, la historia no delimita el tiempo en términos de segundos  
Ni minutos  
Ni horas  
Ni días  
Lector/oyente: ¡que cualquiera de las acciones dure el tiempo que quieras!

Di que sí, y te contaré una historia.  
Había una vez, en un país sin nombre...



## PRIMERA PARTE



## NGARŪRO WA KĪRĪRO

### *Llorando a mares*

#### 1

Llevaba en la mano una AK47. Tenía en alto la mano izquierda para cubrirse el rostro mientras miraba hacia la otra orilla del río, en la misma forma en que había mirado desde hacía largos años, por encima de muchas colinas y a través de muchos valles, hacia las cuatro puntas del planeta. Ahora todo había terminado, pero sabía que aún debía tener precaución.

Un caballo sin jinete pasó junto a él al galope. Se detuvo, volteó a mirarlo por un momento y luego desapareció en el bosque. Le recordó a los caballos que el Colono Williams y sus amigos cabalgaban para ir a cazar zorros rodeados de una bien alimentada jauría. Se sentía como en otros tiempos, tan lejanos. Y no obstante...

¡Cómo les gustaba a los colonos hacer correr la sangre!... Se vestían de rojo, y el jinete que alcanzaba primero al zorro le cortaba la cola a manera de triunfo, y luego embarraba la sangre del zorro sobre el rostro de una mujer... Sí, lo hacía sentirse a uno como en otros tiempos... Bueno, no había noche tan larga que no terminara con el alba... Deseaba que hasta el último de los problemas coloniales hubiera desaparecido junto con la caída en el infierno del Colono Williams.

El sol salía en ese momento, pero la tierra estaba embozada en la niebla. No podía ver todo el horizonte a su alrededor. Era un hombre de edad madura, alto de estatura y de buen porte. Llevaba un sombrero de ala ancha, atado con una cinta bajo la barbilla, y de copa decorada con una delgada cinta recubierta de cuentas de muchos colores. Su cha-

queta de leopardo, que ya había perdido mucho de su pelaje original, caía sobre sus pantalones de pana hasta las rodillas. Las botas que llevaba estaban cubiertas de parches.

Caminó bordeando el río. Y de pronto vio lo que estaba buscando: un gran *mũgumo*, un ficus, exactamente en el centro de un macizo de árboles de otras especies. Era notable por su anchísimo tronco, y porque sus raíces estaban a la vista; una de ellas sobresalía al centro, y las otras tres brotaban de los lados. Sonrió para sí, mientras apoyaba su AK47 sobre el árbol y sacaba su espada de donde la traía escondida debajo de su abrigo. Empezó a escarbar la tierra cerca de la raíz central. Cubrió el fondo del agujero con hojas secas. Luego tomó la AK47, la envolvió en una hoja de plástico y la colocó cuidadosamente en el hoyo. Lavó la espada en el río, la volvió a poner en su funda y luego la colocó en el agujero junto al fusil.

Llevaba a la cintura una cartuchera decorada con cuentas rojas, azules y verdes, de la que colgaba una pistola en una pistola. Lentamente se desató el cinto, contó los cartuchos, lo enrolló con precaución y lo colocó al lado de la espada y del fusil AK47. Miró un momento estas cosas, tal vez despidiéndose de ellas. Las cubrió con tierra seca. Borró todas las marcas de sus pasos y luego cubrió el punto con hojas secas tan hábilmente que nadie hubiera sospechado que ahí había habido un agujero.

Caminó hasta el río y se inclinó a lavarse la cara y las manos. ¡Qué frío! Le recordaba las otras aguas en el pasado, que eran igualmente frías. Recordaba cómo, en aquel entonces, habían cantado toda la noche al aire libre.

Si tan sólo llegara la aurora,  
Si tan sólo llegara la aurora, *mararanja*,  
Para poder compartir las frías aguas con las aves matinales.

El agua les había adormecido la piel, de tal modo que ninguno sentía dolor mientras el cuchillo se hundía en la carne. Hasta ese momento habían sido sólo niños, pero para cuando soltaron la trabazón de sus puños cerrados ya eran hombres.

Su sangre se mezcló con la tierra, y se hicieron patriotas, listos para la contienda que iba a librarse.<sup>1</sup>

Se puso de pie, se dio la vuelta y miró una vez el lugar en donde había escondido sus armas, murmurando para sí: “Es bueno que haya dejado mis armas”. Arrancó de un árbol una tira de corteza, y se envolvió en ella, murmurando de nuevo: “En vez de eso, ahora me ciño un cinto de paz. Volveré a casa y reconstruiré mi hogar”. Cruzó el río y salió de la selva.

## 2

Subió y descendió más colinas y montes; cruzó muchos otros valles y ríos; recorrió los senderos de muchos campos y llanuras, moviéndose con determinación en dirección al corazón del país. El sol resplandecía con gran brillo. Se quitó la casa-ca, se la echó por encima del hombro derecho, y siguió andando, con el sol de frente bañándole el rostro. Pero no por ello vacilaba ni miraba hacia atrás. Las susanas de ojos negros\* y otras hierbas se quedaban pegadas en su ropa, como si le dieran la bienvenida por estar de vuelta en los campos. Sudaba. ¡Cuánto calor! ¡Cuánto polvo! ¡Qué pruebas tenía que pasar uno en este viaje terrenal! Pero no habría arribo sin el esfuerzo de los pies en movimiento.

Trató de visualizar su casa. En los ojos de su mente podía ver los setos y los ricos campos con tanta claridad. Una última escalada, la última, y estaría en casa: ¡su casa en lo alto de una colina!

<sup>1</sup> Referencia a *mararanja* (giyūkū), un festival de danza y canto que se celebra durante la circuncisión. La descripción alude también a la ceremonia de iniciación que se realiza antes del enfrentamiento armado.

\* *Black-eyed Susans*: Se trata obviamente de alguna planta provista de filamentos o semillas espinosas que adhieren a la ropa (a veces llamadas “pegarropa”). Puesto que probablemente la planta no tiene equivalente en la nomenclatura española, hemos decidido traducir literalmente su hsermoso nombre. (*N. del Tr.*)

Sentía los pies pesados. Decidió descansar un momento. Echó su casaca en el piso y se sentó sobre ella, a la sombra, recostado en el árbol. Se quitó el sombrero, lo colocó sobre su rodilla izquierda, y se enjugó el ceño con la mano derecha. Su cabello era una fina mezcla de negro y gris. Su frente llevaba las arrugas de la fatiga. Bostezó con somnolencia. ¿Cómo era posible que hiciera tan temprano un calor tan aturdidor?

Se adormiló. Sus pensamientos echaron a volar. ¿Cómo voy a regresar a casa solo? ¿Cómo podría pasar solo el quicio de mi puerta? ¿Y qué es lo que hace que una casa sea una casa? Son los hombres, mujeres y niños —toda la familia—. Ahora debo ponerme en pie, e ir a todos los lugares públicos, tocando el clarín del servicio a la patria y la trompeta de la victoria patriótica, y llamar a mi gente —mis padres, mis mujeres, mis niños—. Nos reuniremos todos, iremos juntos a casa, encenderemos juntos el fuego y construiremos nuestra casa juntos. Aquel que toma sus alimentos solo, muere solo. ¿Cómo puede haberseme olvidado aquella canción que cantábamos?

Gran amor vi allí,  
entre las mujeres y los niños.  
Compartíamos hasta un solo frijol  
que cayera al suelo.

Se estremeció y despertó. Se puso el sombrero y recogió su casaca, que volvió a cargarse en el hombro derecho.

Lo asaltó una urgencia irresistible de ir a echar un vistazo a su casa, pero la combatió. Había tomado una decisión. Iría primero a buscar a su gente; a averiguar al menos primero dónde vivían, qué comían y bebían y qué ropa llevaban. Cuántas trampas, ¡oh cuántas tentaciones están sembradas en el camino del viajero por esta tierra!

## 3

Atravesó otro campo más, pasó a través de una mancha de árboles jóvenes de zarzo y llegó a un camino asfaltado. Se detuvo y miró primero hacia la derecha, luego hacia la izquierda. Estacionado al otro lado de la carretera, había un Mercedes Benz negro, con la antena alzada. Una voz flotaba hasta donde él se hallaba:

...Esta es la voz de la Verdad... Toda concentración de más de cinco personas ha sido prohibida por un decreto de Su Excelencia *Ole Excellence*. No se dio explicación alguna sobre la prohibición. Pero es sabido que los estudiantes de la universidad iban a realizar una manifestación afuera de las embajadas estadounidense e inglesa para protestar por la continuación de la ayuda militar y económica occidental al régimen sudafricano del *apartheid*... Su Excelencia *Ole Excellence* agradeció calurosamente al gobierno británico por permitir que algunos de los soldados permanecieran para ayudar con el entrenamiento. Al dirigirse a la nación, Su Excelencia *Ole Excellence* repitió lo que había dicho durante el amotinamiento: fue una vergüenza para los soldados del ejército nacional hacer una huelga por salarios más altos tan pronto después de la independencia. Nunca se habían puesto en huelga contra el régimen colonial. ¿Por qué ahora sí?

...Esta es la Voz de la Verdad. El Ministro de Verdad y Justicia ha afirmado que este es un gobierno de los trabajadores. Todos los trabajadores deberían desvincularse de aquellos que perturban la paz social por demandar incrementos salariales. Trabajadores como éstos no valen más que los soldados que perturbaron la paz con su intento de amotinarse.

El Gobierno declara que el Partido Opositor está fuera de la ley... Su Excelencia *Ole Excellence* ha dicho que este es un gobierno del pueblo... El pueblo no quiere partidos de oposición, puesto que sólo causan desorden en el país.

## 4

Siguió andando por la carretera, alejándose del Mercedes, pero lo seguían, flotando, fragmentos de noticias. "...Estados Unidos dijo a Rusia que... la Unión Soviética dijo a los Estados

Unidos que... China e India... Astronautas... Cosmonautas...  
Y ahora las carreras automovilísticas...”

¿No podían todos ceñirse un cinto de paz, para que se acabaran todas las guerras y todos los conflictos del mundo? En el Mercedes había un hombre negro con una botella de cerveza y una mujer negra con una bebida gaseosa.

Su mente flotó lejos de las noticias y fue a alcanzar los autos que pasaban a su lado. Algunos sólo llevaban pasajeros europeos, otros asiáticos y otros africanos. Hacía mucho, mucho tiempo, había sido el chofer del Colono Williams. ¡Cómo habían cambiado las cosas y los tiempos! ¿Quién hubiera creído que algún día los africanos manejarían sus propios autos? Ahora lo único que les quedaba por hacer era manufacturar sus propios autos, trenes, aeroplanos y navíos. Sus pensamientos volvieron a apartarse para centrarse de nuevo en su familia. ¿Por dónde empezaría a buscarlos?

Llegó a una delegación de policía que estaba metros más adelante al borde de la carretera. ¿Preguntaré por mi gente en este lugar? No, haré toda búsqueda por mí mismo. Por el camino llegó hasta donde estaban dos policías con un perro alsaciano, junto a la puerta de una pequeña clínica municipal. Siguió más adelante, en dirección a la colina por la que cruzaba el túnel del ferrocarril. Se estremeció. ¿Cuántas vidas había cobrado el ferrocarril y el túnel en el momento en que se los construyó? Recordó las explosiones de dinamita y los gritos de los trabajadores cuando las paredes se derrumbaban, con frecuencia sepultándolos vivos. Y volvió a escuchar tan vívidamente los gemidos de algunos al ser aplastados por las aplanadoras, que por un momento creyó oír los gritos ahogados en sangre de los que morían. Una vez que quedó terminado el ferrocarril, empezó a tragarse las hojas de té, el café, el algodón, el sisal, el trigo —de hecho todos los productos de toda la tierra que el Colono Williams y sus iguales le habían robado al pueblo.

El hombre estaba erguido en la cima de la colina y miraba hacia abajo. El pueblo se extendía por la llanura allá abajo.

Las colinas rodeaban por todas partes la llanura y formaban una especie de muro protector a su alrededor. Su mirada se desplazó hasta más allá de las colinas hacia el horizonte distante, y luego volvió hacia el pueblo allá abajo. ¡Cómo había crecido! Los dos policías del perro lo alcanzaron a su vez. Los observó bajar por la curva de la carretera en dirección al pueblo.

Ahora podía oír la lejana sirena de la fábrica, llamando a los trabajadores para el descanso de las diez. Me pregunto si la pausa es todavía de cinco minutos, como antes —apenas tiempo suficiente para ir al baño y relajarse rápidamente, o para darle unas cuantas chupadas a un cigarrillo—. Pensó en todas las sirenas en todos los años que habían pasado desde entonces. Pensó en todos los que habían perdido algún miembro, todos aquellos cuyos cuerpos y mentes y corazones habían sido golpeados y quebrados durante siglos mientras trabajaban con sus manos. ¿Y ahora? ¿Qué pasaba ahora? Algunas de las palabras y frases que había escuchado en la radio volvieron a él. “...*gobierno del pueblo*...” La imagen del Mercedes negro le cruzó por la mente; luego la de los dos policías con el perro... la clínica... ¿Había realmente cambiado algo entre entonces y ahora? No puedo conocer la respuesta hasta que no llegue a casa. Y no puedo ir a casa antes de encontrar a mi gente. ¿Por dónde empezaré a buscarlos? La sirena de la fábrica volvió a aullar, y su mente se aclaró como si se hubiese descargado de un gran peso. ¿Por qué no lo había pensado antes?

La gente que trabajaba en la fábrica venía de todos los rincones del país. Una fábrica era realmente el lugar de encuentro de los trabajadores. Un patriota que estuviera buscando a los suyos debía empezar en los lugares en que trabajaba la gente.

Caminó en dirección a la fábrica, guiado por el humo que salía de sus chimeneas. Pasó junto a la oficina de correos, junto a la estación de ferrocarril y junto al hangar de mercancías de la estación.

El Mercedes negro que había visto hacía un rato pasó a un lado.

Nuevamente alcanzó a los dos policías. Ahora estaban de pie a un costado de la carretera, cerca de la puerta de la fábrica. Luego se metieron detrás de un macizo de arbustos silvestres.

Caminó hacia la puerta.

## 5

Un tablero para anuncios con gruesas letras rojas colgaba de las columnas por encima de las puertas de hierro.

MANUFACTURA ANGLOAMERICANA DE PIEL Y PLÁSTICOS  
PROPIEDAD PRIVADA  
NO ENTRAR

Había una cerca de alambre alrededor del vasto complejo. El edificio mismo de la fábrica se encontraba rodeado por un muro de láminas de metal y las viviendas de los trabajadores estaban cercadas con alambre de púas.

Un tractor rojo venía de la fábrica. Llevaba tras de sí tres remolques llenos de basura. El guarda salió de detrás de un poste y alzó la barrera para dejarlo pasar. Se dirigió hacia una señal que estaba un poco más lejos sobre la carretera: "MERCADO DE VERDURAS, 200 yardas". Se acercó aún más a la puerta.

El guarda estaba sentado en un banco. Llevaba uniforme caqui y un fez rojo con una borla negra. Sobre la chaqueta había escritas las palabras "Guarda, Propiedad de la Compañía". A sus pies había una lata con carbón. ¿Por qué diablos ha encendido un fuego, con el calor que hace? ¿Estará enfermo? Entonces vio que el hombre estaba tan sólo asando unas batatas. Sentía que el guarda sería la persona adecuada para preguntarle cómo agenciárselas para buscar a su familia en la fábrica. Con tanta gente en este lugar, había probabilidades de encontrar a alguno; o tal vez pudiera ser que el mismo guarda conociera a los niños... su gente.

Los gritos de los niños interrumpieron sus pensamientos. Se volvió y vio un batallón de niños corriendo por el medio de la carretera. ¿Por qué corren de esa forma? Vio el tractor rojo que volvía del mercado. Los remolques estaban llenos ahora con más basura del mercado. Pero, ¿por qué huyen los niños del tractor? ¡Mis niños...!

No habló siquiera con el guarda. Aceleró el paso y siguió a los niños y al tractor. Su corazón latía desbocadamente. Me apresuraré y les diré que estoy de vuelta. Les diré que los años de errancia y de vagabundeo han terminado. Iremos todos juntos a casa. Encenderemos el fuego juntos. Después de todo, la lucha fue por la casa. ¿No fue así? Un hogar... un refugio... con niños jugando en el pórtico o al aire libre... Compartir lo poco que tenemos... Alegría tras tanto sufrimiento... frío... hambre... desnudez... noches insomnes... fatiga... ¿Y cuántas veces nos acercamos a la muerte? La victoria nació de la lucha. No hay noche tan larga que no termine con el alba.

No podía creer lo que estaba viendo. ¿Eran posibles cosas como ésta en este día y en esta época en un país como éste? ¿Estaba sucediendo esto en plena luz del día?

Los niños hacían carreras con el gran tractor hasta el basurero, un enorme agujero cercado todo alrededor con alambrado de púas. Algunos buitres estaban encaramados sobre el alambre de púas, mientras que otros se posaban en las ramas de árboles cercanos. Unos halcones se cernían peligrosamente en el cielo. Una jauría de perros callejeros andaba de un lado a otro, olfateando aquí y allá entre la basura. Dos hombres estaban de pie en la única entrada del terreno y formaban a los niños en una fila.

¡Me pregunto para qué hacen cola!

El tractor entró en el terreno. Los buitres ahora volaban arriba y los perros corrían a su lado, olfateando anticipadamente. Llenaba el aire un terrible hedor.

El conductor volteó la basura en tres pilas. Apenas había terminado y ya los perros, los buitres y los niños estaban escarbando en los montones de basura.

Ahora entendía lo que estaba sucediendo. Cada niño tenía que pagar una cuota por entrar. Un boleto para permitirles pelear contra perros, buitres, ratas, todo tipo de carroñeros y de alimañas, para obtener pedazos de cordel o tela, fragmentos sueltos de cuero, suelas de zapato, elásticos, hilos, tomates podridos, bagazo de caña, cáscaras de plátano, huesos... ¡lo que fuera!

Estaba allí, de pie, conmocionado.

¿Mis niños?

Los dos hombres se fueron junto con el tractor que se alejaba del lugar, dejando tras de sí el barullo de los niños y los animales que escarbaban en la basura del mercado y de la fábrica.

“¡Encontré una radio! ¡Encontré una radio!”, gritó un niño, dando brincos de alegría. Unos minutos más tarde no había ni un palmo de basura que no hubiera sido escudriñado. Cada uno de los niños llevaba un pequeño bulto —pedazos de papel, hilo, plásticos, tubos y remiendos de tela de todas las formas y colores—. Algunos de los niños se habían llenado la boca con tomates podridos, mientras que otros se dedicaban a limpiar huesos con los dientes, esperando encontrar un resto de carne aún adherido a ellos. Entonces vio a dos niños peleando por una pelota de agujetas, mientras los demás estaban de pie, sonrientes, alrededor. El niño más grande golpeaba al más pequeño, se sentaba encima de él y lo cogía del pescuezo, estrangulándolo. El más pequeño tiraba puños con ferocidad, pero todo el tiempo se aferraba a la pelota de agujetas.

El hombre cogió una vara y corrió hacia los niños. El niño mayor lo vio acercarse, se quitó rápidamente de encima de su víctima y echó a correr, deteniéndose a cierta distancia. El pequeño se sentó, se palpó el cuello y miró al hombre con gratitud. Pero cuando vio que el hombre tenía una vara en las manos, también él echó a correr.

El hombre se quedó parado afuera del basurero. Recordó que llevaba el cinto de la paz, y tiró la vara y siguió a los niños.

Encontró a los dos policías con su perro, al conductor del tractor y a los dos hombres que habían tomado el dinero de los niños en conciliábulo detrás de un arbusto cercano a la carretera. Mantenían sus cabezas juntas formando un pequeño círculo y el dinero pasaba de mano en mano entre ellos. ¿Así que estos cinco se ocupaban en repartirse el dinero que habían tomado de los niños? ¿Así que una minoría de personas aún se aprovechaban de la mayoría, y el sufrimiento de muchos era la alegría de unos cuantos?

Fueron preguntas como éstas las que lo llevaron a la selva y a las montañas. Pero eso era entonces. ¿Qué estaba pasando hoy?

Apareció ante sus ojos una visión de su hogar. No había estado allí, aún no había estado en casa. La urgencia de ir a ver su casa le asaltó con la fuerza de la sed y del hambre de tantos días. Pero recordó que aún no había encontrado a su gente. No podía ir solo a casa.

Se apresuró a seguir a los niños.

## 6

El niño más pequeño tenía miedo del más grande. Caminaba despacio, a cierta distancia detrás de los demás. El hombre no tardó en alcanzarlo. Se asustó.

“No tengas miedo. Ya tiré la vara”, dijo el hombre.

Caminaban uno al lado del otro en silencio. La ropa del niño tenía parches por todos lados y se podían ver los dedos de sus pies asomando por los agujeros de sus zapatos.

“¿Por qué nos estás siguiendo?”, le preguntó al hombre. ¿Tú también quieres robarnos las cosas que encontramos? Estas son nuestras ganancias, ¿sabes?

“¿Ganancias?”, preguntó el hombre, sin entender lo que quería decir el niño. “Sí... estas son nuestras ganancias, las cosas que encontramos en el basurero”, dijo mostrándole la bola de agujetas.

“Y entonces ¿la gente se las roba a ustedes?”

“¡Claro que sí! Cuando ven que encontramos cosas como zapatos, cinturones, pedazos de cuero o de tela en buenas condiciones, fingen que están enojados, y nos gruñen: ¿Dónde encontraron esas cosas, ladronzuelos?”

“¿Quiénes son estas gentes?”

“Adultos, gente como tú, o diferente”, contestó el chico. Y entonces soltó una risita y agregó: “Pero ahora ya no tanto”.

“¿Y por qué?”

“Pues hemos aprendido cómo tratar con ellos. Les tiramos piedras. O esperamos a encontrar a uno de ellos solo, y lo golpeamos.”

“¿Por qué pagan por entrar al basurero? ¿Es un impuesto municipal?”

“Claro que no. Los dos hombres que usted vio tomaron la iniciativa de imponernos por sí mismos un impuesto.”

“¿Y qué sucede si no pagan?”

“Bueno, pues nos golpean.”

“¿Por qué no golpean todos ustedes a esos dos, o les echan piedras, o hasta los llevan a la comandancia de policía?”

“¿La comandancia de policía? ¿Está usted bromeando? La policía y estos bandidos trabajan juntos. Son tan inseparables como los dedos de mi mano”, dijo el niño extendiendo su mano hacia el hombre. “Si no pagamos, la policía nos persigue alegando que somos ladrones, o nos prohíben ir al basurero con el pretexto de que nos va a dar cólera, y que se lo vamos a pasar a otras personas. A veces nos llevan lejos de nuestras casas y nos llaman vagabundos.”

“¿Y dónde viven?”

“En nuestras casas.”

“¿Sus casas? ¿Dónde?”

“¿Quieres verlas?”

“Sí.”

“Entonces, ven conmigo.”

Atravesaron la plaza del mercado hacia su izquierda y continuaron más allá del centro comercial de edificios con

vitricas que había a su derecha. Pasaron frente al Barclays Bank, frente al American Life Insurance y frente al British-American Tobacco. Cruzaron por un terreno baldío al lado de una estación de gasolina Esso.

“¿Por qué hay tantos automóviles estacionados en este terreno?”, le preguntó el hombre al niño.

“¿Éstos? No son nada digno de mención. Si vinieras aquí a ciertas horas, te sorprenderías. Este estacionamiento a veces se llena de Mercedes Benz. Se creería que es aquí donde los fabrican. Sus dueños vienen a beber al Nuevo Hotel Sheraton.”

En efecto, mucho más adelante se podía ver un grandísimo edificio de cuatro pisos rodeado de pinos y de flores de todos los colores del arco iris, en plena floración.

“Esto no estaba aquí la última vez que vine por aquí”, dijo el hombre.

“¿Qué es lo que quieres realmente?”, le preguntó otra vez el niño. Para ese momento los demás niños habían desaparecido.

“Estoy buscando a mis niños.”

“¿Tus niños? ¿Se escaparon de la casa?”

“No, fue al revés. Primero perdí mi casa y luego mis niños se dispersaron por todo el país.”

“¿Cuándo pasó eso?”

“Bueno, hace mucho, mucho tiempo.”

“¿Y dónde has estado todo ese tiempo? ¿Por qué no los buscaste antes?”

Su corazón tuvo un sobresalto. ¿Cómo iba a decirle a este niño que había pasado toda su vida luchando por un refugio, que había pasado muchos años luchando contra el Colono Williams por sus niños?”

Pensó en contarle al niño la historia de la lucha de toda su vida con el Colono Williams, en la selva, en las montañas, en los valles, en las zanjas, en las cuevas, las llanuras, los ríos, las colinas y por todo el país.

“Empecé a buscarlos hace mucho tiempo”, le dijo al niño.

“Pero, ¿podrías reconocerlos?”

“Son iguales a ti, a todos los demás. Tú te ves como si hubieras salido del mismo vientre que ellos... misma madre, mismo padre.”

“No tengo padre”, dijo el niño. “Oí decir que había muerto luchando por la independencia.”

“Muerte de un patriota...”, dijo, como quien está en estado de trance. “Martirizado por nuestras tierras, por nuestras industrias, por nuestras casas.”

“¿Dónde están?”, preguntó el niño, sin sombra de ironía o de sarcasmo en la voz.

“Sí, ¿dónde están?”, repitió el hombre, como si él también quisiera conocer la respuesta a esa pregunta.

El niño lo interrumpió.

“Puedes detenerte ahora. Estas son nuestras casas.”

Estaban de pie en un espacio abierto. Habían dejado atrás los edificios. Frente a ellos se extendía un basurero en el que había apilados todo tipo de autos de todas las facturas —Ford, Mercedes, Volkswagen, Peugeot, Volvo, Fiat, Datsun—. No un basurero, no: un cementerio de vehículos de motor —unos abollados, otros tan completamente estropeados que sólo quedaban sus esqueletos para contar que alguna vez había habido un auto. ¡Sí, un verdadero cementerio de automóviles!

Los realmente dañados estaban forrados de pedazos de cartón, plástico, papel, costales, tela, casi cualquier cosa. Algunos descansaban sobre unas piedras. En el interior de otros crecía el pasto.

“¡Esta es nuestra aldea!”, volvió a decir.

“¿Estos autos arruinados?”

“Sí, son nuestras casas. Cada uno de nosotros tiene su propia casa. La mía es un Mercedes Benz”, hizo saber orgullosamente, como para subrayar que su casa era mejor que todas las demás.

Entonces y ahora... el pasado y el presente... ayer y hoy... ¿Qué maldición nos había caído en suerte? El presen-

te y el pasado... Su corazón latía al ritmo de sus pensamientos. Quería abrazar a todos los niños y llevarlos a su casa en ese mismo momento. Sí, quería llevarlos a vivir en aquella casa por la que él y el Colono Williams habían peleado durante años, cazándose el uno al otro por las montañas y las selvas del país. ¿Cuál era aquella canción que solíamos cantar?... Compartiríamos hasta la semilla que cayera al piso, la semilla por la que trabajamos afanosamente... Vio una visión de sí mismo y sus niños entrando juntos a su casa, juntos encendiendo el fuego y juntos trabajando por su hogar, el humo flotando por encima del techo de su hogar común. Los niños saldrían de este cementerio dentro del cual sus vidas habían sido condenadas a transcurrir. Construirían de nuevo sus vidas en la unidad de su sudor común. Una casa nueva. Un paraíso sobre la tierra. ¿Por qué no? No hay nada que un pueblo unido no pueda hacer. Llevado aún en las alas de esta visión, echó a caminar hacia los restos de autos para llevar tan alegres noticias a los niños. Un nuevo paraíso en la tierra.

Allá en la fábrica, la sirena aulló para anunciar la pausa para comer. “¡No!”, le advirtió el niño. “No se admiten visitas más allá de este punto.”

Puede que no oyera la advertencia del niño. Siguió caminando hacia la aldea.

Una piedra pasó rozando su ojo izquierdo. La segunda piedra cayó a sus pies. No fue sino hasta que la tercera piedra zumbó peligrosamente junto a su cabeza cuando se dio cuenta de que estaban dirigidas hacia él. El niño robusto estaba parado sobre el chasis de un Mercedes, diciendo a los demás que ahí estaba el hombre que venía a robarles las cosas que habían encontrado entre la basura.

Se detuvo en seco.

Las piedras volaban ahora de todas las direcciones. Echó la mano a su cintura, donde normalmente cargaba su pistola, pero entonces recordó que estaba ceñido por el cinto de paz. Se dio cuenta también de que se trataba tan sólo de niños,

sus niños, y no del enemigo. Se quedó ahí parado, estupefacto. ¡Mis niños!

El niño pequeño fue el primero en reaccionar. Corrió hacia él, lo tomó de la mano y lo alejó de allí.

El hombre siguió al niño.

Cuando los niños vieron que se iba, lo abuchearon y le lanzaron más piedras con renovado vigor, haciéndolo retroceder hasta las puertas de la fábrica. Agachaba la cabeza y los hombros de tristeza. Su rostro se llenó de arrugas de envejecimiento. Pero parecía que lo protegía un encantamiento mágico, porque ni una sola piedra lo tocó.

Unos autos en los que viajaban europeos, asiáticos y africanos se acercaron. Algunos se detuvieron en la cuneta para permitir a los pasajeros disfrutar del espectáculo de unos niños apedreando a un hombre viejo. Unos permanecían dentro de los autos y observaban el drama por las ventanillas. Otros estaban sentados en el cofre o recargados sobre sus autos, sorbiendo sus cocacolas o fumando sus cigarros. No eran los únicos observadores. Los tenderos y sus clientes abarrotaban las puertas o formaban pequeños grupos fuera de ellas.

“¿Por qué están golpeando a ese lunático?”, preguntó alguien. Otros meneaban la cabeza y decían: “Los niños y los locos se odian mutuamente como Satanás y la Cruz”.

El hombre no alteró su paso, ni parecía perturbado en modo alguno por el peligro en que se hallaba. Se cambió el abrigo de un hombro al otro. La puerta de la fábrica estaba totalmente ocupada por la fila de trabajadores que hacían cola para salir a su descanso para comer. El niño corrió en esa dirección. El hombre estaba ahora completamente solo en el centro de los tres grupos: los niños, los espectadores y los obreros.

Hacía mucho calor.

Muchas preguntas pasaban por su mente, pero no parecía presentarse ninguna respuesta. Todas culminaban en una gran pregunta: ¿Qué maldición nos ha tocado en suerte para

que ahora estemos peleando unos con otros? ¿Para que los niños y sus padres peleen mientras nuestros enemigos observan con regocijo?

El encantamiento mágico que hasta entonces lo había protegido pareció abandonarlo de pronto. Una piedra le dio en la oreja derecha. Se tocó el lóbulo. Sus dedos estaban cubiertos de sangre. Otra piedra le tumbó el sombrero, que cayó a sus espaldas. Se dio la vuelta y se agachó para recogerlo. Pero cuando se estaba irguiendo, otra piedra aterrizó en el puente de su nariz. Se le cayeron el sombrero y el abrigo.

Sintió su vejiga y sus intestinos a punto de soltarse al tiempo que un dolor insoportable atravesaba su cuerpo. La sangre le brotaba de la nariz, de la boca y de las orejas. Como los perros de caza cuando han olido la sangre, los niños lo apedreaban ahora con más fuerza con una lluvia de piedras. Su cabeza vaciló. Cayó pesadamente al suelo y perdió el conocimiento.

Los obreros avanzaron en grupo delante de él. Todos al mismo tiempo los niños dejaron de lanzar piedras y regresaron a su aldea. Los dueños de los autos también siguieron su camino. Los comerciantes volvieron a sus asuntos y los obreros pasaron junto a él, hablando de la fábrica, y en particular de la huelga que iban a concertar ese día. No tenían interés en el viejo que estaba allí tirado sobre la hierba.

El niño, que para ese momento había desaparecido entre los obreros, tomó a uno de ellos por la mano y le mostró al hombre herido.

“¿Por qué sangra de esa forma?”, preguntó el obrero, sacando un pañuelo de su bolsillo y limpiando con él la sangre del rostro y las orejas del hombre.

El hombre abrió los ojos. Sus ojos se encontraron con los del niño, llenos de compasión.

Le dijo: “Mi niño, ¿no me has abandonado?”

“No”, contestó el niño, con los ojos clavados en el punto en el que había goteado la sangre del hombre.

“Serás recordado”, dijo el hombre. Y entonces tomó conciencia del obrero que estaba agachado encima de él, enjugándole la sangre de la cara.

## 7

“¿Y quién eres tú, hijo mío?”, le preguntó al hombre.

“¿Quién, yo?” dijo el obrero. “Me llamo Ngarũro wa Kĩrĩro”.

“¿Ngarũro? ¿Del clan Kĩrĩro?” Gracias. Vendrá el día en que podremos conocernos mejor y dejar de tirarnos piedras el uno al otro. ¿Serías tan amable de enseñarnos dónde podemos guarecernos de este sol abrasador? Un lugar en el que pudiéramos tal vez comer un bocado, quiero decir, yo y...”

“Mũriũki. Me llamo Mũriũki.”

“Sí, eso es, un lugar donde Mũriũki y yo podamos encontrar algo que comer. ¿O prefieres regresar a tu aldea?”

Mũriũki dudó. Podía ver que el hombre estaba realmente adolorido, pero que hacía un gran esfuerzo por no dejarlo ver.

“No sé”, respondió el niño. “Si regreso allá, el chico grandulón seguramente me golpeará y se robará mis cosas. Es un bravucón. Pero también los otros me castigarán por haberte mostrado, a ti que eres un extraño, el camino de nuestra aldea, y por dejarte ir más allá de la línea fronteriza. Tendré que permanecer escondido dos o tres días hasta que se les olvide lo que sucedió hoy.”

“¿Vives en la aldea de los niños?”, preguntó Ngarũro.

“Sí, ahí es donde vivo”, contestó el niño.

“No te preocupes”, dijo el hombre, y se puso de pie con un brinco súbito, como si hubiera recobrado la fuerza juvenil necesaria para sobrepasar todo el dolor. Recogió sus cosas y sus ojos brillaban relucientes, como si pudieran ver muy lejos hacia el futuro.

“Te llevaré a la casa. Iremos juntos a casa para que puedas ver que no fue inútil que yo pasara todos estos años luchando contra el Colono Williams...”

Ngarũro y Mũriũki se miraron, haciéndose la misma pregunta sin palabras. ¿Qué había pasado con las arrugas del hombre?

“¿Cómo te llamas?”, le preguntó Ngarũro wa Kĩrĩro.

“Matigari ma Njirũũngi.”

“¿Matigari ma Njirũũngi?”

“Sí, así me llamo.”

Caminaron en silencio hacia la plaza del mercado.

“Matigari ma Njirũũngi”, repitió Ngarũro. “¿Los patriotas que sobrevivieron a las balas?”

“Ah, ¿así que los conoces?”

“He oído hablar de ellos.”

“¿Qué son los patriotas?”, preguntó Mũriũki.

“Los patriotas son los que fueron a la selva a pelear por la libertad”, respondió Ngarũro. “Se dice que algunos de ellos se quedaron en la selva.”

“¿Y para qué se iban a quedar?”

“Para mantener encendido el fuego de la libertad”, replicó Ngarũro.

“Pero, ¿por qué?”

“Para que no se apague. Tú sabes que el fuego de la libertad se encendió por primera vez en las selvas y en las montañas”, explicó Ngarũro.

“Es cierto”, dijo Matigari. “Estos niños son demasiado jóvenes para saber. Mírame a mí, por ejemplo. El Colono Williams y yo pasamos muchos años en esas montañas que ves allá lejos, cazándonos el uno al otro entre arboledas, zanjas, cuevas, llanuras, por todos lados. A veces alcanzaba a verlo en la distancia, pero cuando ya estaba listo a disparar, había desaparecido en la maleza y se lo tragaba la penumbra de la selva.”

“Otras veces él me arrinconaba, pero para cuando hacía fuego yo ya me había ocultado. Rodaba por el suelo, me arras-

traba de rodillas o sobre la panza, y así me le escabullía de entre los dedos. Y así, día a día, semana a semana, mes a mes, pasaron muchos años.

“Ninguno de los dos estaba dispuesto a rendirse. A veces lo hería, y pensaba que le había comprado un boleto al infierno. Pero justo cuando estaba a punto de salir cantando canciones de victoria, me llegaba la noticia de que había sido visto en algún otro lugar, buscando destruirme. En otras ocasiones sus balas me atrapaban. Yo me arrastraba, cojeaba y me escondía en cuevas para recuperarme, esperando a que mis huesos quebrados se compusieran. Hubo muchas veces en que le falló por muy poco la puntería. Quería decir que Dios no estaba listo para recibirme en su reino en ese momento. ¿Y por qué piensas que luchábamos?

“Por una casa. Mi casa.

“¿Verás, yo construí la casa con mis manos. Pero el Colono Williams dormía en ella y yo dormía afuera, en la veranda. Yo cuidaba de los terrenos que se extendían por millas alrededor de la casa. Pero era el Colono Williams quien se llevaba a casa la cosecha. A mí me tocaba recoger alguna cosa que hubiera dejado olvidada. Yo operaba todas las máquinas y trabajaba en todas las industrias, pero era el Colono Williams quien se llevaba las ganancias al banco y yo me quedaba con un centavo que él echaba a mis pies. Estoy seguro de que ya conoces todo esto. Yo producía todo en aquella granja con mi trabajo. Pero todas las ganancias iban a dar a manos del Colono Williams. ¡Qué mundo es éste! Un mundo en el que el sastre viste andrajos, el hortelano come bayas silvestres, el constructor va por ahí pidiendo un techo. Una mañana me desperté del profundo sueño de tantos años, y le dije: Colono Williams, usted que come lo que otro ha sembrado escuche ahora el clamor de la trompeta y el llamado del cuerno de la justicia. El sastre reclama sus trajes, el hortelano su tierra, el trabajador el producto de su sudor. El constructor quiere que le devuelvan su casa. Salga de mi casa. Usted tiene sus manos, hombre cruel y concupiscente. ¡Vaya usted a construirse su

propia casa! ¿Quién lo engañó a usted haciéndole pensar que el constructor no tiene ojos ni cabeza ni lengua?

“Para ese momento yo estaba temblando como una hoja bajo el viento. No porque tuviera frío, no porque tuviera miedo. Estaba temblando de rabia, la rabia de una dignidad recién descubierta que le viene a uno cuando las escamas de mil años se le caen a uno de los ojos. A partir de entonces era humano.

“El Colono Williams brincó hacia el teléfono. Yo me deslicé lentamente hasta la caja fuerte en la que guardaba su pistola. La tomé, sí, tomé su pistola y, quitándole el seguro, me hincé sobre una rodilla y apunté la pistola hacia él. Estaba todavía hablando por teléfono y ahí estaba yo, apuntándole su pistola. ¡Las sorpresas nunca se acaban! ¿Ustedes creerían, podrían creerlo, que fue John Boy, un negro, el sirviente del Colono, el que lo salvó? No tengo idea de dónde salió de pronto. Tal vez venía de la cocina. Saltó sobre mi espalda, gritando. La pistola cayó al piso, y él y yo empezamos a luchar. Yo estaba decidido a recuperar la pistola. El Colono Williams venía para unirse a John en mi contra, y sin la pistola yo no podría dar batalla contra los dos. Hice acopio de toda mi fuerza, me liberé de los brazos de John Boy y salté por la ventana. Corrí hasta la plantación de té. Pasando por los campos de maíz, por las plantaciones de plátano. Crucé ríos, escalé colinas y desaparecí en las montañas. El Colono Williams me siguió para ver quién silenciaría a quién y con ello aclarar cualquier duda respecto de quién era el verdadero amo.

“¡Así pasé muchos años!”

“Fue tan sólo ayer cuando las dudas se aclararon. El Colono Williams cayó. Yo me arrastré lentamente hasta donde yacía, por si estuviera fingiendo estar muerto. Estaba muerto. ¡Puse mi pie derecho sobre su pecho y alcé sus armas en alto, proclamando la victoria!”

“Y el día de hoy es el día de mi regreso a casa y quiero reunir a mi familia.”

Los ojos del hombre resplandecían con un gran brillo. Su voz melodiosa y su historia habían sido tan cautivantes que Mūriūki y Ngarūro wa Kīrīro no se dieron cuenta de que habían llegado al restaurante. Su historia los había transportado a otros tiempos muy lejanos en que el choque de los arcos y las lanzas de los guerreros hacían temblar los árboles y las montañas hasta su centro.

“¿Cuántos se quedaron allá para mantener vivo el fuego de la libertad?”, preguntó Ngarūro wa Kīrīro.

“Pregúntame otra cosa.”

“No, entiendo. Aquí estamos. Este es el restaurante.”

El bar era un edificio de piedra con un techo de metal corrugado. El restaurante era una pequeña extensión hacia un costado, hecha de madera con un techo de lona. Rodeaba todo el conjunto una barda de cartón y arpillera.

La gente comía en el bar y en el restaurante. Otros más estaban sentados en la barraca. El menú estaba colgado de la pared.

#### HOTEL MATAHA, BAR Y RESTAURANTE

*Ugali* con carne asada y estofado; Vegetales y maíz con frijoles; Puré de chícharos y puré de papa; Garbanzos; Frijol de Soya; Té; Leche; y Avena; Chapati, Pan, Samosas, Bisquets, etcétera.

AQUÍ VENDEMOS TODO, EXCEPTO LO QUE A USTED NO LE GUSTA.

Los obreros empezaban a volver a la fábrica en grupos de tres, cuatro y cinco.

“Yo no voy a entrar”, dijo Ngarūro. “Los obreros han decidido que debemos volver temprano y reunirnos afuera de la fábrica. Va a haber una huelga.”

“¿Una huelga?”, preguntó Matigari.

“Sí, empieza a las dos... Aquí encontrarás la comida que quieras. Busca un poco de agua y limpia la sangre de tu cara... Mejor me apuro. ¡Nada detiene al sol, ni siquiera un rey!”

“¿Te has cruzado con alguno de mi familia en la fábrica?”

“¿De la familia Matigari?”, preguntó Ngarũro. “¿Y de qué familia piensas que somos todos?”, dijo esbozando una sonrisa.

“Corre la voz: el Colono Williams está muerto. John Boy está muerto. Debemos ir a casa, encender el fuego y reconstruir nuestro hogar juntos.”

“Un momento”, dijo Ngarũro, al ser asaltado por una nueva idea. “¿Williams?, ¿Boy? Uno de los directores de la compañía se llama Williams. Su asistente se llama John Boy.”

“Un nombre puede tener más de un dueño”, dijo Matigari.

“Es verdad”, respondió Ngarũro. “Les diré a los demás tu mensaje. Esto es lo que les diré durante la reunión: ‘Williams está muerto, John Boy está muerto’. Llamaré a todos los miembros de la familia, y les diré: ‘Vayamos a casa y encendamos juntos el fuego. Reconstruyamos nuestro hogar’. Los más sabios entenderán la alusión.”

Ngarũro wa Kĩrĩro se puso de pie de un brinco como si una fuerza y una confianza nuevas le hubieran sido instiladas por su breve contacto con Matigari.

Matigari y Mũriũki lo vieron alejarse caminando y alcanzar el tren de los demás obreros. Tras un momento no pudieron distinguirlo de los demás.

La pausa para comer casi había terminado. Se podía ver gente apurándose a volver al trabajo antes de las dos. Los dos policías y su perro pasaron frente al restaurante, en dirección al otro extremo del centro comercial.

Hacía mucho calor.

Matigari y Mũriũki entraron al restaurante, cruzaron un pequeño canal de desagüe y pasaron al bar.

El aullido de la sirena volvió a llenar el aire. Eran las dos de la tarde.

Sobre la pared había murales de animales salvajes. Un elefante, una hiena, un búfalo, una serpiente, una cebra estaban sentados en círculo, todos con una botella de cerveza en la mano. El rey león estaba en el centro del círculo, haciendo una colecta. En la corona que tenía puesta se leían las palabras: “Rey de la Selva”. En su vientre estaba la palabra: “Tributo”, y a sus pies había un tonel con las palabras “Bébelo, bébelo. Después de todo, cuesta tan poco. ¡Bébelo!”

Una mujer gorda estaba sentada detrás del mostrador, protegida por una reja. En el lado opuesto, sentadas sobre bancos altos, había otras mujeres también gordas, vestidas todas de overol blanco, hablando de la inminente huelga de los obreros. “¿Qué haremos si la fábrica cierra?” La rocola ahogaba en parte sus voces, vociferando una canción: “Shauri Yako”.<sup>2</sup>

Matigari y Mũriũki estaban sentados en una mesa en el rincón de la parte trasera de la habitación. Matigari puso su sombrero y su chaqueta sobre una silla.

Una de las mujeres se acercó desde el mostrador para tomarles la orden.

“¿Así que ahora las mujeres trabajan en los bares?”, le preguntó a Mũriũki.

“Las mujeres trabajan en todas partes”, respondió Mũriũki. “Barren en las fábricas, cortan la hierba en los campos, pizcan el té, el café y el piretrum y limpian el limo de los caños y los desagües malolientes.”

“¿Y tu madre? ¿Qué hace ella?”

“No tengo madre.”

“No tienes madre ni padre —¿un huérfano?—. ¿Qué le pasó a tu madre?”

“Murió quemada cuando incendiaron la casa.”

“¿La incendiaron? ¿Quién?”

<sup>2</sup> *Shauri Yako* (kisuajili): “Es tu problema”.

“El casero. Rentaba una choza en el pueblo, pero no tenía con qué pagarla. El casero le dijo que se fuera, pero mi madre le dijo: ‘¿A dónde voy a ir si dejo esta choza? No puede echarme fuera en medio de la jungla como si fuera un animal salvaje. ¡El dinero no es más importante que la vida!’ Pero el casero contestó: ‘Se tiene que ir, le guste o no. Yo me encargaré de que se vaya’. Esa noche, mi madre regresó a casa borracha. Se fue a la cama. Era cerca de la medianoche cuando me despertó el olor del humo. Corrí hacia donde estaba acostada. Estaba profundamente dormida. Traté de despertarla. Yo salté por la ventana, pero mi madre se atoró en la ventana porque era demasiado pequeña. Y entonces la casa ardió.”

Matigari espantó con su brazo a una mosca que zumbaba cerca de su oreja. La mosca dio unos cuantos giros en el aire antes de aterrizar junto a otras moscas en la pared cercana a la cocina. Se volvió y miró a Mūriūki. ¿Llegará alguna vez el día en que nuestros huérfanos puedan enjugarse las lágrimas?, pensó.

Una de las meseras les trajo la comida y las bebidas que habían ordenado. Mūriūki se puso inmediatamente a sorber su refresco.

“No abra la cerveza todavía”, le dijo Matigari a la mesera. Se puso de pie y fue a lavarse la cara en una llave de agua que estaba cerca del baño. La sangre seca de su cara teñía de rojo el agua que goteaba sobre el suelo. Luego bebió de la llave, hasta llenar su vientre de agua.

La mesera regresó a donde las otras estaban sentadas, y siguieron hablando sobre la huelga, con sus botellas de cerveza medio vacías frente a ellas. Una de las meseras estaba tejiendo a ganchillo sin ningún esfuerzo.

La mujer que tejía dijo de pronto a las demás: “Pongamos el programa para amas de casa”. Cruzó la habitación y apagó la rocola.

Matigari regresó a donde estaba sentado Mūriūki, comiendo afanosamente. Se sentó y tan sólo miró su propia

porción, sin comer. Muchas preguntas pasaban por su mente. Pensaba en Mūriūki y en toda su gente. Cuando salió de la selva había pensado que la misión de reunir a su familia sería algo fácil. ¿Y ahora? Ya era más de mediodía y aún no había podido establecer contacto con los suyos; ni siquiera sabía dónde o cómo podría iniciar su búsqueda.

La radio empezó a sonar.

...Esta es la voz de la Verdad. Nuestra siguiente emisión es el Programa para Amas de Casa. El día de hoy hablaremos de asuntos familiares... La reunión general anual de la Asociación para el Desarrollo de las Mujeres se inauguró ayer en presencia de la esposa del Ministro de Verdad y Justicia. *Madame*, la esposa del Ministro, conminó a todas las mujeres a buscar refugio en la seguridad de la Iglesia y a dejar de competir con sus maridos en el alcoholismo y el adulterio. Las mujeres, dijo, son las piedras angulares del hogar.

Matigari se sobresaltó. Cierto, las mujeres son las piedras angulares del hogar. ¡Qué tonto de mi parte no haber pensado en eso! Debí haber empezado por buscar a las mujeres. Las mujeres me hubieran dicho entonces qué sucedía con los niños. Las mujeres son las que mantienen viva la llama de la continuidad y del cambio en el hogar.

Mientras se preguntaba qué hacer, vio a una mujer joven entrar al bar a reunirse con las otras. Se dieron la mano y chocaron unas con otras las palmas, en júbilo.

“Hola, Gūthera”, la saludaron todas a un tiempo. “¿Qué hay de nuevo?”

“Nada”, contestó con una sonrisa. “Sólo que me estoy escondiendo de los policías.”

Las mujeres detrás del mostrador bajaron el volumen de la radio, ansiosas de oír bien lo que Gūthera iba a decir.

## 9

“¿Por qué? ¿Robaste algo?”

“No. Sólo que uno de los policías anda tras de mí. Me sigue como si fuera una prostituta en celo. Debería avergonzarse de silbarme así para que me detenga. ¿Quién va a detenerse para dejar que los policías le hagan plática, y en plena luz del día? ¡Definitivamente no será Gũthera!”

Qué mujer más hermosa, pensó Matigari; una mujer con dientes que brillan como blanca leche, una cabellera tan negra y sedosa, como si siempre la tratara con el más puro de los aceites. Sí, una mujer que no es ni demasiado alta ni demasiado baja; ni demasiado gorda ni demasiado flaca. ¡Tan bien hecha que su ropa le queda como si la hubieran creado con ella puesta! Qué bien lleva su *lasso*\* decorado con flores sobre los hombros, con los velos cayendo en suaves pliegues sobre sus hombros y sus pechos. Resultaba difícil no mirarla. ¿Qué hacía una belleza tan singular en un bar de mala muerte?

Las mujeres echaron una carcajada.

“¿Y qué tiene de malo el policía? ¿No te gusta? Dinero es dinero, ¿sabes?”

“Para mí el dinero de los policías apesta a sangre”, contestó, al tiempo que se daba la vuelta y notaba la presencia de Matigari y de Mũriũki por primera vez. “Prefiero mendigar una cerveza a un total extraño —como el hombre aquel.”

Gũthera caminó hacia Matigari y sin más preámbulo se sentó en sus piernas, le echó los brazos alrededor del cuello y lo miró con amor fingido.

“¿Por qué me miras así, papá? Te has olvidado incluso de comer tu comida y beber tu cerveza. Yo por lo general bebo Lager. ¡Anda, no seas malo! ¿No me vas a ofrecer algo de beber? ¿O cuánto quieres pagar por un poco de placer? Los placeres son muy caros, ¿sabes? Pero en este periodo del mes,

\* *Lasso* (kisujili): Chal.

los precios por lo general están rebajados. Hasta hacemos regalitos a crédito. Puedes pagar a fin de mes. Pero eso sólo si tienes empleo. ¿Tienes? ¿O eres uno de esos campesinos que esperan que la venta de la leche de una sola vaca les dé un centavo? ¿O tal vez de la venta del café pizcado en un solo acre de tierra? ¿O eres del tipo de los que le tienden una emboscada a sus mujeres para quitarles el dinero cuando regresan a casa tras vender sus productos en el mercado? Sea como sea, no nos importa de dónde saques el dinero ni de qué manera lo hagas. Pero la suerte no está siempre con nosotros. Por ejemplo, en la fábrica los obreros se van a la huelga. No tengo idea de cómo iremos a conseguir nuestra comida. Podríamos tener suerte con los que venden sus pequeños terrenos. ¿Tú venderías el terreno de tu mujer, o incluso su casa?”

“¿No puedes ver que soy tan viejo que podría ser tu padre?”, le dijo Matigari a Gũthera cuando pudo al fin decir algo. “Siéntate aquí en esta silla”, dijo mientras la empujaba suavemente con una mano.

Se hizo un huequito entre Matigari y Mũriũki.

“¿Dónde has estado viviendo, anciano? ¿Has estado en la luna o tal vez en el espacio? ¿O sólo estás haciéndote el difícil de atrapar? Déjame decirte una cosa. En estos días no importa si se trata de tu padre o de tu hijo, de tu hermano o de tu hermana. Lo más importante es el dinero. Hasta un niño como éste podría venir a mí con dinero en el bolsillo y le daría tales delicias que nunca ha soñado siquiera. ¿O qué piensas, mi pequeño héroe? Con los únicos que he jurado que nunca tendré nada que ver son los policías. ¿Eres un policía? ¿Cómo te llamas?”

Antes de que Matigari pudiera contestar, Gũthera echó un vistazo por la ventana y vio a los dos policías con su perro. Se puso de pie en un instante.

“¡Dios santo! Esas hienas vienen hacia acá... No quiero que los idiotas me contagien la idiotez. Pero estáte pendiente, anciano. Pronto volveré y entonces tendrás que pagarme una copa.”

Gũthera desapareció por la puerta.

Matigari apoyó la barbilla en la mano, contemplando tristemente lo que había sucedido. El envejecimiento volvió a invadir su rostro; las arrugas parecían haberse hecho más grandes y más profundas. Cómo había cambiado todo. ¿A dónde iba este mundo?

Las mujeres del mostrador estaban hablando de Gũthera... “Tan parlanchina esa Gũthera... No sé qué tiene en contra del policía. La falta de dinero es canija... Si yo fuera Gũthera, lo trabajaría tanto, que tendría que acabar empeñando su uniforme de policía...” Y siguieron en este tono, matando el tiempo con pláticas triviales. De pronto se sobresaltaron al oír el gruñido espeluznante de un perro, seguido por un grito de mujer que helaba la sangre. Las meseras salieron corriendo, y tras ellas salió Mũriũki. El perro seguía gruñendo. Los gritos de la mujer eran de terror puro. Mũriũki volvió al bar, temblando de pies a cabeza.

“Es... la... mujer...”, dijo.

“¿Qué sucedió?”

“Le están echando el perro encima.”

“¿Quiénes?”

“Aquellos policías.”

Matigari se alzó de su silla como un resorte y salió a la calle en un instante, con Mũriũki tras de sí. ¡Qué escena fue la que vio ante sus ojos!

Una turba rodeaba a Gũthera. La gente miraba cómo los policías aterrorizaban a la mujer. Ella estaba de rodillas en el piso. El perro brincaba hacia ella; pero cada vez que su hocico llegaba cerca de sus ojos, el policía que sostenía la correa lo detenía. El chal de Gũthera estaba tirado en el piso. Cada vez que se ponía de pie para escapar, el perro brincaba hacia ella, ladrando y gruñendo como si olfateara sangre. Algunas personas reían, y el espectáculo les parecía realmente entretenido.

Un chorro de orina le corría por las piernas. Estaba mirando a la muerte cara a cara.

Una sensación de dolor agudo y de furia atravesó a Matigari. Su mano se movió hacia la cintura en un gesto que había repetido con frecuencia durante sus años de lucha con el Colono Williams en las montañas. No había nada en ese lugar. No había pistolas. Recordó que ahora llevaba el cinto de paz. Pero estaba muy enojado. ¿De qué sirve un hombre si no puede proteger a sus hijos? Sin embargo, no envolvió su enojo en el silencio. Siempre había pensado que de nada sirve enojarse por algo si no se tiene la intención de hacer algo para cambiarlo. Se volvió hacia la multitud y gritó furioso:

“¿Qué pasa aquí? ¿Van a dejar que hagan comer mierda a sus hijos mientras ustedes están ahí consintiéndolo? ¿Cómo pueden quedarse ahí mirando cómo pisotean estas bestias la belleza de nuestras tierras? ¿Qué tiene eso de gracioso? ¿Por qué se esconden detrás de un manto de silencio y se dejan gobernar por el miedo? Recuerden el dicho de que el miedo esparce la miseria sobre nuestras tierras.”

Todas las miradas se dirigían ahora hacia Matigari. La muchedumbre se abrió como para dejar el paso a un lunático. Matigari, sin modificar su paso, apuntó a los policías con el dedo y les dijo: “¡Déjenla en paz!”

“¿Quién te dio el derecho de estorbar a la ley?”, le preguntó el policía que sostenía al perro.

“¿Qué ley es esta que permite a los policías hostigar a mujeres indefensas?”

Los policías se sintieron incómodos, pues no sabían quién era ese hombre o qué era lo que le infundía tanta seguridad.

“¿Sabes que esta mujer desobedeció la orden de detenerse dada por la policía? Estamos aquí para garantizar la paz y la estabilidad”, dijo el policía que sostenía al perro.

“¿La paz y la estabilidad para garantizar el robo y el despojo? ¿Por qué no admites que la estás acosando porque no quiere abrirte las piernas?”

“¿Quieres que te suelte al perro?”, inquirió amenazadamente el policía, enojado porque había sido puesto en evidencia.

“¿Quieres que el perro te desgarre en jirones hasta que te mueras desangrado?”

“Atrévete a intentarlo. Entonces sabrás exactamente con quién estás hablando.”

“¿Y quién eres tú?”, preguntó el otro policía.

“Matigari ma Njirũngi.”

La valentía de la verdad lo había transformado una vez más. La vejez parecía haberse borrado de su rostro, haciéndolo verse realmente joven.

El primer policía hizo como si fuera a soltarle el perro a Matigari, pero el otro lo tomó de la mano y le susurró:

“Vámonos. ¿Alguna vez oíste hablar de alguien con un nombre como ése? Además, podría ser una persona importante vestida comúnmente. ¿O por qué crees que es tan atrevido?”

“*Wewe Mwenda wazimu*”, le dijo a Matigari el policía del perro.<sup>3</sup> “Y tú, mujer, debes aprender a obedecer a los que tienen el deber de garantizar la paz y la estabilidad.”

Los policías se alejaron hacia los edificios altos del centro comercial.

Matigari caminó hacia la mujer y le puso una mano en el hombro.

“Levántate... Ven, ponte de pie, madre...”, dijo simplemente.

Gũthera temblaba como hoja al viento. Se puso lentamente de pie, recogió su *lassoy* se alejó titubeando. Su mente estaba abrumada por graves pensamientos.

El resto de la gente se dispersó en varias direcciones, discutiendo sobre lo que había sucedido. Hablaban de los policías, del perro, de Gũthera y de Matigari. Se preguntaban unos a otros: “¿Quién es Matigari?”

<sup>3</sup> *Wewe Mwenda wazimu* (kisujili): “Estás loco”.

## 10

Matigari y Mūriūki regresaron al interior del bar. Las mujeres estaban ocupadas hablando del incidente que acababa de suceder. No se había visto cosa semejante en estos lugares. Una de las meseras destapó la cerveza de Matigari.

“Traígale a Mūriūki un refresco”, le dijo él.

Se quedó allí sentado, mirando el vacío, sin comer, sin beber. Sus pensamientos parecían volar muy lejos de allí.

Gūthera volvió a entrar en el bar. Se había lavado y cambiado de ropa y de *lasso*. Todas las meseras corrieron hacia ella y la abrazaron, diciéndole cuánto sentían todo lo que había pasado. Se liberó de sus abrazos y caminó hacia Matigari. Se detuvo junto a él con un aire humilde. Cuando habló, fue con voz temblorosa.

“No sé quién eres... pero te suplico que me perdones por todas las cosas que te dije antes. Nunca olvidaré, mientras viva, lo que acabas de hacer por mí.”

“Siéntate”, le dijo Matigari. “Pide algo fresco para beber, porque hace más bien demasiado calor.”

Gūthera se sentó frente a Matigari y Mūriūki. Ordenó una cerveza. Mūriūki pidió otro refresco. La mesera también trajo otra cerveza para Matigari.

“Sólo pedí una cerveza”, dijo. “Pero déjela allí. Seguramente encontraremos a alguien que se la beba.”

Tomaron sus bebidas en silencio. Incluso las meseras bajaron la voz.

“¿Cuál es esa historia entre tú y la policía?”, le preguntó.

Dudó un momento, mirando de reojo a Mūriūki, considerando si debía hablar o no en su presencia. Decidió hacerlo.

Empezó diciendo: “Nunca le he hablado de esto a nadie. Pero hazte tú la pregunta, ¿qué estoy haciendo en el bar?... Primero déjame contarte una historia...”

“Hace mucho tiempo había una virgen. Su madre había muerto en el parto. Esta niña y sus hermanas y hermanos fue-

ron criados por su padre. Él era cristiano —de hecho, era uno de los ancianos de la iglesia—. La niña creció, pues, en la iglesia. Pertenecía a la Iglesia de Escocia, mientras que su padre pertenecía a la Iglesia Independiente. Pero su padre no se oponía a que perteneciera a esa iglesia. Decía que lo importante era la palabra de Dios y sus mandamientos, y no las diferencias que pudiese haber entre las dos iglesias. La verdadera Iglesia de Dios estaba en los corazones de la gente. El resto eran simples edificios. La niña en cuestión amaba profundamente a dos personas: a su Padre celestial que le había dado la vida, y a su padre terrenal que la había criado con tanto amor. Su padre terrenal quería realmente a los niños.

“Nunca cenaba antes de que todos sus hijos tuvieran suficiente comida. No tenía preferencia por un niño en detrimento de otro. Para él todos los niños eran hijos de Dios, sus criaturas, y todos eran iguales. La niña iba siempre a la iglesia y nunca olvidaba decir sus oraciones. Ahí en la iglesia se le leían y se le enseñaban los Diez Mandamientos. Cuando creció, pudo leerlos por sí misma. Se le dijo que los cumpliera en todo momento y en todas partes.

No tendrás otros Dioses antes que a Mí.  
No te fabricarás imagen esculpida alguna.  
No proferirás en vano el nombre de Dios tu Señor.  
Recuerda el día del Sábado, para santificarlo...  
Honra a tu padre y a tu madre...  
No matarás.  
No cometerás adulterio.  
No robarás.  
No depondrás falso testimonio contra tu prójimo.  
No codiciarás las pertenencias de tu prójimo.

“Su meta, su propósito en la vida, era no hacer el mal. Aspiraba tan sólo a hacer el bien a los demás. Quería recorrer solamente los caminos de la virtud y de la rectitud.

“Se convirtió en una cristiana renacida. Empezó a rezarle al Señor con tanta honestidad que sintió que le habían crecido alas para alcanzar la santidad y que no podría más

que volar al cielo. Entonces estalló la guerra. La gente se dividió. Algunos eran patriotas y los demás eran unos vendidos. El mundo se veía de cabeza. Los hijos se volvían en contra de sus padres, los padres en contra de sus hijos. Hermano y hermana juraron que se quitarían la vida el uno al otro. Pero esta niña sólo reverenciaba a dos amos: su Padre celestial y su padre terrenal. Estaba dispuesta a hacer todo lo que pudiera para servirlos. Su padre iba a la iglesia con regularidad, pero él también era un patriota. La niña nunca supo esto, aunque su padre le decía a menudo: ‘Esos Diez Mandamientos son buenos todos ellos, pero están todos contenidos en este mandamiento: *Ama*. Y no hay más grande amor que éste: que un hombre dé su vida por otro. Imagínate, un pueblo en el que todos estén dispuestos a dar sus vidas los unos por los otros, por su país’. Un día, su padre terrenal fue arrestado. Ella fue a verlo a la prisión. Fue a ver al superintendente de policía para preguntarle por qué habían arrestado a su padre. Él le dijo: ‘Tu padre fue sorprendido con balas escondidas en su Biblia’. La chica lo negó. ‘Ve y pregúntale a tu padre’, dijeron. Lo trajeron esposado. Cuando lo vio en ese estado, echó a llorar. El oficial de policía la dejó llorar un momento. ‘¿Es cierto?’, le preguntó. ‘Sí, porque no hay amor más grande que éste: que hombres y mujeres den sus vidas por el pueblo yéndose a las montañas y a la selva. Este es el más grande mandamiento de todos los mandamientos de Cristo y de todas las religiones sobre la tierra, desde la de Mahoma hasta la de Buda’. La chica sufrió una conmoción y se quedó muda por un rato. Haber sido hallado en posesión de balas traía consigo la pena de muerte. Llevaron a su padre de vuelta a la celda. El superintendente salió, sonriendo maliciosamente. Dijo: ‘Mis superiores no saben aún nada de esto. Podemos arreglar este asunto entre nosotros aquí y ahora. Dame tu castidad y te devolveré a tu padre’. La joven permaneció en silencio. El superintendente fue más explícito: ‘Tienes la vida de tu padre entre tus piernas’.

“La chica volvió a casa y rezó de rodillas al Padre celestial, suplicando que la orientara. A la mañana siguiente, le hizo una visita al cura. Éste abrió la Biblia y le leyó los Diez Mandamientos. ‘No tendrás otros dioses antes que a Mí. No matarás. No cometerás adulterio’. Y lo demás. ‘Honra a tu padre y a tu madre’. Era aquí donde residía la verdadera prueba. ‘No cometerás adulterio; honra a tu padre y a tu madre’. Los dos se pusieron de rodillas y rezaron. El cura le pidió al Padre celestial que le diera valor a su sierva para que siguiera siempre los caminos de la virtud y de la rectitud. Al día siguiente, la chica volvió a la comandancia de policía. Nuevamente el superintendente le dijo: ‘Tu padre es uno de los que se llaman a sí mismos patriotas. Ha estado ayudando a los terroristas con reservas de parque. El crimen de haber sido hallado en posesión de balas sin licencia acarrea la pena de muerte. Pero yo te voy a ayudar. Fuera de esta comandancia de policía, nadie sabe de esto. Puedes canjear tu inocencia por la vida de tu padre’. La chica contestó: ‘Nunca traicionaré a mi Padre, Creador del cielo y de la tierra. Él dejó asentado el Mandamiento: No cometerás adulterio’. El oficial de la policía le dijo: ‘Entonces, despídete de tu padre’. Su padre terrenal fue ejecutado. Sus tierras fueron confiscadas por el gobierno colonial y la chica quedó a cargo de sus hermanos y hermanas. Los problemas empezaron a acumularse. La pobreza llegó, la ropa se hizo andrajosa y no había comida. Nada. Los otros niños lloraban: ‘¿Dónde está nuestro padre? ¿Qué vamos a comer?’ La chica sólo los veía con la mirada perdida. El pensamiento de que tal vez hubiera salvado la vida de su padre la atormentaba. El llanto angustiado de los niños la estaba destrozando. ‘¿Y ahora voy a ver morir de hambre a mis hermanos y hermanas? ¿Voy a dejar que la sangre de mi casa paterna manche mis manos?’ Le dio vueltas y vueltas en su mente a ese pensamiento. Pero su Padre celestial no le daba respuesta a sus preguntas. Todo lo que la Biblia decía era simplemente: No robarás; no codiciarás las pertenencias de tu prójimo; no co-

meterás adulterio. ¿Y qué con el hambre? No había respuesta. ¿Y qué con la sed? Tampoco había respuesta. ¿Y qué con la desnudez? Silencio. Y en la casa los niños seguían llorando: ‘¿Qué vamos a comer? ¿Cuándo va a volver papá? ¿A dónde fue?’

“La chica regresó a ver al cura. Oró con todos los demás cristianos en su iglesia. Cuando la veían acercarse, huían. ¿Una hija de terrorista? Iba a la iglesia, pero sólo para volver a casa con las manos vacías.

“Un día, la chica decidió salir a las calles. Ese día, regresó a casa con un costal de harina. Déjame decirte: a partir del día en que decidió salir a las calles, pudo darles de comer y vestir a los demás niños. Pero no podía ganar suficiente para mandarlos a la escuela o a un lugar donde pudieran aprender habilidades que les resultaran útiles. ¿No son los mismos niños que encuentro en los bares y en los centros comerciales comiendo restos de los basureros o pidiendo limosna a los turistas en las esquinas? He ahí el fin de mi historia. Pero tal vez no he contestado aún a tus preguntas. La noche en que la chica empezó a salir a las calles, se juró a sí misma: ‘Aunque mis problemas me han llevado lejos de la senda de la rectitud y me han convertido en una cazadora de hombres, nunca me acostaré con un policía. Aceptaré el dinero de los extraños, de los ladrones, incluso de los asesinos, pero nunca le abriré las piernas a ningún policía, esos traidores, no me importa cuánto estén dispuestos a pagar por los favores. Esto será mi onceavo Mandamiento’.”

“Hay dos tipos de creyentes”, dijo Matigari rompiendo el silencio que siguió al final de la narración de Gũthera. “Los que aman a su país y los que lo venden. Hay también dos tipos de soldados. Algunos están allí para proteger al pueblo, otros para atacarlo.”

“¡Nunca he visto a ninguno que proteja al pueblo!”, dijo ella.

“¿Y qué me dices de tu padre? ¡Un patriota como él! ¡Un servidor del pueblo! Hay también dos tipos de gente en nues-

tra tierra: los que venden a los demás, los traidores, y los que sirven al pueblo, los patriotas.”

“¿Cómo te llamas?”

“Matigari ma Njirũngi.”

“¿Un patriota? ¿Eres tú uno de los que se quedaron en la selva para conservar vivo el fuego de la libertad? ¿De dónde vienes?”

“Regresé apenas esta mañana de la selva.”

“¿Cómo?”

“Sí, regresé esta madrugada de las montañas.”

“¿Y quién es él?”, preguntó Gũthera, volviéndose hacia Mũriũki.

“Lo encontré en el basurero”, dijo Matigari.

“¿De veras?”, preguntó ella, y volteó otra vez a ver a Mũriũki. “¿Tú eres uno de los niños que viven en el cementerio de automóviles?”

“Sí”, dijo él.

“¿Y qué estás haciendo aquí en el bar?”, le preguntó ahora a Matigari. “¿No tienes un hogar a dónde volver?”

“Estoy buscando a mi gente, para que regresemos juntos a casa.”

“¿La familia de los patriotas que sobrevivieron a la guerra?”

“Tal vez no saben aún quiénes son. Tal vez olvidaron quiénes eran en realidad. Así que tendré que ir a todas las plazas de mercado, a todos los centros comerciales y a todos los lugares de reunión y sonar la trompeta para juntar a la familia de los patriotas que sobrevivieron. Les diré: ‘El Colono Williams está muerto; ahora vayamos a casa’.”

“¿El Colono Williams? ¿Quién es?”

Le tocó ahora el turno a Matigari contarle su historia; cómo había desmontado la maleza, cómo había cultivado y sembrado, y cómo más tarde había construido una casa. Y todo ese tiempo el Colono Williams se había paseado con las manos en los bolsillos, silbando melodías o dando órdenes aquí y allá. Le contó que cuando terminó de construir la

casa el Colono Williams se apoderó de ella. Había hecho lo mismo con las fábricas. Matigari era el único que producía todas las cosas. Pero era el Colono Williams quien recogía las ganancias. Imagina: el hortelano muriéndose de hambre, el constructor durmiendo en la veranda; el sastre caminando por ahí sin ropa, y el conductor teniendo que caminar millas y millas a pie. ¿Cómo podía existir un mundo así? Matigari le contó a Gũthera cómo había luchado contra el Colono Williams y cómo John Boy le había salvado la vida al colono. Le explicó cómo había corrido a la selva y subido a las montañas, con el Colono Williams y John Boy persiguiéndolo y cómo de ahí en adelante se habían cazado el uno al otro por valles y montañas.

“Fue apenas ayer cuando cayó, y yo puse sobre su pecho mi pie izquierdo, sosteniendo en alto las armas de la victoria y cantando la victoria en mi corazón. La casa es mía ahora, me pertenece a mí y a mi familia... Por eso ahora estoy buscando a mi gente, a mis hijas, a mis hijos, a mis parientes, a mis mujeres...”

“¿También tus mujeres? ¿Dónde las dejaste?”, le preguntó Gũthera en un tono que sugería que dudaba de su salud mental. ¿Por qué dice tales disparates?

“¿Dónde pude haberlas dejado, hija mía? Por eso empuñé las armas y me retiré a la selva y a las montañas a luchar, para que pudieran tener un hogar. Pero tengo un problema. ¿Dónde puedo encontrarlas ahora? ¿Por dónde empiezo a buscar?”

“¿Has ido a las plantaciones?”, preguntó Gũthera sintiéndose ligeramente avergonzada por haber pensado mal de él, sobre todo cuando recordó cómo la había salvado del perro de la policía.

“¿Así que todavía trabajan como esclavas en las plantaciones?”, preguntó Matigari.

“¿Qué quieres que hagan? Hoy en día no hay un solo rincón del país donde no encuentres mujeres buscando algo con qué calmar el hambre de sus hijos y sus maridos. La ma-

yoría de las mujeres son trabajadoras temporales en las plantaciones de té, de café y de sisal. Si quieres saber dónde iniciar tu búsqueda, ve a las plantaciones. Ve y rescata a ésas; no te preocupes por nosotras, porque nosotras perdimos nuestras almas en estos bares hace mucho tiempo.”

“Pero hay tantas plantaciones. ¿Con cuál empezaré?”, preguntó Matigari, casi hablando para sus adentros.

Güthera consideró la pregunta un momento. Durante toda su conversación había estado preguntándose cómo podría expresarle su gratitud por lo que había hecho por ella. Ahora se presentaba su oportunidad, y la aprovechó. Que estuviera loco, o no, no era lo importante. Pensó: iré con él, lo apoyaré, hasta que finalmente encuentre a su gente.

“Ven, déjame mostrarte el camino a la plantación más cercana”, le dijo. “Además, será mucho más fácil para mí buscar la información entre las mujeres.”

“Vamos de una vez”, dijo él, y se puso de pie. “Vamos antes de que oscurezca.”

Aún no había comido ni bebido. Una de las meseras envolvió la comida en un pedazo de papel. Matigari tomó el paquete y la botella de cerveza sin abrir y los puso en las bolsas de su chaqueta.

## 11

Aunque para entonces el sol se había desplazado un gran trecho hacia el oeste y las sombras se habían alargado, hacía aún un calor opresivo en todo el país. La hierba se marchitaba y las hojas tenían un aire cansado. La caligine que llenaba el aire era molesta; hacía ver espejismos en las autopistas asfaltadas. A no ser por el ruido de los autos en la carretera y el de los pájaros que cantaban en los árboles, toda la tierra estaba presa en una quietud mortal. No soplabla el viento. No había susurros de hojas. No había revuelo de ropas en ningún lado.

Pasaron tres camiones del ejército y cuatro Land-Rovers de la policía. Los soldados iban totalmente armados con rifles y ametralladoras. La policía llevaba macanas, escudos y máscaras antigases.

“¿A dónde van?”, preguntó Matigari.

“A la fábrica”, respondió Gũthera. “La huelga de los trabajadores iba a empezar a las dos.”

“¿Van a pelear contra los obreros?”, preguntó él.

Este hombre había pasado realmente mucho tiempo en la selva, pensó ella para sus adentros. Debía ir a casa y dormir para descansar del cansancio de tantos años. ¿Quién, a no ser un extraño, podía no saber que en este país la policía estaba siempre luchando contra los estudiantes y los obreros?

“Claro. Eso es lo que hace siempre la policía”, contestó Mũriũki. “¿No sucedió hace unos días apenas que golpearon fuertemente a los trabajadores, e incluso a algunos de ellos les rompieron las piernas?”

“Será mejor que nos apresuremos antes de que las mujeres se vayan de los campos”, hizo notar Gũthera.

Estaban sobre una colina cerca de un macizo de árboles de acacia. Ante ellos se extendía una plantación de té que se abarcaba hasta el horizonte. Los arbustos de té estaban tan bien podados que se veían como un enorme lecho de verdor.

“¡Qué fértil es esta tierra!”, dijo Gũthera.

“¿Toda esta tierra pertenece a una sola persona?”

“Sí... o a compañías extranjeras.”

Como no sabía en qué lugar de la plantación encontrarían trabajadoras, decidieron caminar entre las hileras de arbustos de té en su búsqueda. Caminaron, caminaron y caminaron colina abajo, pero no estaban aún ni siquiera cerca del límite de la propiedad. Simplemente tras una cresta venía otra cresta.

Mũriũki se sentía cansado y todo le dolía. Cuando miraba a Matigari, no podía evitar preguntarse: “¿Qué clase de

hombre es éste? No lo he visto comer ni beber cosa alguna, y no se ve cansado en lo más mínimo”.

Tras haber caminado varias millas sin llegar a una salida de la plantación, Gũthera sugirió que buscaran primero un lugar para pasar la noche, y continuar con la búsqueda al día siguiente.

“Mira, ya casi se pone el sol... Para esta hora, las mujeres han dejado sus puestos de trabajo...”

Salieron del sendero y empezaron a buscar una forma de salir de la plantación. No era tarea fácil. Caminaron a través de los arbustos de té sin encontrar el camino ni cruzarse con alguien que pudiera decirles hacia dónde ir. Toda la plantación se extendía uniformemente y sin fin en todas las direcciones. Ninguna mojonera, ni siquiera una columna de humo en alguna parte, rompía la verde monotonía.

Matigari se sintió triste. El día se estaba acabando. Aún no había podido encontrar a sus esposas. Aún no había puesto los ojos en su casa. El envejecimiento se apoderó de él. Su paso se aflojó, y ya sólo arrastraba los pies tras de sí.

Caminaron hacia el oeste, con los rayos del sol poniente cayéndoles directamente en el rostro. El calor del sol se había hecho menos intenso, pero aún no había ni la más mínima brisa que refrescara el sudor que se pegaba en sus axilas y les humedecía las cejas. Sus pies les punzaban y les dolían los dedos.

“Esta plantación es tan grande que el propietario sólo puede abarcarla de punta a punta yendo a caballo.”

“O tal vez en un carro alado”; agregó Mũriũki, representándose su basurero. “Ah, ¡cómo me gustaría volar por encima de esta hacienda de arbustos de té en un Mercedes Benz con alas o, mejor aun, en un caballo con alas, y que las hojas de estos arbustos rozaran suavemente el polvo de mis adoloridos pies...”

¡Las sorpresas nunca acaban! ¿Era una alucinación causada por el sol que brillaba directamente sobre sus rostros o provocada por la fatiga que sentían? Porque de repente los

tres vieron —o creyeron ver— un grupo de caballos galopando hacia el oeste que dejaban tras de sí una estela de polvo dorado por los rayos del sol poniente.

“¡Miren, ahí, entre la nube de polvo! ¿No son caballos?”, exclamó Gũthera, fascinada por esa extraña visión.

Siguieron el rastro de los caballos, aunque no podían distinguirlos claramente. Los caballos seguían galopando hacia el oeste. Una nube roja envolvía al sol, pero el sol seguía asomándose desde atrás y lanzando flechas de fuego en todas direcciones.

Resultó al fin que lo que había parecido un tropel eran en realidad dos caballos. Así pues, aunque no podían verlos con claridad, podían oír y seguir el ruido de sus cascos. De pronto Matigari se detuvo en seco y señaló con dramatismo hacia una colina lejana que tenían enfrente, y todo el cuerpo le temblaba de emoción.

Exclamó: “¡La casa... ahí está la casa...!, y la voz le temblaba, igual que el resto del cuerpo.

“¿Dónde?”, preguntaron simultáneamente Gũthera y Mũriũki.

“¡Ahí, arriba de la colina!”

Gũthera y Mũriũki entrecerraron los ojos para ver; y en verdad había ahí, en lo alto de la colina, dominando toda la comarca, una inmensa casa que parecía abarcar millas y millas, como la plantación, como si no tuviera ni principio ni fin.

“¿Es realmente tuya esa casa?”, preguntó Gũthera extrañada...

“¡Sí... esa es...! Esa es la casa por la que pasé tantos años luchando contra el Colono Williams —hasta el día de ayer, cuando cayó y puse el pie sobre su pecho... ¿Cómo puede ser que no haya reconocido esta plantación, que no haya reconocido lo mío? Vamos, vamos juntos a casa...”, dijo Matigari. Sus ojos brillaban resplandecientes. Todas las arrugas de su cara habían desaparecido y la juventud había vuelto a él nuevamente.

## 12

A un lado de la estrecha carretera asfaltada, junto a la entrada, había un hombre blanco y un hombre negro a caballo. Sus corceles eran exactamente iguales. Ambos tenían el cuerpo sedoso y marrón. Los jinetes también llevaban ropa del mismo color. De hecho, la única diferencia que había entre los dos hombres era el color de su piel. Incluso sus posturas sobre la silla eran idénticas. No había ninguna diferencia en la forma en que sostenían cada uno su látigo y las bridas. Y hablaban igual.

Estaban a punto de separarse.

“Te veo en la fiesta esta noche.”

Justo en el momento en que se disponían a cabalgar en direcciones opuestas, vieron a Matigari caminando hacia ellos. Frenaron sus caballos y esperaron.

Gũthera y Mũriũki se habían detenido ya, detrás de un macizo de arbustos, y observaban desde una prudente distancia para ver qué iba a suceder. Todos se hacían la misma pregunta: “¿Estará este hombre en su sano juicio?” ¿No eran ésas las casas que alguna vez habían sido las de los colonos, y que ahora pertenecían a los muy ricos, a los extranjeros y a los lugareños de todos los colores —negro, moreno y amarillo? Y sin embargo, Matigari parecía no tener ni reparo ni inhibición alguno. Pasó junto a los dos hombres a caballo y se aproximó a la verja.

“Ey, *mzee*,<sup>4</sup> gritó el hombre blanco. ¿No ves ese letrado? *Hakuna njia*.<sup>5</sup> ¡Ja, ja, ja!... ¿O no sabes leer? No se va al dormitorio de los sirvientes por allí.” Matigari se volvió, lo miró por un momento y luego le preguntó:

“¿Ahí es donde están las llaves?”

“¿Qué llaves?”

“¡Las llaves de esta casa... este hogar!”

<sup>4</sup> *Mzee* (kisuajili): “Viejo”.

<sup>5</sup> *Hakuna Njia* (kisuajili): “No hay paso”.

“¿Qué casa? ¿Qué hogar?”

“¡Esta casa!”

“¿Y para qué quieres las llaves?”

“Para entrar en la casa. Ya he errado demasiados años y por demasiados lugares sobre la tierra.”

“¿Así que crees que esto es un hotel?”, dijo el negro con sarcasmo irritado. “*Bob, come and listen to a bloke who claims that my house belongs to him.*”<sup>6</sup>

El negro se apeó del caballo; con una mano en la cintura, caminó hacia Matigari. Su compañero blanco, aún a caballo, se aproximó. Matigari había tomado la reja con una mano.

“*¿Is he all right?*”,<sup>7</sup> le preguntó el hombre blanco al negro. “*Amuse him a little, eh? A piece of comic theatre, eh? I will be the audience and you two the actors.*”<sup>8</sup>

“*I was ever such a poor actor*”,<sup>9</sup> dijo el negro. “*And I would prefer a tragic role. But to amaze you, I'll try...*”<sup>10</sup> ¿Quién eres?”, preguntó ahora a Matigari.

“Matigari ma Njirũngi.”

“¿Matigari ma Njirũngi?”

“Sí.”

“¿Y qué es lo que quieres?”

“La llave de mi casa.”

“¿Sabes de quién es esta casa? ¿Sabes de quién es el hogar?”

“¡Claro que lo sé! Es mía. Me pertenece a mí y a todo mi pueblo.”

“*Bob, he says that the house is his and his family's...*”<sup>11</sup> ¿Cómo que es tuya?” Hablaba ahora condescendentemente a Matigari, como un policía sobrio interrogando a un borracho.

<sup>6</sup> “*Bob, ven a escuchar a un tarado que dice que mi casa le pertenece.*”

<sup>7</sup> “*¿Está en sus cabales?*”

<sup>8</sup> “*Diviértete con él un rato, ¿sí? Un poco de teatro cómico. Yo seré el público y ustedes dos los actores.*”

<sup>9</sup> “*Siempre fui tan mal actor...*”

<sup>10</sup> “*Y preferiría un papel trágico... Pero lo haré para sorprenderte...*”

<sup>11</sup> “*Bob, dice que esta casa es suya y de su familia...*”

La pregunta “¿Cómo que es tuya?” despertó otros recuerdos en Matigari, y sus pensamientos lo transportaron de vuelta a lugares distantes, años antes. Dejó ir un suspiro. Soltando la verja, se volvió hacia el hombre negro y se puso a hablarle. Ahora parecía como si fuera Matigari quien estaba explicando cosas complicadas a un niño, en un lenguaje que sólo un niño podría entender. Sin embargo, no se mostraba condescendiente, sino tolerante y amable.

“Hijo mío, ¿me preguntaste cómo es que esta casa es mía? Es una larga historia... hay tanto que contar... ¿Ves esa casa? ¿Ves estas plantaciones de té y ese camino? ¿Quién crees que las construyó todas ellas? Y, te haré notar, no empecé ayer. He visto tantas cosas al paso de los años. Piensa nada más, yo estaba allí en la época de los portugueses, y en la época de los árabes y en la época de los ingleses...”

“¡Oye, no quiero una lección de historia! Sólo te pregunté por la casa.”

“¿Esta casa? ¿Crees que esta casa tiene una historia diferente a la historia de estas manos? Las manos son las hacedoras de la historia humana. ¿Conoces al Colono Williams? ¿El colono blanco que vivía aquí antes?”

*“Bob, the fellow claims to know your dad.”*<sup>12</sup>

*“¿My father? He disappeared in the forest years ago. Fate unknown, but presumed dead.”*<sup>13</sup>

*“Yes, together with my old man. Don’t I know?”*<sup>14</sup>

*“Ask him what happened to them. This play is more interesting than our evening rides.”*<sup>15</sup>

El negro se volvió otra vez hacia Matigari y le preguntó: “¿Williams? ¿Howard Williams? ¿El hombre blanco que vivía aquí?”

<sup>12</sup> *“Bob, el tipo dice que conoce a tu papá.”*

<sup>13</sup> *“¿Mi padre? Desapareció en la selva hace años. Destino desconocido, pero presumiblemente muerto.”*

<sup>14</sup> *“Sí, junto con mi viejo. Como si no lo supiera.”*

<sup>15</sup> *“Pregúntale qué les pasó. Esta representación es más interesante que nuestras cabalgatas vespertinas.”*

“Ése mismo.”

“Sí, he oído hablar de él. ¿Y qué con él? ¿Tú qué sabes de él?”

“¿Me preguntas qué es lo que sé de él? ¿El hombre-blanco-que-cosecha-donde-nunca-sembró? ¿Cómo puedo yo, hombre-negro-que-produce, no conocer al hombre-blanco-que-cosecha-donde-nunca-sembró? ¿O cómo piensas que empezó toda la querella? Sí, fue el solo hecho de que yo supiera quién era en realidad lo que desencadenó todo. Justo ahí. Justo de esa forma. Te lo puedes imaginar. Una mañana temprano me desperté, limpié mis ojos y mis oídos y entonces fui a ver al Colono Williams, y le dije: ‘Ustedes, clan de parásitos, no hay noche tan larga que no termine con el alba. Y no hay día que amanezca igual que otro. Hoy es un nuevo día, y el sol brilla con claridad en el cielo. Déjeme hacerle unas cuantas preguntas. ¿Quién construyó esta casa? ¿Quién desmontó y labró esta tierra? Escúcheme con detenimiento. El constructor exige que se le devuelva su casa, y el labriego su tierra. ¿Quién se cree que es el hombre-blanco-que-cosecha-donde-nunca-sembró? ¿Cree que es el representante de Dios aquí en la tierra? Váyase a casa. Porque, a partir de este día, el constructor se niega a mendigar un lugar para reposar su cabeza; el labriego se niega a morir de hambre; el sastre se niega a ir sin ropa, y el productor se niega a separarse de su riqueza’. Canté:

Tú, opresor extranjero,  
 ¡Haz tus maletas y vete!  
 Porque el dueño de esta casa  
 ¡Viene en camino!

“Cuando escuchó esta canción, el colono corrió al teléfono y yo me precipité a la caja fuerte a tomar la pistola... Pero nada hay peor que la esclavitud en este mundo. ¡La esclavitud! ¡Ah, la esclavitud! ¡El encadenamiento de la mente y del espíritu!

“¿Quién creen que gritó para prevenir al Colono Williams? ¿Quién creen que me saltó sobre la espalda y me hizo

soltar la pistola antes de que pudiera accionar el gatillo? No fue otro que John Boy.”

“¿Boy? ¿John Boy? ¿También a él lo conoces?”, preguntó el negro, asombrado.

“¿Quién no conoce a John Boy en este país? Él era el cocinero del colono. ¡Qué hombre! Era realmente gordo. ¡Tan gordo como un cerdo! ¡No, como un hipopótamo! Pero, ¿qué puedes esperar de alguien que se alimenta con las sobras de la mesa del colono?”

*¡Crac! ¡Crac!*

Matigari sintió como si su cuerpo hubiera sido rajado en dos pedazos. Sus músculos cedieron. Cayó al piso. Ninguno de los presentes esperaba ver algo así. Incluso a Gūthera y a Mūriūki el sonido del látigo les cogió por sorpresa cuando se disparó en el aire y cayó con un estallido agudo sobre Matigari.

Cuando el negro alzaba el látigo una tercera vez, el hombre blanco intervino.

“*What’s the matter?*”,<sup>16</sup> preguntó, sin apearse del caballo.

“*Insulting the memory of my late father... to my face! Oh, the cheek...!*”<sup>17</sup>

“*Does he know him also? Didn’t he also disappear at the same time as my dad?*”<sup>18</sup>

“*Yes. And this scarecrow seems to know everything. I’ll flay him until he squeals everything.*”<sup>19</sup>

“*Cool it. Remember you are playing a comic role; the tragic role was played by our fathers. Ask him a few more questions. Maybe he will provide the missing link to my theory about the fate of my father.*”<sup>20</sup>

<sup>16</sup> “¿Qué sucede?”

<sup>17</sup> “*Insulta la memoria de mi difunto padre... ¡en mi propia cara! ¡Qué descarado...!*”

<sup>18</sup> “¿También lo conoce a él? ¿Que no desapareció al mismo tiempo que mi padre?”

<sup>19</sup> “*Sí. Y este espantapájaros parece estar al tanto de todo. Lo azotaré hasta que desembuche todo lo que sabe.*”

<sup>20</sup> “*Calma. Recuerda que estás actuando un papel cómico; el papel trágico lo actuaron nuestros padres. Hazle unas cuantas preguntas más. Tal vez nos proporcione el eslabón perdido de mi teoría sobre la suerte de mi padre.*”

Para entonces el sol se había ocultado, pero había dejado tras de sí un resplandor rojo sangre en el cielo vespertino que alumbraba la casa, la verja y el camino en el que se encontraban.

“¿Has osado alzar un látigo contra tu propio padre?”, dijo Matigari aún aferrado a la verja.

“¡Tú no eres mi padre! Mírame bien, antes de que reine la oscuridad. Soy John Boy hijo. Resulta que el señor Boy, al que insultas, era mi padre. Era un hombre de clase, un hombre importante. Era muy sabio y tenía un gran don de visión. Me envió a la escuela, en una época en que la gente no conocía el valor de la educación. Me puso en un barco y me envió a Fort Hare en África del Sur. Luego fui a Inglaterra, donde estudié en la Escuela de Economía de Londres, más conocida como LSE. Obtuve allí varios diplomas de administración. Solía ir a los *dinners in the Inns of Court*,<sup>21</sup> donde aprendí a vestir como un *gentleman*, y de ahí obtuve el título de *barrister*. Y justo cuando estaba a punto de volver a casa y de mostrarle a mi padre todos mis grados y certificados, recibí una carta en la que se me informaba su partida a la selva con el Mayor Howard Williams para darle caza a unos terroristas. Que...”

“¡Detente... detente allí!”, dijo Matigari, temblando con nueva agitación. “¿Eres tú el niño que mandamos al extranjero? ¿El niño al que todos contribuimos a pagarle la educación? Y cantábamos con orgullo: ‘He aquí uno de los nuestros, y no un hijo de extranjeros por causa del cual alguna vez fui insultado’. ¿El niño para quien cantábamos: ‘Volverá y limpiará nuestras ciudades, nuestro país y nos liberará de la esclavitud?’ ¿El niño que mandamos a estudiar fuera, diciéndonos que un niño es hijo de todos, que la belleza de una nación estaba contenida en un niño, en un futuro patriota?”

“Escúchame atentamente, *mzee*. Te pediría que aprendas el sentido de la palabra ‘individuo’. Nuestro país ha permanecido en la oscuridad por causa de la ignorancia de nuestro

<sup>21</sup> Cenas en los mesones de la Corte.

pueblo. No conocen la importancia de la palabra ‘individuo’, por oposición a la palabra ‘masas’. La gente blanca es avanzada porque respeta esa palabra, y por lo tanto honran la *libertad del individuo*, que significa la libertad de cada cual para seguir sus propios caprichos sin preocuparse por los demás. La supervivencia del más apto. ¿Y ustedes, gente negra? Van por ahí encadenados a sus familias, clanes, nacionalidades, a su pueblo, a las masas. Si el individuo decide adelantarse, es jalado hacia atrás por los demás. ¿Cuál es el significado de la palabra ‘masas’? Déjame decirte, *mzee*, que lo que pertenece a las masas es transportado en una cubeta sin fondo. ¿Cómo iba la canción? ‘Toma tu camino y déjame ir por el mío, porque ninguno de los dos va cargando al otro’. Mi padre sabía esto, es por ello que me envió a la escuela e ignoró a los idiotas que mascullaban estupideces sobre compartir el último frijol.”

“¡Nunca acaban las sorpresas! ¿No recuerdas cómo la gente contribuyó con su dinero para enviarte a estudiar? ¿Nunca nadie te lo ha dicho? ¿No recuerdas que ustedes los intelectuales tienen una gran deuda con las masas que ahora llaman idiotas?”

“¿Dónde está el contrato que firmaron con mi padre, para que les pague en dinero lo que debo, de una vez?”, gritó John Boy, como si ahora se dirigiera a una inmensa multitud. “Sí, ¿dónde está el contrato? ¡Devolveré el dinero al instante, más los intereses...! Déjame decirte, anciano, lo que es mío es mío. Si quieres compartir conmigo lo que tienes, eso es problema tuyo. Ponte de pie y vete a casa antes de que te encuentres metido en un serio problema. El sol se ha puesto ya y la oscuridad pronto cubrirá las tierras. La comedia terminó. Más vale que te vayas ahora que estás sano. Esta casa le pertenece a otro.”

“¿A otro aparte del constructor? Yo soy el constructor.”

“*The fellow is adamant that the house is his*”,<sup>22</sup> dijo esta vez el negro a Robert Williams. “*I’m going to end this monkey business*.”<sup>13</sup>

<sup>22</sup> “*El hombre se mantiene firme en que la casa es suya*”.

<sup>23</sup> “*Voy a poner fin a esta mascarada*.”

*We shall otherwise be late for the party for those making arrangements for the minister's visit tomorrow.*"<sup>24</sup>

"I agree";<sup>25</sup> respondió Robert Williams. "And I have to find out the latest about the strike. Tell him to piss off. Or better still —Ha-ha-ha-ha! — why don't you ask to see his title-deed to the house? His house! Ha-ha-ha-ha!"<sup>26</sup>

“¿Tienes el título de propiedad de esta casa?”

“Mis manos son el más confiable título de propiedad que hubiera jamás. ¿Qué otro título necesitas que sea más grande que la sangre que vertí?”

“Te voy a dar un consejo. Esta es mi casa. La casa y las tierras a su alrededor son mías. Me las vendió el hijo de Howard Williams, el que ves ahí.”

“¿Él?”

“Sí. Es el primogénito de Williams. Él es alguien. Sí, ten cuidado, porque no es cualquier persona. Es el director de Anglo American International Conglomerate of Insurance (AICI) y de Agrobusiness Co-ordinating International Organization (ACIO) y es también director de la división local de Banker's International Union (BIU).\* Somos miembros de la junta de gobierno de la fábrica de piel y plásticos. El Ministro de Verdad y Justicia viene mañana de visita. La propiedad que ves del otro lado de la carretera pertenece a Robert Williams. ¿Te queda todo bien claro, anciano? ¿Entiendes de quién se trata? Es mi testigo, porque él me vendió la casa.”

“¿Es realmente el niño que apenas sabía sonarse la nariz? ¿Quién le dio el derecho de disponer de nuestra tierra,

<sup>24</sup> *Si no, vamos a llegar tarde a la fiesta que le hacen a los que se encargan de los arreglos para la visita del ministro mañana.*”

<sup>25</sup> “De acuerdo.”

<sup>26</sup> “Y tengo que averiguar cuáles son las últimas noticias sobre la huelga. Dile que se largue. O aún mejor —¡ja ja ja ja!—, ¿por qué no le pides que te muestre su título de propiedad de la casa? Ja ja ja ja.”

\* Las siglas empleadas son palabras en la lengua gĩkũyũ: *Aici*: ladrones; *Acio*: aquellos; *Biu*: completo; es decir: “los verdaderos ladrones”.

de nuestras fábricas, de nuestras casas, de nuestra herencia? ¿Dónde se conocieron ustedes dos? Pensábamos que ustedes los que tienen educación se opondrían firmemente a los blancos-que-cosechan-donde-no-sembraron. ¿Qué hiciste en Europa? ¿De dónde vino esta amistad tuya con los clanes de los parásitos blancos?”

Robert Williams y John Boy juntaron sus cabezas y se hablaron el uno al otro al oído. Entonces Williams dio vuelta a su caballo y se alejó cabalgando. Matigari empezó a abrir la verja y a introducirse en la propiedad. John Boy dijo:

“¡Un momento, anciano! Si dijiste que no tienes el título de propiedad, ¿cómo podemos saber que esta casa es en verdad tuya?”

Hablaba con sarcasmo, pero Matigari no hizo caso de ello. Le había asaltado de pronto un deseo irresistible de entrar en la casa, y esto lo había transportado a los años de lucha, sudor, cansancio, lluvia, viento, dolor y todo el sufrimiento por el que había pasado.

“¡Ven aquí!”, dijo, mirando de frente a John Boy. Matigari tenía una cualidad, una especie de autoridad en la voz y en el porte que hacía que la gente lo escuchara. Ahora él y John Boy estaban frente a frente, como si se estuvieran sopesando el uno al otro para ver quién era más valiente de los dos. “Ven, vamos a la casa, y te enseñaré cada rincón de mi casa, te llevaré por todas las habitaciones de esta casa por la que he sufrido tanto. ¡Ven, pueblo mío, uno y todos, entremos juntos en la casa; porque en mi corazón no hay envidia ni egoísmo!” Matigari dijo entonces en voz alta, como si se dirigiera a una gran multitud: “¡Sí, vengan todos, y encendamos juntos un fuego dentro de la casa!”

Justo en el momento en que estaba a punto de abrir la verja, Matigari oyó el ruido de un motor. Luego vio unos faros. Un Land-Rover se detuvo en el lugar donde se encontraban. Dos policías se apearon, dejando en la parte posterior a otro, que sostenía la correa de un perro.

“*Wapi ule muwivi?*”,<sup>27</sup> preguntó uno de los dos policías.

Robert Williams regresó al lugar a caballo. Williams el hombre blanco y Boy el negro apuntaron al mismo tiempo hacia Matigari. Los policías saltaron sobre Matigari y alumbraron su rostro con una antorcha.

“*Ni ule mzee! Ni ule mzee!*”,<sup>28</sup> dijo uno de ellos.

Eran los mismos policías con los que Matigari se había encontrado esa misma tarde.

“¿Estás loco, o qué te pasa?”, preguntó el que había acosado a Gũthera.

Lo alzaron en vilo y lo echaron en el Land Rover como si fuera un leño. El perro gruñó ferozmente y mostró los dientes.

“Te veré en la fiesta”, dijeron John Boy y Robert Williams cuando se separaron.

Los policías se alejaron en su vehículo. Gũthera y Mũriũki salieron de su escondite detrás del arbusto.

### 13

Matigari fue arrojado a una pequeña celda oscura que hedía con el aliento de las otras diez personas que estaban allí hacinadas. El fuerte olor de cerveza vomitada, el tufo del sudor en sus cuerpos y el de sudor y sangre humanos que se había secado sobre los muros de la celda durante años le dificultaban la respiración. Luchaba con dificultad contra la náusea que lo asaltaba. La celda estaba en silencio, a no ser por el ritmo regular del ronquido de un borracho que estaba tendido sobre su propio vómito.

Uno de los reclusos empezó a gritar. “¡Socorro! ¿Quién está orinando?”

“¡Es el borracho!”, dijeron varias voces al mismo tiempo.

<sup>27</sup> *Wapi ule muwivi* (kisuajili): “¿Dónde está el ladrón?”

<sup>28</sup> *Ni ule mzee* (kisuajili): “Es ese viejo!”

Los presos se empujaban unos a otros, tratando de huir del surtidor de orina, pero no quedaba espacio hacia donde pudieran moverse. Algunos gemían de asco, otros gritaban:

“¡Primero le dan arcadas y luego se orina!”

“¡Ya sólo le falta cagarse en nosotros!”

“¡Pínchalo!”

“¡Pégale!”

“¡Despierta, *wewe punda milia!*”<sup>29</sup> Uno de ellos lo golpeó. Despertó.

“¿Por qué nos estás bañando con tu orina?”

“¿Y echando pedos como un viejo cerdo?”

“¿Quién, yo?”, preguntó el borracho, aún atontado por el sueño y el alcohol. “Sólo estaba ayudando a Dios.”

“¿A echar pedos y vomitar y mear?”, preguntó otro.

“Juro que sólo estaba ayudando a Dios a hacer llover. ¿No ven cómo se ha extendido la sequía por el país? Sientan nada más estas paredes o este piso, cómo están resecos. Ven ustedes, mientras estaba parado junto a la carretera, no pude ver a ambos lados otra cosa que yerba seca, plantas secas y árboles secos. Y entonces me pregunté: ‘¿Cómo puede ser que todo el país esté tan seco?’ Y entonces pensé: ‘Si dejara caer dos o tres gotas, el Todopoderoso podría apiadarse y seguir mi ejemplo y dejar caer un poco de sus orines para beneficiarnos a todos nosotros en el país.’”

“¿Así que tu vómito fue una especie de sacrificio a Dios?”, dijo uno de ellos, tomando de nuevo un tono sarcástico.

“Y tu pedo era sin duda el sonido del trueno”, prosiguió otro.

“Que llueva, que llueva, para que pueda sacrificarte un cordero. ¡Y otro con una joroba!”, cantó alguien más.

“¿Saben? Hay algo de verdad en lo que dicen a veces los borrachos.”

<sup>29</sup> *Wewe punda milia!* (kisujili): “Tú, cebra”.

“Se puede decir que el alcohol le da a ciertas personas una visión profunda de las cosas. Los borrachos tienen una manera de ver cosas.”

“Eso es muy cierto, porque lo que ha dicho este borracho no es nada más que la verdad. Nuestro país está realmente tan seco como este piso de concreto. Nuestros líderes tienen el corazón más frío que el de Faraón. O incluso más frío que el de los colonialistas. No pueden escuchar el clamor del pueblo.”

“En eso tienes razón. Por ejemplo, ¿alguien puede decirme por qué me arrestaron el día de hoy?”

“¿Y a mí?”

Todos se olvidaron de la orina del borracho y empezaron a contar historias sobre sus arrestos. Por su manera de hablar, podrían haberse conocido desde hace años.

Uno de ellos era un campesino granjero. Había sido arrestado por vender leche sin licencia.

“¡Solamente una botella de leche, amigos! Y justo cuando acababa de comprar unas velas para llevármelas a casa, llegaron ellos con sus esposas: ‘¿Dónde está tu permiso?’”

Había otro que había sido arrestado por robar comida de un restaurante.

“¿Qué podía yo hacer? Me estaba muriendo de hambre, amigos míos.”

A otro más lo habían acusado de asesinar a un rico terrateniente que no le había pagado su salario.

“Lo golpeé con un palo y cayó al suelo muerto... Pero realmente me había provocado. Imagínense a su mujer y a sus hijos esperando que uno lleve algo de harina a casa y uno llega con las manos vacías. Y no es como si uno estuviera pidiendo limosna. Sólo está uno reclamando el salario por el que trabajó.”

El cuarto había sido arrestado por vagancia.

“¿Habría rechazado yo un trabajo? ¡Imagínense, ser arrestado por vagancia en su propio país!”

Entre ellos había un estudiante que había sido detenido por haber hecho preguntas al Comisionado Provincial sobre el gobierno del país a partir de la independencia.

“¿Y saben qué fue lo que le pregunté?: ‘¿Por qué llevan uniformes coloniales?’ ¿Qué, son dioses que no pueden ser cuestionados? *I say, where is democracy in this country?*”<sup>30</sup> El Comisionado Provincial me amenazó: ‘La van a tener difícil, ustedes los estudiantes universitarios. Y tú, el jefe, no has cumplido con tu deber, ¿o de qué se trata todo esto, simples niños gritándole a los adultos de esta forma? *So I am under the notorious Chiefs Act!*’<sup>31</sup>

Había también un maestro que había sido arrestado y acusado de enseñar marxismo y comunismo en la escuela.

“¿Saben en qué se basaron para acusarme? En el hecho de que afirmé que los sistemas políticos y económicos de países como la Unión Soviética, China, Cuba y otros países socialistas se fundamentan en las enseñanzas de Marx y Lenin. Sólo me pregunto una cosa. Si no puedo enseñar la verdad, ¿entonces qué debería enseñar?”

El séptimo hombre había sido acusado de tener intenciones de apoderarse del bolso de una mujer de la burgesía.

“Vi a esta señora rica desenrollando un fajo de billetes de cien chelines, y pensé para mis adentros: ‘Ese dinero nos pertenece, ¿no es cierto? Le ayudaré a gastarlo’. Así que la seguí, y cuando estaba a punto de subirse a su Mercedes, yo... ¿Pero cómo iba yo a saber que había un policía vestido de civil a mi lado? Me encerraron por carterista.”

El borracho había sido arrestado simplemente por estar borracho.

“¿Pueden explicarme la lógica que hay en esto?”, preguntó. “Si no bebo, ¿qué se supone que debo hacer con mi vida?”

<sup>30</sup> Yo digo: ¿dónde está la democracia en este país?

<sup>31</sup> Así que estoy acusado con base en la ley de Jefes Notables.

Para este momento, Matigari y otros dos de los que allí estaban aún no habían explicado por qué los habían arrestado.

“Es cierto que nuestros líderes actuales no tienen piedad”, agregó el campesino granjero. “Primero nos arrestan sin razón alguna y luego nos llevan a una celda sin sanitarios. ¡Así que acabamos meando y cagando los unos sobre los otros!”

“Aun cuando hubiera sanitarios”, dijo el que estaba acusado de robo, “yo no tendría nada que echar ahí. ¿Cuándo fue la última vez que puse un bocado en este estómago?”

“¿Y yo qué?”, preguntó el carterista. ¡Me estoy muriendo de hambre!

“He leído en los periódicos que en las prisiones alimentan a la gente”, dijo ahora el estudiante.

“¡Sí, cuando el Señor allá arriba lo quiere!”, exclamó el borracho.

Entonces Matigari recordó que aún tenía su comida empacada y una botella de cerveza.

“Tengo aquí una porción de comida que empacaron para mí hace unas horas. También tengo una botella de cerveza. Con eso, podemos mantener a raya al hambre. No es la cantidad lo que cuenta, sino el acto de compartir lo que tengamos. ¿Qué era lo que cantábamos?”

Gran amor siembro allí,  
Entre las mujeres y los niños.  
Cuando un frijol caía,  
Lo compartíamos entre todos.

“Pueblo nuestro, compartamos este frijol y esta gota de vino.”

Había algo en la voz de Matigari que hacía que los otros lo escucharan con atención. Había una nota triste en lo que decía, pero también esperanza y valentía. Los demás permanecieron en silencio. Sus palabras parecían recordarles cosas olvidadas desde hacía mucho tiempo y los lleva-

ban de vuelta a los sueños que habían tenido mucho tiempo atrás.

“¿Cómo vamos a ver algo en esta oscuridad?”, preguntó el vagabundo.

“Encontrar tu boca no puede ser demasiado difícil”, dijo el que estaba acusado de asesinato.

“Podría caer un poco de comida en la orina”, dijo el carterista.

“O en el vómito”, agregó el ladrón.

“Entonces el vómito y la orina serán nuestro alimento”, dijo bromeando el estudiante.

“¿Qué dicen?”, preguntó asqueado el vagabundo. “¿No se dan cuenta de que me van a poner enfermo?”

“¿O de que van a hacernos perder el apetito?”, prosiguió el carterista.

“No hay problema. Puedo quedarme con sus partes”, dijo el ladrón.

“¿Por qué, eres el ogro del cuento que cuidaba a la mujer embarazada y la hacía morir de hambre?”, dijo el vagabundo. “¿O eres uno de esos ogros que hoy en día gobiernan nuestro país?”

Fue el campesino el que le dio respuesta a su problema.

“Me arrestaron justo cuando venía de comprar velas”, dijo. “Podemos encender una o dos para ver algo mientras comemos. No quisiéramos arrancarnos los dedos a mordidas. Mi único problema es que no tengo cerillos.”

“Yo tengo una caja de cerillos”, dijo el profesor.

Encendieron dos velas. Todos se miraron las caras como si trataran de averiguar quién había sido el que los había salvado del hambre. Las sombras danzaban en sus rostros y en el muro. Todos volvieron la vista hacia Matigari.

Matigari tomó la comida, la partió y se las dio. Empezaron a comer. Entonces tomó la botella de cerveza, la abrió con sus dientes, vertió un poco sobre el piso a manera de libación y la dio para que bebieran y la pasaran a los demás.

Cuando llegó el turno del borracho, se puso en pie, sosteniendo la botella en la mano derecha y la comida en la izquierda, y empezó a hablar como si estuviera leyendo la Biblia desde el púlpito.

“Y cuando llegó el momento de la cena, se sentó a la mesa junto con sus discípulos. Y les dijo: Quiero que compartan esta última cena conmigo, para que recordemos que no podremos cenar juntos otra vez a no ser que llegue nuestro reino. Y tomó el pan y luego de partirlo dijo: Este es mi cuerpo, que os entrego. Haced esto el uno para el otro hasta el Segundo Advenimiento. Tomó entonces la copa y, después de bendecirla, dijo: Y esta copa es el testimonio del contrato en que nos comprometimos con nuestra sangre. Haced esto los unos para los otros hasta que llegue nuestro reino, a través de la voluntad del pueblo.”

El hombre calló. Luego se volvió hacia Matigari.

“Dinos la verdad. ¿Quién eres tú? Porque nunca he oído de nadie a quien se le permita introducir comida o cerveza en la celda. He estado en la cárcel muchas veces, y juro que no ha habido una sola vez en que no nos esculquen cuidadosamente... Nuestros zapatos, nuestro dinero, todo se queda en la entrada. Entonces, ¿qué sucedió el día de hoy? ¡No, no puedo creerlo! ¡Dinos la palabra! Danos las buenas nuevas.”

Se sentó. Los hombres volvieron a mirar hacia Matigari, esperando que algo extraordinario sucediera, porque había un grano de verdad en lo que había dicho el borracho. Todos habían sido arrestados ese mismo día. Pero no les habían quitado ninguna de sus cosas. Matigari empezó a hablar, como un padre habla a sus hijos.

“Yo vivía en una granja que me había robado el Colono Williams. Yo desmontaba la maleza, cultivaba la tierra, sembraba el grano y cuidaba las plantas. ¿Pero qué sucedía con la cosecha? Todo iba a dar a las bodegas del Colono Williams, y a mí, el cultivador, me quedaba tan sólo buscar alguna semilla que pudiera haber quedado entre las granzas. El Colono

Williams bostezaba porque estaba bien alimentado. Yo bostezaba porque estaba hambriento.

“Y eso no era todo. Yo construí la fábrica de café y las industrias de procesamiento del té. ¿Conocen esas industrias enlatadoras de fruta? Las construí también yo, y muchas otras más. Todo lo hice con mis propias manos, sí, con estos diez dedos que ven ustedes aquí. Pero ¿quién se quedó con las ganancias? El Colono Williams. ¿Y yo qué? Se echaba un centavo en mi dirección. En el momento en que recibía mi magro salario, ¿quién creen que estaba esperando en la puerta? Nada menos que los cobradores de impuestos del Colono Williams. ¿Y si dejaba de pagar? ¡A la cárcel iba a dar!

“No piensen que allí acababa todo, amigos míos. Estas manos mías construyeron una casa. Yo, el constructor, dormía en el umbral o iba por ahí mendigando un lugar donde reposar mi cabeza. ¡Y durante todo este tiempo el Colono Williams ocupaba la casa que yo había construido! Díganme, ¿es justo que el sastre vaya desnudo, que el constructor duerma al aire libre y que el labrador esté hambriento?

“Me rebelé contra este orden de cosas.

“Hice el juramento del patriotismo y una mañana muy temprano fui a ver al Colono Williams, y le dije: ‘Haz tu equipaje. Vete a construir tu propia casa. Tienes dos manos exactamente igual que yo’. Se negó a irse. Corrió al teléfono y yo a la armería. ¿Y quién creen que me saltó a la espalda, gritándole una advertencia al Colono Williams? ¡Nadie sino John Boy! Escapé por la ventana y corrí por montes y vados. Crucé corriendo varios valles y desaparecí en las montañas. El Colono Williams y John Boy me siguieron. Pasamos muchos años cazándonos el uno al otro por todos los rincones del territorio. Primero maté a John Boy. No fue sino hasta ayer cuando finalmente tuve a Williams y me puse de pie sobre su pecho, enarbolando las armas de la victoria. Una vez ganada la batalla, decidí volver a casa y reclamar mi casa.

“¡Pueblo nuestro! ¿Lo creerías? ¿A quién creen que me encontré delante de la verja de mi casa? ¡Al hijo de John Boy,

y al hijo del Colono Williams! Así que fue Boy, hijo de Boy, el que heredó las llaves de mi casa. Tocaron el silbato y la policía vino por mí. ¿Dónde está la justicia en esto, amigos míos?

“Amigos míos, me hicieron una pregunta, y yo la he contestado. Eso es. Estoy aquí porque, según ellos, no tengo el título de propiedad de mi casa. Pero díganme... ¿qué título de propiedad es más grande que nuestro sudor y nuestra sangre? ¿A quién podemos apelar, nosotros los patriotas, nosotros, Matigari ma Njirũungi?”

“¿Matigari ma Njirũungi?”, exclamaron al mismo tiempo los dos hombres que aún no habían hablado. “¿Fuiste tú quien detuvo a los perros policía que estaban atacando a una mujer hoy?”

Los otros despertaron sobresaltados del mundo de ensueño al que habían sido transportados por la historia de Matigari.

Es de ti de quien hablaba Ngarũro wa Kĩrĩro en la fábrica antes de que la policía empezara a romperle las costillas a los obreros?”, dijo uno de los dos hombres que habían hablado simultáneamente.

“¿Antes de que la policía le rompiera las piernas a la gente en la fábrica? ¿Cuándo? ¿Hoy?”, preguntaron algunos, volviéndose a mirar a la persona que había dado esas noticias.

“¿No han escuchado que la policía golpeó a los obreros en la fábrica?”

“¡Tú también cuéntanos tu historia!”

Se sentaron con los ojos ávidamente pegados al hombre, mientras éste hablaba.

“Soy un obrero”, dijo para iniciar su historia. “He trabajado con la compañía una eternidad, y las palabras que acaba de decir Matigari son absolutamente ciertas. He sido un sirviente de esas máquinas toda mi vida. Miren cómo las máquinas han extraído de mí todo el vigor. ¿Qué me queda? Nada más que huesos. Hasta mi piel se marchitó, mientras yo no dejaba de afirmarme a mí mismo: ‘Al final llega la fortuna a

quien trabaja duro; una persona que persiste al fin sobresale'. ¿Qué puedo esperar ahora cuando me jubile? Tan sólo un reloj como agradecimiento por mis durables y leales servicios. ¿Cuál será mi fortuna? La vejez sin pensión. ¿Y saben algo más? Pasé todos estos años oponiéndome a las huelgas. Siempre decía: 'Si voy a la huelga y pierdo mi empleo, ¿qué van a comer mis hijos mañana?' Pero mírenme. Aquí estoy, en la cárcel, por ninguna razón en absoluto. ¿Qué fue lo que salió mal? Déjenme decirles.

"El día de hoy, hoy mismo, estaba yo caminando al borde de la carretera camino a casa. Me decía a mí mismo: 'Dejemos la huelga para los tontos valerosos que escuchan a los expertos como Ngarũro wa Kĩrĩro'. Un hombre de mi misma edad me detuvo, y me preguntó: '¿Oíste las nuevas?' '¿Qué nuevas, que no sean las nuevas de la huelga?', dije. Y me respondió: 'No, no estoy hablando de eso. Hablo de los patriotas que se habían ido. ¡Escucha esto! Han regresado. Nuestros hijos van a regresar'. '¿Qué ha sucedido?', le pregunté.

"¿Puedes creerlo? Es un duende o un hombre. ¿Qué dije? ¿Un duende? Cuando este duende se puso de pie, con un sombrero emplumado y una chaqueta de piel de leopardo sobre el hombro, fue transformado en un gigante. Y lo vuelvo a decir: ¡un gigante! Se puso allí, alto y fuerte, y le dijo a los policías del perro: 'Soy Matigari ma Njirũngi, y les advierto: ¡dejen en paz a esa mujer!' ¿Cómo puedo describirlo? Su voz era como un trueno. Los perros se detuvieron con las colas en el aire. ¿Alguna vez habías oído algo parecido?

"Justo cuando este hombre me estaba diciendo todo esto, vi llamas que salían de las instalaciones de la fábrica, y comprendí que estaban quemando las efigies de Boy y de Williams. Los trabajadores se regocijaban. Entonces oí la voz de Ngarũro wa Kĩrĩro llevada en el viento por el altavoz. Les haré notar que sólo escuché las últimas palabras: 'Los explotadores extranjeros y sus sirvientes locales deben hacer sus maletas y largarse. Los patriotas, Matigari ma Njirũngi, están de vuelta, y los obreros concuerdan con el llamado de

Matigari. ¡Aquel que siembra es quien debe cosechar! ¡Nos rehusamos a ser la olla que cocina pero nunca prueba la comida!

“Las palabras de Ngarũro wa Kĩrĩro me hicieron sentir feliz. Cuando vi las efigies de Boy y Williams ardiendo en la hoguera de los obreros me sentí más que feliz. Sentí ganas de llorar de alegría. He trabajado en la fábrica muchos años. He visto directores franceses, alemanes, canadienses e italianos venir y volver a irse, pero nunca había visto peores directores que Boy y Williams. Boy es el peor de los dos. Es como esos perros a quienes se dice que ladren más fuerte que sus amos. Es verdaderamente rudo y arrogante. ¡Se jacta de que su caca nunca apesta! Díganme, ¿quién no se regocijaría de ver los dobles de éstos quemarse eternamente en el infierno? Nuestro Dios volverá. Sí, el Dios de los trabajadores seguramente ha de volver.

“Justo cuando estaba pensando en Boy y en Williams, vi a la policía antimotines y a la montada que nos estaban poniendo cerco. Abandoné al hombre de mi edad y sus historias y huí tan rápido como mis pequeñas y viejas piernas podían llevarme. Podrían pensar que era la primera vez que huía de una huelga de obreros. No, soy un veterano en salir huyendo del escenario de una huelga de obreros. Los trabajadores huían en todas direcciones. La policía y los soldados iban tras ellos en una acalorada persecución. Nuestros ojos ardían por el gas lacrimógeno que nos disparaban. Apenas había dado tres o cuatro pasos, cuando una mano me atrapó. ‘¡Te tengo! ¿Por qué huyes?’ Me echaron sin ceremonia dentro de un Land Rover. Y fue así como vine a dar aquí. Muchas personas fueron encerradas en la fábrica, puesto que no había suficientes celdas para todos en las comandancias de policía de los alrededores. Los demás que fueron arrestados conmigo fueron llevados a otra comandancia, pero no había lugar para mí, así que me trajeron aquí. Es por eso que te pregunto: ¿Eres realmente Matigari ma Njirũngi?”

“Sí, tú lo has dicho”, contestó Matigari. Y luego preguntó al obrero: “¿Sabes si Ngarũro wa Kĩrĩro fue arrestado?”

“No lo sé, pero escuché a la policía decir que lo están buscando por todas partes. De algún modo logró escabullirse entre sus dedos”, dijo el obrero.

“¿A dónde han ido a parar la verdad y la justicia en este país?”, dijo Matigari recordando a Ngarũro wa Kĩrĩro y cómo lo había ayudado a ponerse de pie esa misma mañana.

“Voy a resolver esa adivinanza por ti”, le dijo el hombre acusado de robo. “No creas que te estoy despreciando o insultando. Pero si sigues haciendo preguntas como éstas, vas a acabar en un hospital psiquiátrico o en un agujero de interminable oscuridad.”

“¿Un agujero más profundo que en el que ahora estamos”, preguntó el borracho. Y luego se volvió hacia Matigari. “A partir de hoy serás conocido como el que busca la verdad y la justicia. ¡No lo tomes a pecho! El hijo de Dios fue bautizado por Juan el Bautista. Es por ello que me he tomado la libertad de bautizarte.”

“¿La verdad buscando la justicia?”, el campesino reflexionó lentamente sobre las palabras del borracho. “¡La justicia buscando la verdad! ¡El que busca la verdad y la justicia!”

“Sí, la verdadera justicia es más poderosa que la espada. La verdad convenció alguna vez a un arquero de que destensara el arco que había sacado para luchar contra su enemigo”, agregó el borracho.

“¿Pero no saben que el gobierno tiene un Ministerio de Verdad y Justicia?”, les recordó el estudiante.

“Por cierto, el Ministro de Verdad y Justicia visitará mañana la fábrica”, dijo el obrero.

“Así que el que busca la Verdad y la Justicia podrá pedirle al ministro el empleo de buscar verdad y justicia”, dijo el estudiante en broma. “He aquí el primer mandamiento: No mencionarás en vano el nombre de la verdad y la justicia.”

“¡Más me vale ser prudente y callarme la boca!”, dijo el ladrón. “¿No es éste que está aquí un profesor? Lo que acaba

de decir, exactamente. Lo trajeron aquí por hablar de más. ¿Y qué con este estudiante? Lo mismo. Que mis labios permanezcan callados.”

“Dinos por qué estás aquí”, le solicitó el estudiante.

“El hambre. El hambre fue la que me trajo aquí”, contestó el ladrón.

Todos rieron. Ahora fue el hombre que aún no había hablado el que se aclaró la garganta. Dirigiéndose a Matigari, dijo: “¿Puedo hacerte una pregunta? Dices que volviste de la selva esta mañana. ¿Dónde están tus armas? ¿Dónde las dejaste? ¿O las tenías contigo cuando te arrestaron?”

“Puedes hacer tantas preguntas como quieras. Yo digo que las preguntas son la puerta de entrada a la sabiduría y al conocimiento. Muéstrame a una persona que no hace preguntas, y te mostraré a un idiota. Pues bien, enterré mis armas bajo las raíces de un árbol de *mũgumo*. Luego me ceñí con un cinto de paz, y dije: ‘La bandera pertenece ahora a los negros. Así que de ahora en adelante dejemos que la justicia y la verdad rompan todos los arcos involucrados en la guerra; dejemos que la verdad y la justicia diriman todas las disputas entre la gente negra. Dejemos que la verdad y la justicia gobiernen el mundo’.”

“¿Pero cómo podemos saber que eres realmente Matigari ma Njirũngi? ¿Cómo podemos identificarte? ¿Dónde está la señal?”

“¿La señal?... ¡Ah, que pudiera empezar ahora mismo el reino de la justicia!... Que sea ahora, porque si no...” Matigari hablaba como si el hombre le hubiera preguntado por las señales del Segundo Advenimiento. “Escuchen... No necesito nada que pruebe quién soy. No necesito señales o milagros. Mis actos serán mi trompeta y hablarán en mi nombre. Porque me quitaré este cinto de paz y llevaré otro, decorado con balas en vez de cuentas. Sí, llevaré una pistola en la cintura y cargaré una AK47 sobre el hombro; y me erguiré en la cima de la montaña más alta y le diré a todos: ‘Abran sus ojos y vean lo que yo he visto... Abran sus oídos y oigan lo

que yo he oído... ¡Que se haga la voluntad del pueblo! Que venga nuestro reino tal como alguna vez fue decretado por los revolucionarios Iregi: ¡La tierra pertenece al agricultor y no a los parásitos y extranjeros! ¡Y así el agricultor debe cosechar lo que siembra, el constructor debe tener un techo, el sastre debe tener ropa para vestirse, el productor debe tener poder sobre su producto!”

“¡Lo que has dicho es verdad!”, dijo el campesino. “Por qué no habríamos de comer decentemente, nosotros los campesinos? ¿Por qué habría de dormir a la intemperie el constructor? ¿Por qué habría de ir vestido de harapos el sastre?”

“¿Y qué piensas hacer ahora?”, preguntó enseguida el otro a Matigari. “Si Boy y Williams no te devuelven tu casa, ¿qué vas a hacer?”

“Escúchame”, dijo a Matigari el asesino. “¿Qué es lo que nos acaban de decir ahora mismo? Una persona prudente se queda con la boca cerrada. Es mejor que te lo repita, porque un líder que no acepta consejos no es un líder. La selva que hay en el corazón nunca será talada de todos sus árboles. Uno selecciona cuidadosamente qué cortar y qué conservar. No te conozco, ni tú a mí. Hay muchos informantes de la policía en el país. En donde encuentres doce personas reunidas, una de ellas será siempre un informante, un traidor. Y te digo: ‘Si tu nombre fue mencionado durante la concentración obrera, entonces las autoridades te deben estar buscando’.”

“Están buscando a un gigante”, dijo el estudiante, con la risa brotándole del cogote. Pero se le ahogó tan pronto como le había brotado.

El asesino y el hombre que había hecho las preguntas se pusieron en pie de un brinco, y tan veloces como el rayo sacaron cada uno una navaja de resorte.

“¿Me estás llamado traidor?”, dijo el hombre al asesino.

“¿Y qué los informantes van por ahí llevando en la frente un anuncio que dice: ‘Miren, soy un informante?’”, respon-

dió el asesino. “Cualquiera de nosotros podría ser un informante de la policía.”

Hicieron como si se fueran a acuchillar el uno al otro. Sus armas brillaban en la luz de las velas.

“¡Guarden esas navajas!”, ordenó Matigari con voz potente. “¿Cómo se atreven a amenazarse el uno al otro con navajas? ¿No tienen ya suficientes problemas?”

Guardaron sus navajas. Y entonces dijo el estudiante: “Sólo somos once aquí dentro, así que no puede haber un informante entre nosotros”.

Matigari prosiguió con su respuesta, como si nada hubiera sucedido.

“¿Quieren saber lo que pienso hacer? Se lo diré a ustedes, porque no tengo nada que ocultar. He vuelto a mi pueblo ceñido con el cinto de paz. El granjero cuyas semillas no han germinado no abandona su siembra. Una persona que busca justicia nunca se cansa de buscarla hasta que la encuentra. La verdad nunca muere, y así pues la verdad reinará al fin, aun cuando no reine el día de hoy. Mi casa es mi casa. Sólo persigo lo que he construido con mis propias manos. El mañana me pertenece. Los invito a todos a mi casa pasado mañana. ¡Vengan a una fiesta y celebren nuestro regreso a casa!

“¿Realmente piensas que estaremos fuera de este lugar tan pronto?”, preguntó el vagabundo. “Entrar a la crujía es fácil, pero salir de ella es trabajo duro. Estoy seguro de que todavía estarás aquí mañana, y también pasado mañana.”

“Si hubieras chocado con cualquiera que no fuera el amo y su sirviente, estarías en mucho mejor situación”, dijo el obrero. “Bien que lo sé. Ese par inseparable ha estado oprimiéndonos a todos esta vez. Cada obrero sabe que Robert Williams y John Boy son como gemelos nacidos del útero de la misma ogresa. ¿Y quieren saber algo más? La fuerza policiaca en su totalidad está en manos de estos dos. E igualmente todos los juzgados. Así que creo que tendrás mucha suerte si dejas pronto esta prisión. Deberías prepararte para una larga tempora-

da en este lugar, porque, como dice el dicho, las cárceles fueron hechas para los hombres.”

“Y para las mujeres también!”, agregó alguien más.

“Y los niños.”

“Sólo Gabriel el ángel de Dios puede sacarte de aquí. Amén”, dijo el borracho.

Apenas había terminado de hablar éste, cuando oyeron pasos y el ruido de llaves tintineando en la oscuridad. Rápidamente apagaron las velas y permanecieron en absoluto silencio, apiñados todos juntos. La puerta crujió. ¿Por qué iba un policía a caminar a hurtadillas, sin encender la luz? Se insinuó en ellos un sentimiento sobrecogedor. Los crujidos se acercaron. Seguían asustados, esperando lo peor. Entonces escucharon una voz apagada:

“Salgan en silencio. No hagan ningún ruido, ¡y no miren atrás! Cuando lleguen a la carretera, tú, Matigari, debes esperar junto a la clínica. ¡Los demás deben seguir caminando sin mirar atrás!”

Caminaron sigilosamente hacia afuera, uno detrás del otro, tanteando a ciegas las paredes de la prisión. Las puertas estaban abiertas. No había nadie en la recepción. ¡Tenía que ser un sueño!

O tal vez un milagro. ¡Ser liberado de la prisión por una persona invisible! Y mientras se dirigían hacia la carretera principal, la mayoría de ellos se preguntaban quién era ése Matigari ma Njirũngi, esa persona que podía hacer que se abrieran los muros de la prisión.

A partir de esa noche la fama de Matigari se esparció por todo el país. Se convirtió en una leyenda. Se volvió un sueño. Y sin embargo seguía latente la pregunta: “¿Quién era Matigari ma Njirũngi?”



## SEGUNDA PARTE



MACARIA MA NA KĪHOOTO  
*El que busca la verdad y la justicia*

1

Cuando los niños despertaron al día siguiente encontraron a Mūriūki durmiendo en su Mercedes Benz. Lo despertaron y se arremolinaron en torno a él.

“¿Cuándo regresaste?”

“Por la noche.”

“Cuéntanos. Cuéntanos sobre el hombre ése... Háblanos de Matigari ma Njirūūngi.”

La historia de cómo Matigari había salvado a Gūthera del perro policía ya había llegado a sus oídos. Habían oído contar cómo la policía se había puesto a temblar de miedo frente a Matigari. Los niños se sintieron culpables. Esa era la misma policía que durante tantos años los había hostigado. ¿Por qué atacamos a un hombre tan bueno?, se preguntaban. ¿Dónde podemos encontrar a Mūriūki para que nos cuente sobre ese hombre? Por eso ahora les daba tanto gusto ver a Mūriūki.

Mūriūki aderezaba su historia. A los pensamientos de ellos les habían salido alas: “¿Es verdad que fue arrestado? ¿Es cierto que la puerta de la prisión se abrió misteriosamente? ¿Piensas que lo anunciarán en la radio?”

Uno de los niños corrió a buscar la radio que había encontrado en el basurero. Los niños habían estado de acuerdo en que la radio sería propiedad común, para que todos pudieran escuchar las noticias del país y del mundo. Le habían pagado compensación al niño que la había hallado. Llevaban la radio a donde fueran.

Ahora se habían reunido en círculo para tratar de oír cualquier cosa, cualquier noticia sobre Matigari ma Njirũngi.

Esta es la voz de la Verdad... Su Excelencia *Ole Excellence* recibió ayer una donación de cincuenta mil chelines de los hombres de negocios (morenos, negros y blancos) que fueron a visitarlo a su casa. El donativo es para el fondo presidencial para niños discapacitados. El líder de la delegación felicitó a Su Excelencia *Ole Excellence* por haber aplastado un motín que pretendía perturbar la paz y la estabilidad del país...

Dos profesores universitarios fueron presentados ante la corte ayer acusados de poseer libros sobre Karl Marx y Vladimir Lenin publicados en China. Todos los libros sobre la liberación de los campesinos y los trabajadores, y en particular los publicados en China, han sido prohibidos a partir de la Independencia...

Cinco estudiantes universitarios fueron arrestados ayer por participar en una manifestación afuera de las embajadas de Inglaterra y Estados Unidos. Los estudiantes protestaban contra la ayuda occidental al régimen del *apartheid*. Toda manifestación ha sido prohibida en el país por un decreto presidencial...

Reportes provenientes de Johannesburgo, África del Sur, afirman que los combatientes por la libertad del CNA son los responsables de la explosión de una bomba de tiempo en un hotel frecuentado por blancos. Se dice que los blancos le temen a las guerrillas de la Organización del Pueblo de África Suroccidental y del CNA...

Los Estados Unidos y la Unión Soviética han realizado grandes progresos en sus preparativos para viajes a Marte y a otros planetas. Reportes recibidos aquí...

Y ahora las noticias locales. Hay reportes de que la policía dispersó ayer una reunión de obreros en la Manufactura Angloamericana de Piel y Plásticos, donde quemaron efigies de los dos directores, Robert Williams y John Boy. La policía hizo uso de gases lacrimógenos. Un determinado número de trabajadores fueron arrestados. El Ministro de Verdad y Justicia visitará la fábrica para resolver la disputa con justicia y verdad.

Esta es la Voz de la Verdad. Reportes de la policía afirman que un policía se desmayó al descubrir que unos prisioneros que él había encerrado con todo cuidado en una celda se habían escapado. Lo más sorprendente es que la cerradura de la puerta de la celda estaba intacta. No hubo intento alguno de forzar los barrotes de la ventana con ningún objeto. El policía tenía aún el manojito de llaves en su bolsillo. La policía sigue investigando.

Y ahora las noticias deportivas. Carreras de caballos, rallies automovilísticos, golf y atletismo...

“¡Apágalo! ¡Es increíble!”, exclamaron los niños.

“¡Mũriũki, dinos! ¿Quién es Matiga ma Njirũũngi?”

Los niños difundieron la noticia. La llevaron al pueblo, que en cualquier caso estaba sediento de una historia así.

Porque la gente encontraba en ella algo dramático, algo que avivaba sus vidas, que de no ser por eso eran insulsas. ¡Qué novedades increíbles! ¿Cómo podían abrirse por sí mismas las puertas de la prisión? ¿Quién era Matigari ma Njirũũngi? La gente de Trampville compuso una canción para Matigari ma Njirũũngi:

Muéstrame el camino hacia un hombre  
Que se llama Matigari ma Njirũũngi  
Que mueve sus pies al ritmo de campanas.  
Y las balas cantan.  
Y las balas cantan.

## 2

No brillaba el sol. No había lluvia. No hacía ni frío ni calor. Un día gris.

## 3

Fue a muchas plazas de mercado a buscar la verdad y la justicia. La gente estaba reunida en grupos, hablando de los extraños acontecimientos que habían sucedido en el país.

“¿Qué acontecimientos?”

“¿No has oído?”

“¿Oído qué?”

“Estas extrañas noticias.”

“Si las hubiera escuchado, ¿estaría pidiéndote que me lo digas?”

“¡Los que se fueron han vuelto!”

“¿Quiénes?”

“Necesitas que todo se te deletree?” ¿No puedes adivinar quiénes son Matigari ma Njirũũngi?

“¿Pero no son esos cuentos de hadas? ¿Aún están vivos?”

“Dice el rumor que han vuelto con espadas llameantes en las manos.”

“¿Espadas llameantes?”

“¡Sí! Para reclamar los productos de nuestro trabajo.”

“¡Un momento! Repite lo que acabas de decir.”

“El país tiene sus patriotas.”

“¿Lo has visto en realidad, o se trata de rumores?”

Todos esperaban una respuesta con ansiedad. ¿Quién era Matigari? ¿Qué apariencia tenía?

En ese momento, Matigari apareció ante ellos. Se detuvo a unos dos pasos de distancia y los saludó.

Todos se volvieron hacia él.

“¡Amigos míos! ¿Pueden decirme dónde puede una persona encontrar verdad justicia en este país?”

Lo miraron con reprobación. Algunos hicieron ruidos sordos de desdén. Desviaron de él las miradas.

“¿Qué es lo que pregunta este hombre? ¡Escuchemos mejor las historias sobre Matigari ma Njirũũngi! ¿Alguien lo ha visto? ¿Qué apariencia tiene? ¿Qué tan grande es?”

#### 4

Fue a los centros comerciales. En todas partes, los encargados de las tiendas y sus clientes se apiñaban alrededor de los mostradores y de las entradas...

“Los niños fueron los primeros que lo vieron.”

“¿Los niños? ¿Se les reveló a ellos? Un niño y un rey son una sola cosa. ¡Pero los niños siempre serán niños!”

“¿Por qué? ¿Qué fue lo que hicieron?”

“Le tiraron piedras.”

“¿Piedras? ¿Qué no sabían quién era?”

“No.”

“Estos niños modernos. Deberían estar avergonzados de sí mismos, tirarle piedras a un anciano. ¿Supongamos que le hubieran dado en los ojos?”

“Eso es lo asombroso. Ni una sola piedra lo tocó.”

“¿Qué?”

“Cuando las piedras lo alcanzaban, se transformaban en palomas.”

“¿Palomas?”

“¡Sí! Tú crees que esto es asunto de poca cosa, ¿no es cierto?”

“Los niños tenían miedo. Entonces otras personas llegaron y le preguntaron a los niños: ‘¿Por qué están apedreando al anciano?’ Pero él dijo: ‘Dejad que los niños vengan a mí’. Pero los niños tuvieron miedo y echaron a correr. Sólo un niño se acercó a él.”

“Déjame decir algo. No es bueno considerar a una persona con desprecio por la manera en que viste o por su apariencia. Un héroe no puede ser juzgado por su tamaño. Sería feliz si pudiera verlo con mis propios ojos, en este mismo momento, para poder darle la mano...”

Matigari se acercó a ellos y se detuvo en la veranda.

“Por favor, amigos míos, díganme, ¿dónde puede uno encontrar verdad y justicia en esta sociedad?”

Se callaron y se quedaron mirando al extranjero como si hubiera tañido el acorde equivocado de una melodía popular. Luego empezaron a hablar entre sí y a quejarse del hombre que había echado a perder su canción.

“¿De qué diablos está hablando?”

“Sí, ¿cómo puede interrumpirnos en medio de una historia tan interesante para hacer preguntas tan sin sentido?”

“¿Qué no puede oír la Voz de la Verdad?”

“¿Oír al Ministerio de Verdad y Justicia?”

“Déjenlo solo. Puede que sea un borracho.”

“Sí, cuéntanos más sobre Matigari ma Njirũngi. ¿A dónde fue cuando se separó de los niños? ¿A dónde fue con el niño?”

## 5

Visitó muchos lugares de comida. La gente estaba tan absorta con las extraordinarias historias de Matigari que con frecuencia se olvidaban de beber su té o de comer de su plato. Sólo se quedaban ahí sentados, escuchando.

“Fue Ngarũro wa Kĩrĩro el primero que descubrió quién era.”

“¿Ngarũro wa Kĩrĩro? Siempre he dicho que Ngarũro tiene una manera especial de ver dentro de las cosas.”

“Es uno de esos que tienen sabiduría natural.”

“¡Viva! ¡Arriba Ngarũro wa Kĩrĩro!”

“¿Sabes?, cuando Ngarũro wa Kĩrĩro se dirigió a la asamblea ayer, los corazones de todos latían como si estuvieran listos a empuñar las armas ahí y en ese momento. Sus palabras eran tan entusiasmantes que incluso si uno hubiera estado sentado sobre el fuego no lo hubiera notado. ¡Echa lejos tus miedos, porque no estamos solos! Nuestros patriotas todavía viven. Eso es lo que les dijo. También les dijo cómo Matigari se le había aparecido y cómo había hablado en parábolas y proverbios, diciendo: ‘Los productos de nuestro trabajo deberían devolverse a quienes producimos la riqueza de este país’. Dijo que los imperialistas y sus protectores deberían hacer sus maletas, porque los dueños del país están de vuelta. Ngarũro wa Kĩrĩro les preguntó: ‘¿Quiénes son los dueños de este país?’ Y la multitud contestó en una sola voz: ‘¡Somos nosotros! ¡Nosotros, los trabajadores y los campesinos!’ ¡Fue entonces cuando empezaron a quemar las efigies de Robert Williams y de John Boy! Luego vinieron la policía y los soldados. La gente estaba atrapada entre la policía por un lado y

las paredes de la fábrica por el otro. La fábrica se convirtió en una prisión.”

“¿Y qué dijo Ngarũro wa Kĩrĩro sobre Matigari ma Njirũngi? ¿Qué mensaje trajo de parte de Matigari ma Njirũngi?”

“¿Qué mayor mensaje queremos? ¡Dijo que el producto del trabajo debe ir a quienes trabajan!”

“Lo que dijo Matigari no significa otra cosa que la verdad y la justicia reales. ¿Cómo puede ir el agricultor a cultivar para el beneficio de los-que-cosechan-lo-que-no sembraron? Ayer eran los blancos. Hoy en día se les han unido algunos negros.”

Matigari entró en el restaurante y tomó asiento. Ordenó una taza de té.

“¡Amigos míos! Díganme dónde puede uno hallar verdad y justicia en este país.”

La gente alzó la cabeza. ¿Quién era éste que interrumpía la dulce historia sobre Matigari?

“¿Quién eres tú, señor Buscador de Verdad y Justicia?”

“Eso es lo que soy”, contestó Matigari.

“Estábamos hablando justamente de algo que podría interesarte. Déjame darte un consejo. Si quieres escuchar la verdad y la justicia, o simplemente la pura verdad, ve y busca al profeta que ha venido a nuestra tierra.”

“¿Quién es él? ¿Dónde puedo encontrarlo?”

“Se llama Matigari ma Njirũngi. Ngarũro wa Kĩrĩro lo conoce. De hecho, Ngarũro estuvo con él ayer.”

## 6

Fue a los cruceros de caminos. Las mujeres que volvían del río ponían en tierra sus latas, vasijas y barricas para poder intercambiar historias sobre Matigari.

“En realidad es un hombre pequeñísimo, de aspecto ordinario.”

“¿Es viejo?”

“En apariencia, sí.”

“¿Así que es uno de esos de cuerpo pequeño?”

“¡Espera nada más a oír la historia completa! Verás, la población entera de la plaza del mercado se había reunido alrededor del lugar. Sólo para mirar cómo la policía lanzaba su perro sobre una mujer.”

“¿Por cuánto tiempo aún va a durar esta opresión de la policía? En el pasado, antes de que los blancos trajeran aquí el imperialismo, ¿tuvimos alguna vez soldados policías? ¡Nunca! ¿Había cárcel alguna? ¡No! Nos gobernábamos a nosotros mismos, ¿no era así?”

“Escuchemos la historia completa.”

“La chica gritaba aterrorizada. Pero la gente sólo se quedaba allí como si sus mismos espinazos hubieran estado hechos de miedo. O como si por sus venas y arterias corriera el miedo en lugar de sangre.”

“Miedo. Demasiado miedo alimenta la miseria sobre la tierra.”

“Esas son las mismas palabras que les dijo Matigari.”

“¿El mismo hombre pequeñito? ¿Así que tiene algo que decir por sí mismo?”

“¿Dijiste pequeñito? El hombre es un gigante. ¡Podría fácilmente alcanzar el cielo!”

“¿Qué?”

“¡Sí! Un gigante que podría casi tocar el cielo allá arriba.”

“¡Cuéntanos más!”

“¿Qué puedo decirles que no hayan escuchado ya? Cuando se puso de pie, las canas de su cabello y las arrugas de su rostro parecieron desaparecer. Su sombra se extendió sobre la tierra. ‘¡No la toquen! ¡Es una mujer de la tierra!’, le dijo a la policía. ‘No vayan siquiera a ponerle un dedo encima.’”

“¡Dios salve a nuestros patriotas! ¿Y no estaba asustado?”

“¿Por qué iba a estarlo? Los luchadores de la libertad son ajenos a la palabra ‘miedo’. ¿Te imaginas? Repitió su adver-

tencia: ‘¡Quienquiera que toque a esta mujer sabrá quiénes somos en realidad, nosotros, Matigari ma Njirũngi!’”

“¡Por Dios! ¿Quién hubiera pensado que algún día el miedo desaparecería de nuestra tierra? ¿Que llegaría el día en que el pueblo ya no caminaría con sus cabezas doblegadas por el miedo? ¿Qué llegaría el día en que el pueblo no necesitaría susurrar para hablar de sus vidas?”

“¡Sí, esperemos ese día! Ayer tuvimos un atisbo de lo que será. Los perros y los policías metieron sus colas entre las patas y salieron huyendo.”

“¿Pero qué no tenían pistolas?”

“Incluso si tú hubieras tenido una pistola, te habrías esca-bullido igual que ellos. ¡Su simple voz era como el trueno y sus ojos como el fuego! ¡Salía humo a borbotones de su nariz, de su boca y de sus orejas!”

“¡Qué portentos! ¡Ojalá hubiera estado allí para verlo y estrechar su mano, o para cantarle una canción como la que compuso la gente de Trampville!”

Muéstrame el camino hacia un hombre  
Que se llama Matigari ma Njirũngi  
Que mueve sus pies al ritmo de campanas.  
Y las balas cantan.  
Y las balas cantan.

“Quieres decir cantarle mientras lo sostienes muy cerca de tus pechos”, dijo uno de ellos con picardía.

Todos rieron.

Justo entonces Matigari se detuvo al otro lado del camino y los saludó:

“¡Pueblo nuestro! ¿Dónde puede uno encontrar verdad y justicia en este país?”

“¿Qué? ¿Qué es lo que pregunta ahora? ¡Yo me voy!”

“Yo también.”

“Y yo.”

“Me voy ahora mismo...”

Todas recogieron sus cántaros de agua y se fueron.

Él deambuló por las tierras de cultivo...

“¿Es cierto que John Boy Junior tenía tanto miedo que se mojó los pantalones?”

“¡Hizo algo aún peor!”

“¿D-e v-e-r-a-s? ¿Un rico tirano como él, orinarse y cagarse en los pantalones?”

“Te pasaría lo mismo si te encontraras en la misma situación en la que estaba. ¡Andar por ahí presumiendo de las propiedades que pertenecen a otros! Sí, supongamos que el dueño llegara y te pregunta: ‘¿Qué estás haciendo con mis cosas?’ ¿No te orinarías y te cagarías?”

“¿Es cierto que Robert Williams también estaba allí?”

“Sí. Un sirviente y su amo son inseparables. Matigari los descubrió inmediatamente. Iban los dos a caballo. *Clopiti-clop, clopiti-clop, clopiti-clop*. Cuando se acercaron a la verja, sus caballos se detuvieron bruscamente. Intentaron espolearlos para que siguieran, pero las bestias sólo reparaban y relinchaban aterradas.”

“¿Como el caballo que alguna vez vio al ángel del Señor parado en el camino?”

“¡Ése no era un caballo, era un asno!”

“Discutan después —¡primero escuchemos la historia!”

“Entonces lo vieron de pie en medio del camino, con su mano sobre la cadera. En su otra mano, sostenía una espada llameante.”

“¿Oyeron eso? ¡Una espada llameante!”

“Y luego les dijo: ‘¡Ustedes, raza de parásitos! ¡Devuelvan las llaves de estas casas y estos campos que le quitaron al pueblo!’”

“¡Dilo una vez más! ¿Qué fue lo que dijo en realidad? ¿Que todo el clan de los parásitos blancos y negros tienen que *qué?*”

“Devolverle la riqueza robada a sus dueños.”

“Eso es bueno. ¡Es lo que se merecen los imperialistas y sus sirvientes! Realmente nos han ordeñado hasta dejarnos secos. Ayer eran los colonos imperialistas y sus sirvientes. Hoy es lo mismo. En las plantaciones, en las fábricas, sigue siendo

el mismo dúo. El imperialista y su sirviente. ¿Cuándo será que nosotros, la familia de los que trabajan duramente, recuperemos nuestro bien?”

“Eso es lo que Matigari ma Njirũũngi decía: ‘¡Fuera los extranjeros imperialistas y sus sirvientes! Este país tiene sus dueños’.”

“Realmente les decía la verdad.”

“Absolutamente.”

“Oh, sí. La verdadera verdad oculta.”

“Sí, siempre lo he dicho. A dónde irán a dar estos traidores cuando regresen los luchadores de la libertad, rugiendo como leones con la tonada ‘¡Aquí los patriotas! ¡Los traidores ante el paredón!’”

Eso es realmente la verdad, que las cosas no seguirán siendo como son hoy en día. Porque, ¿cómo pueden perpetuarse las presentes condiciones en que los extranjeros, que sean de Europa o de América, siempre encuentran lugares en donde instalar sus tiendas? Tiendas en las que esconden sus artefactos militares. Tiendas en las que almacenan las riquezas que nos han robado. ¡Y en las que sus protectores negros se dedican a domesticar a toda la población con lenguas enmieladas o a silenciarla con botas de policía!

“Tú también has dicho otra de las verdades de Matigari. Porque incluso después de que lo habían arrestado, les dijo simplemente: ‘No os regocijéis porque me habéis echado en este infierno. Me veréis de nuevo después de tres días’.”

“Cuéntanos más... ¿Por qué no puede ese Matigari ma Njirũũngi venir aquí a las tierras de cultivo? Si viniera, le diría: ‘Sigue adelante’...”

Vieron a un hombre de pie junto a un arbusto de té.

“¡Díganme, pueblo mío! ¿Dónde puede uno hallar verdad y justicia en este país?”

“¿Quién está haciendo una pregunta tan difícil?”

“¿Quién eres tú?”

“Solamente un buscador de verdad y justicia”, respondió Matigari.

“Vuelve por donde viniste y busca a un hombre llamado Matigari ma Njirũũngi. Él es ahora el que lleva el ritmo de la canción, ‘verdad y otra vez verdad’. Si lo encuentras, pregúntale esto: ‘Ya que la justicia es más poderosa que la fuerza, ¿de dónde viene su fuerza?’”

## 8

Fue a los tribunales. Los que esperaban ser juzgados hablaban todos de Matigari.

“¿Por qué no viene aquí, suelta esos grilletes y me pone en libertad?”

“¿Estás seguro de que eso fue lo que sucedió realmente?”

“¿No leíste los periódicos?”

“Esta gente de los periódicos no duerme, ¿verdad? ¿Cómo se llegaron a enterar de algo que sucedió apenas anoche?”

“Los periódicos dicen que no fue tan tarde. Había solamente un policía de guardia, porque los demás policías habían ido a la fábrica a golpear y a custodiar a los obreros en huelga. El único policía que había en el campamento estaba cocinando *ugali*. Según el periódico, jura que encerró a los prisioneros en una celda, apagó las luces, se embolsó las llaves y fue a sentarse en su escritorio. Pero cuando volvió a la celda más tarde, la encontró vacía. La cerradura estaba intacta. No había sido quebrada, ni forzada en modo alguno. Nuestro policía simplemente cayó al piso, rezándole a Dios que está en el Cielo: ‘¡Apiádate de mí, Señor, porque soy un pecador ante ti! Te ruego que me digas si fue tu mano la que los liberó, como hiciste hace mucho tiempo en el caso de Pablo y la prisión de Cafarnaum!’”

“Pero este periódico omitió muchos detalles. ¡La gente dice que hubo truenos y relámpagos durante más o menos una hora! Todos pensaban que iba a llover, pero no cayó ni una gota de lluvia. Y entonces, de repente, el trueno y los relámpagos se acabaron.”

“¿Tal vez los rayos aflojaron la puerta?”

“¿Pero cómo explicas el hecho de que la cerradura estaba intacta? ¿Y de que no hubiera ni una grieta en la puerta? ¿Y de que todos los muros estuvieran en su sitio?”

“Esto es realmente sorprendente. ¡Y no obstante los escépticos no creen en milagros! ¿Qué otra prueba necesitan?”

“¿Sabes?, algunas personas leen sobre los milagros que hizo Moisés y piensan que todos ellos son puros mitos bíblicos.”

“Claro que los milagros suceden. El otro día vi a un hombre sacar una paloma de su sombrero y un billete de cinco chelines de la nariz de un niño de tres años...”

“¡Deja de decir esas mentiras sobre las palomas! Lo único que quisiera saber es quién es Matigari”

“¿No sabes que la Biblia dice que ha de volver nuevamente?”

“¿Quieres decir que es Aquel sobre el que habla la profecía? ¿El Hijo del Hombre?”

“¿Por qué no? Hagamos un recuento. ¿Dónde está la iglesia más antigua del mundo? En Etiopía, en África. Cuando Él era un bebé, ¿a dónde huyó? A Egipto, en África. Lo que sucedió una vez puede suceder de nuevo. Si se apareciera ante mí ahora, tomaría su mano, me arrodillaría frente a él y le diría: ‘Señor, permite que nosotros los que fuimos dejados en el último lugar ahora señalemos el camino’. Entonces me sentaría a su mano derecha y le diría: ‘Mira a estos parásitos blancos y negros. ¡Míralos! Mira a los Boy y a los Williams venir hacia ti. Por favor mándalos lejos de aquí y haz que los echen en el fuego eterno que encendiste para los que pertenecen a la familia de los imperialistas y sus protectores. Porque tú tenías hambre, pero no te dieron alimento; tenías sed, y no te dieron agua; estabas desnudo, pero no te dieron vestido. Estabas enfermo, pero nunca te visitaron. Y cuando estabas en la cárcel, tampoco te visitaron. ¡Señor, no escuches sus ruegos! ¿Oyes sus preguntas hipócritas? Tienen el atrevimiento de preguntar: ‘Señor, ¿cuándo

te vimos hambriento y sediento y desnudo y enfermo y en prisión y no cuidamos de tí?’ Diles la verdad, Señor. ¡Muéstrales tu justicia! Contéstales: ‘Verdaderamente os digo, en la medida en que no lo habéis hecho para uno de los de menor importancia de quienes hay en este tribunal, no me lo habéis hecho a mí’. Haz que se vayan, Señor. ¡Eh, vosotros, los pecadores! ¿No habéis oído lo que el Señor os ha dicho? ¡Fuera de aquí, escoria de la tierra que estáis dispuestos incluso a vender la soberanía de vuestro país! ¡Fuera de aquí!”

Matigari llegó en ese momento, tan sólo para encontrar a un hombre que hablaba y apuntaba con un dedo en dirección suya. “¡Fuera de aquí!”

Interrumpió la conversación con su saludo:

“¡Decidme, pueblo mío! ¿Dónde puede uno encontrar verdad y justicia en este país?”

“¿Qué fue lo que dijiste?”

“¡Estoy buscando la verdad y la justicia que hay en este país!”

“Y realmente viniste a estos tribunales a buscar la verdad y la justicia?”

“Pero, ¿no es aquí donde se puede encontrar a los jueces y a los abogados?”, preguntó Matigari.

“¿He de contestar tu pregunta con la verdadera verdad?”

“Sí. No busco otra justicia que la que tiene sus raíces en la verdad.”

“Déjame darte un consejo, entonces. Ve a buscar una cuerda y cuélgate inmediatamente... Porque preguntas como las que haces te llevarán a la tumba...”

Se alejó, lleno de horror e indignación.

Sus pensamientos eran un peso para él. Se acercó a un quiosco más adelante sobre la carretera y pidió una taza de té ne-

gro. Le preguntó al encargado del quiosco: “¿Dónde puedo encontrar la verdad y la justicia en este lugar?”

El encargado del quiosco lo miró como si no entendiera la pregunta.

“Nosotros los pequeños comerciantes no sabemos de esas cosas ni nos preocupamos por ellas. Si me estuvieras preguntando dónde podemos tú y yo ir para comprar un costal de azúcar barato, y con ello ganar un centavo de beneficio, sabría qué contestarte. Y en cuanto a lo demás, déjame poner la Voz de la Verdad para que la oigas.”

...El espacio... transbordadores espaciales... Estados Unidos... Unión Soviética... CEE... China... Japón... bombas nucleares... CNA... OLP... SWAPO... Nicaragua... El Salvador... Su Excelencia *Ole Excellence*... *Ole Excellence* aquí... *Ole Excellence* en todas partes...

Hasta aquí los encabezados de la Voz de la Verdad... Ahora tenemos el boletín informativo... Un anuncio especial... El gobierno ha anunciado que el público debe estar prevenido contra ciertos terroristas que van a pie por el país y pretenden ser Matigari ma Nji-rũngi. El gobierno ha dicho que todos los luchadores por la libertad volvieron de las montañas el día en que se izó la bandera de la independencia. Todos somos luchadores por la libertad. Aquellos que difunden estos rumores pretenden perturbar la paz, como los soldados que se amotinaron...

Dos estudiantes universitarios que comparecieron ayer en la corte acusados de estar en posesión de documentos subversivos fueron detenidos sin juicio después de que el gobierno presentó un *non prosequitur*...

Otros cinco estudiantes que habían sido arrestados ayer acusados de realizar una manifestación ilegal para protestar contra el apoyo de los Estados Unidos y de Europa Occidental al régimen sudafricano del *apartheid* recibieron ambos una condena de cinco años. Los sacaron del juzgado gritando: ¡Victoria para el pueblo!

Se ha advertido a los estudiantes que pretendían formar una unión nacional de estudiantes que dejen de provocar al gobierno... Hay un solo partido en el país. ¿Por qué quieren los estudiantes formar otro partido? Su Excelencia *Ole Excellence* dijo que los estudiantes deberían estar todos satisfechos con un solo partido: el partido en el poder.

El Ministro de Verdad y Justicia inició su gira por las zonas rurales el día de hoy. Visitará la Fábrica Angloamericana de Piel y Plás-

ticos. Hablará para los directores y los trabajadores. La fábrica fue el escenario de un enfrentamiento entre la policía y los obreros el día de ayer. Los trabajadores que estaban en huelga quemaron efigies de los directores. Se reporta que si no hubiera intervenido la policía, los obreros habrían cometido actos deliberados de sabotaje e incendio. Estos actos hubieran causado un gran daño a la economía.

Anuncio especial... anuncio especial... El vocero del gobierno ha anunciado que el pueblo no debería dar crédito a los rumores que se están esparciendo por el país de que el Ángel Gabriel dejó salir a unos presos de su celda y que uno de los presos era Jesucristo. No hay verdad alguna en estos rumores sobre el regreso de Jesús o del Ángel Gabriel. El gobierno no dudará en tomar medidas drásticas contra cualquier religión que proclame que Cristo ha regresado. El gobierno no dudará en retirar sus licencias a los *matatus*\* que permitan que continúen esos rumores. Esos son falsos Jesuses y falsos Ángeles Gabriel. No sería posible que Cristo regresara sin primero ir a presentar sus respetos a Su Excelencia *Ole Excellence*. Se insta al público a reportar a cualquier persona que pretenda ser Jesús o Gabriel a la comandancia de policía más próxima...

## 10

El verdadero buscador de la verdad nunca pierde la esperanza. El verdadero buscador de la verdadera justicia nunca se cansa. Un granjero no deja de sembrar tan sólo porque una cosecha se malogró. El éxito nace de intentar e intentar de nuevo. La verdad debe buscar la justicia. La justicia debe buscar la verdad. Cuando triunfe la justicia, la verdad reinará sobre la tierra.

\* *Matatu*: originalmente un taxi "pirata" sin licencia. Los *matatus* son en la actualidad una forma de transporte público reconocida, que incluye autos o camionetas convertidas, generalmente repletas de pasajeros que con frecuencia entablan animados debates, intercambian noticias, historias y rumores.

## 11

Iba a pie. Viajaba en carretas de burros. Pedía aventón en bicicletas. Viajaba en *matatus*, autobuses y camiones. Viajaba por tren. Iba a todos los lugares donde sabía que podía reunirse la gente. Y en todos los lugares hacía la misma única pregunta: ¿Cómo y dónde puede una persona ceñida con un cinto de paz encontrar la Verdad y la Justicia?

Y como sus cabezas estaban tan llenas de rumores que se habían esparcido por todo el país como un incendio por las llanuras en la sequía, ellos tan sólo lo miraban fijamente, como si no entendieran qué era lo que estaba preguntando. Desviaban su atención hacia las anécdotas mucho más emocionantes que hablaban de Jesús, de Gabriel, de Matigari ma Njirũngi, sobre puertas de risión que se abren misteriosamente, sobre la huida de los presos, historias como esas...

Y el día permanecía nublado. Ni caliente ni frío. Sin luz del sol, sin lluvia. Tibio solamente...

Y ahora él estaba triste porque llevaba sólo un peso en su corazón. Era la pesada carga de muchas preguntas sin respuesta a las que les daba vueltas en su cabeza a solas. Lo que lo asustaba era el sentimiento de que tal vez era el único al que preocupaba lo que estaba sucediendo en el país —como si, de hecho, estuviera solo en el país entero—. Pero lo que le molestaba aún más era la historia de Gũthera. Cada vez que recordaba cómo ella lo había salvado, se hacía muchas preguntas. Si esto... si aquello... ¿Si qué? La línea que dividía la verdad de las mentiras, lo bueno de lo malo, la pureza de la maldad, ¿dónde estaba? ¿Cuál era la diferencia entre lo correcto y lo incorrecto? ¿Quién era el malo? ¿El que inducía al otro al pecado o el que realmente pecaba? ¿Quién era el malo? ¿El que llevaba al otro por el mal camino o el que era sorprendido haciendo el mal? Mucho tiempo atrás, los niños le cantaban a los cinco dedos de su mano:

El primer dedito dijo: ¡vamos!  
Y el segundo preguntó: ¿a dónde?  
El tercero dijo: ¿a robar?  
Y el índice: ¿y si nos pillan?  
El pulgar dijo: ¡no cuenten conmigo!

¿Qué era lo que había que enderezar primero? ¿La condición que llevaba al pueblo al pecado o las almas de la gente que pecaba?

¿Dónde estaban la verdad y la justicia en la vida?

Se sentía tan solo. En su mente se insinuaba el pensamiento de salvarse él solo y olvidar a los demás, y eso debilitaba su resolución. Dejó los senderos trillados por la gente. Se retiró a las tierras salvajes.

## 12

Buscó la verdad y la justicia en la hierba y en la maleza. Buscó entre los espinos, en los arbustos, en las zanjas y sobre las toperas y en los nidos de pájaros. Las buscó en toda la naturaleza. Era como alguien que estuviera fuera de sus casillas. Y todo el tiempo su corazón latía: un granjero no deja de sembrar tan sólo porque una cosecha se malogró. El que busca la justicia no deja de buscar hasta haberla encontrado. La verdad nunca muere. La justicia es más poderosa que la fuerza. Díganme: ¿Dónde en esta tierra puede uno encontrar la verdad y la justicia?

Se topó con unos pastores en las llanuras. Mientras se acercaba hacia donde estaban, vio que tenían dos radios; una Sanyo y una modelo Phillips. Estaban a todo volumen. Ambos aparatos estaban sintonizados en el mismo canal.

Esta es la Voz de la Verdad... Su Excelencia...

Las radios pitando en medio de tierras silvestres. La Voz de la Verdad hacía las veces de la flauta del pastor que arrullaba a los rebaños para que durmieran. Salió corriendo de allí,

pero sin rumbo alguno. La voz del locutor parecía perseguirlo a través de las llanuras...

Se encontró con una vieja que recogía basura afuera de su refugio en una zona agreste. Su cabello estaba lleno de nudos. No lo había surcado ningún peine en un buen rato. Matigari se acercó a ella y le pidió agua para beber.

“¡Si sigues así, acabarás como yo —recogiendo hojarasca y hablando solo!, dijo a gritos, aunque Matigari estaba parado cerca de ella. “¿Qué es lo que estás buscando en estos parajes despoblados?”

“La verdad y la justicia”, respondió Matigari.

La mujer echó a reír, en una mezcla de auténtica compasión y de sarcasmo, y le dio agua para beber.

“Mi querido caminante, no puedes encontrar respuestas a tus preguntas aquí, donde no vive nadie. La verdad y la justicia deben encontrarse en los actos de la gente. Lo justo y lo injusto están arraigados en lo que la gente hace. Pero incluso entre la gente todavía tendrás un problema para encontrar las respuestas a tus preguntas. ¿Y sabes por qué? Déjame decirte esto al oído. Acércate. Es por el miedo. Hay demasiado miedo en este país. ¿Cómo dice el dicho? Demasiado miedo alimenta la miseria en nuestras tierras. Déjame en paz. ¡Vete! Ve con los hombres sabios, los que saben cómo leer las estrellas.”

“¿Existen aún?, preguntó él. “Pensé que los pastores eran los hombres sabios, porque siempre han estudiado las estrellas. Las estrellas solían ser su guía en las tierras silvestres. ¡Durante sus andanzas componían canciones en las que se encerraba toda la sabiduría recogida en las estrellas! Pero, ¿no eran ellos los que me encontré ahora inclinados frente a sus radios, escuchando la Voz de la Verdad para guiarse en medio de la selva? Ya no estudian las estrellas. Estudian la Voz de la Verdad...”

“Ve pues, y haz tu alegato con aquellos que estudian en los libros. Los libros son las estrellas de la era moderna. Los que los estudian son los hombres sabios de hoy. ¿Por qué crees que están tan acosados como lo están? ¿Por qué crees

que se les pide que canten tan sólo al son de la única persona? ¿Que le hagan eco al único hombre, cantando ‘la voz de su amo’? Felices los que sufren en la búsqueda de la verdad, porque sus mentes y corazones son libres y poseen la llave del porvenir. ¡Pero eso no significa que hayan visto todos la misma luz al mismo tiempo o que hayan sido redimidos del miedo! Dime algo: ¿No será posible que no logre al fin encontrar al menos uno o dos de ellos que hayan sido liberados del miedo y que puedan desatar el nudo y revelar lo que está oculto? Ten, aquí tienes algo de comida... Allá adelante, encontrarás el camino... Adiós... ¡Déjame seguir barriendo este polvo que tan rápido se ha acumulado en nuestro país!”

La mujer siguió barriendo y recogiendo basura.

Matigari emprendió de nuevo su camino, con muchas preguntas que lo inquietaban. “¿Por qué no lo pensé antes? El estudiante que conocí ayer y el profesor, ¿no habían sido arrestados por buscar la verdad? Empezaré otra vez mi búsqueda desde el principio. Buscar la verdad y buscar la justicia es realmente un duro trabajo. Sí, no importa qué tan cansado llegue a estar, nunca dejaré de buscar. ¿Cómo voy a dejar que John Boy, un mensajero, y el colono —toda esa raza de parásitos— se apoderen de la casa que yo construí con mis propias manos? ¿Cómo voy a regalarles el hogar por el que vertí mi sangre? ¿Cómo va a ser que mi riqueza se quede en las manos de toda esa raza de los-que-cosechan-donde-no-sembraron y sus mensajeros negros?”

Antes que nada, lo inspiraba la profundidad de la fidelidad que Gũthera y Mũriũki le tenían. Pensó en Gũthera. Pensó en Mũriũki. Su agonía se había convertido en su agonía; su sufrimiento en su sufrimiento.

Al recordar cómo Gũthera se había entregado como un cordero sacrificial para salvarlo, un agudo dolor le atravesó el corazón y sintió las lágrimas quemándole los párpados. Se preguntó una y otra vez: ‘¿En qué rincón de la tierra, de esta tierra, se encuentran ocultas la verdad y la justicia? ¿Cuánto tiempo más seguirán mis niños ambulando, sin un techo, des-

nudos y hambrientos, en esta tierra? ¿Y quién enjugará las lágrimas de los rostros de todas las mujeres desposeídas en esta tierra?’ ¡No! Matigari tuvo el fuerte sentimiento de que en la naturaleza y en la historia existía un nudo misterioso. Tenía que encontrar a alguien que pudiera desatar el nudo, alguien que pudiera revelar el secreto del Universo.

## 13

Hubiera sido mejor que lloviera francamente o que el sol brillara francamente. Cualquiera de las dos cosas hubiera sido mejor que este clima incierto. Sí, mejor que hiciera frío o calor, en vez de una temperatura tibia como ésta.

Matigari fue en busca de los sabios que enseñan y estudian las modernas estrellas.

## 14

El estudiante se había encerrado en su estudio. Cuando vio a Matigari, se puso a temblar de tal modo que el libro que tenía en las manos cayó al suelo. Ni siquiera le ofreció una silla.

“¿Qué sucede? ¿Qué sucede?”, preguntó el estudiante con voz temerosa.

Matigari se detuvo un momento. ¿Sería posible que éste fuera el mismo estudiante con el que había compartido la celda de policía? ¿Dónde habían quedado sus desenfadadas bromas y su alegría? ¿A dónde había ido a parar su valentía? Matigari le explicó el propósito de su visita.

“He viajado a lo ancho y a lo largo de este país en busca de la verdad y de la justicia. Conocí a una mujer en las llanuras que me dijo: ‘¿Por qué has olvidado a los estudiantes de las estrellas de la era moderna?’ Eso me hizo recordarte —recordé que tú y yo habíamos estado juntos ayer—. Así que

pensé: ‘Sí, ¿no fue arrestado el estudiante por buscar la verdad? Empezaré mi búsqueda otra vez desde el principio’. Uno nunca debe desdeñar un grano de maíz o una gota de lluvia. Es por eso que estoy aquí. Abre esos libros que estás estudiando, y dime ¿dónde puede una persona ceñida con un cinto de paz encontrar la verdad y la justicia en este país?”

“Escucha esto”, dijo el estudiante, aún tembloroso y atemorizado, “estos días no son como los días que conocimos, nuestros ayer. ¿Oíste el anuncio de la radio el día de hoy? Cinco estudiantes universitarios fueron sentenciados a cinco años de encarcelamiento en una prisión de máxima seguridad. Y eso no es todo...” El estudiante dudó un momento. Se entristeció. Cuando habló, su voz estaba llena de la tristeza de muchos años. “¿Cuándo fue que nos separamos? ¿Fue tan sólo ayer por la noche? ¿O fue el día anterior? Sea como sea, no importa. Ayer, el día anterior, hace años, ha sido la misma historia. Corrí a la universidad para esconderme entre los demás estudiantes. Me encontré con que habían convocado a una reunión de plegaria en la iglesia para orar por los que habían sido arrestados. También querían orar por la paz y por el amor en el país. ¡Uy! ¿Sabes lo que nos sucedió? Sufrimos el mismo destino que les fue impuesto a los obreros. Mientras estábamos arrodillados, rezando con los ojos cerrados, los soldados y los policías nos rodearon. A algunos de nosotros nos rompieron los brazos y las piernas. Veinticinco estudiantes murieron instantáneamente. Una mujer tenía ocho meses de embarazo... Tuvo un aborto en ese mismo momento. Y todo esto, ¿fue objeto de un reportaje o siquiera de una mención en la radio? ¡No! Todo lo que la Voz de la Verdad dijo fue que la universidad estaba cerrada porque los estudiantes habían iniciado una huelga por la comida. Eso es mentira. ¡Yo estaba allí! ¡Soy testigo! Escapé tan sólo de milagro. Pero he aprendido algo más. Su Excelencia *Ole Excellence* significa negocios. He dejado de hacer muchas preguntas. La democracia en este lugar significa, antes que nada, ver por sí mismo. Así que primero terminaré mis estudios, me buscaré

un trabajo en el banco y adquiriré unas cuantas cosas propias. O también podría conseguir una beca, irme a los Estados Unidos y regresar a iniciar un instituto de investigación privado. Me convertiré en un asesor de compañías y de gobiernos extranjeros. Pero tengo una pregunta. ¿Dónde puede hallar uno algo que apropiarse para sí? Si tienes más preguntas que hacer, deberías mejor acudir a los maestros de las estrellas de la era moderna...”

Hay dos tipos de estudiantes modernos, pensó Matigari: “los que aman la verdad y los que venden la verdad. ¿Y qué con los maestros modernos? ¿Los maestros de las estrellas de la era moderna?” Al despedirse, le dijo al estudiante:

“Un gran miedo alimenta la miseria en nuestras tierras. Si ofreces un sacrificio para apaciguar a un mal espíritu ladrón, esto no hará más que avivar su apetito y ansias de tener más...”

## 15

El profesor estaba en su casa, con la pluma en la mano. Cuando vio a Matigari, se sintió repentinamente débil. Su recibimiento a Matigari se manifestó en forma de una pregunta:

“¿Qué es lo que quieres?”

“He recorrido todo el...”

Lo interrumpió bruscamente: “¿Así que no has escuchado aún las noticias?”

“¿Qué noticias?”

“Te están buscando.”

“¿Cazan a un cazador de la verdad?”

“Como bien dice el dicho, el cazador puede muy bien acabar cazado a su vez. Este país ya no es el mismo que era ayer o el que era cuando peleábamos por él. Ya no queda para nosotros ningún papel que desempeñar en él. Estoy pensando en irme a un país donde no haya tantos problemas como aquí.”

“Existen dos mundos”, le dijo Matigari. “El mundo de los que aceptan las cosas como son y el mundo de los que quieren cambiar las cosas. ¿A qué mundo perteneces tú?”

“¿Qué? ¿Cambio? ¿Revolución? ¿Eres tú uno de esos radicales que hablan de revolución? Creo que es mejor que te vayas. No quiero que tu radicalismo me contagie. La revolución es como la lepra...”

“¿No me vas a decir dónde puedo encontrarla?”

“¿Encontrar qué? ¿La lepra?”

“La verdad. Y la justicia. Cuando estábamos en la cárcel, ¿no te oí preguntar: ‘Si no puedo enseñar la verdad, ¿qué debería enseñar, entonces?’ Desde que nos separamos anoche no he dormido un solo momento. No he descansado tampoco. Estuve recorriendo todo el país buscando a alguien que me diga dónde puede una persona que se ha ceñido el cinto de paz encontrar la verdad y la justicia. En las regiones despobladas encontré a una mujer que me dijo: ‘Ve y busca a aquellos que enseñan la sabiduría moderna, los modernos hombres sabios de las estrellas de la era moderna’. Por eso estoy aquí. Toma tu tiza o tu pluma, y dime: ¿Dónde, en este país, puede una persona ceñida con el cinto de paz encontrar la verdad y la justicia?”

“¡*Sssh*, no hables tan fuerte!”, le advirtió el profesor. “El ayer se ha ido y está olvidado. Hoy es un nuevo día. Mañana será otro día. ¿No has oído que los maestros y los conferencistas están siendo detenidos sin proceso? Mírame. Tengo una mujer y dos hijos. ¿Qué comerán si yo voy a dar a la cárcel? ¡Y todo por hacer demasiadas preguntas! El ladrón nos dijo que hay mucha sabiduría en mantener la boca cerrada. Debería haber agregado que hay quienes cosechan los beneficios de cantar la canción autorizada, los que bailan al son que les marcan. Desde entonces me he ordenado en la orden de la cobardía y he ido a engrosar las filas de los que tienen la boca cerrada. Será mejor que te vayas... No, espera un momento... Se me ocurre otra cosa... Escucha. Si realmente quieres encontrar las respuestas a tus preguntas deberías ir a ver

al cura. Nunca suelta su Biblia. No hace más que leer la Biblia todo el día e interpretarla para el pueblo. Él podría tal vez decirte algo sobre la verdad y la justicia...”

Matigari miró al profesor. Los ojos del profesor estaban llenos de un miedo intenso. Sobre su rostro chorreaba el sudor.

“Permíteme decirte algo”, dijo Matigari. “Vengo de ver al estudiante de las estrellas de la era moderna. Le dije que el miedo excesivo nutre la miseria en nuestra tierra... Mejor suerte corren los que van a la cárcel cantando canciones de valentía arraigadas en su compromiso con la verdad y la justicia... ¿Qué más le dije? Hay dos tipos de gente que tienen la sabiduría de las estrellas: los que aman la verdad y los que venden la verdad.”

## 16

Matigari se encontró al cura rezando de rodillas. Había una Biblia abierta frente a él. Llevaba una sotana y un alzacuello blanco. Se veía como si se estuviera preparando para ir a celebrar una ceremonia.

Matigari se quedó de pie justo en el umbral.

El sacerdote permaneció absorto en su pose de oración. Estaba muy preocupado por los rumores de que Jesús había vuelto. Suponiendo que hubiera verdad en ellos. Estaba en ese momento pidiéndole a Dios que lo guiara, por si las dudas...

...así como dijiste, Señor, que debíamos tener dispuestas nuestras lámparas en todo momento como las cinco sabias doncellas. Pues dos personas estarán en los campos; la una será acogida y la otra dejada fuera. Siempre se debe estar listo, porque nadie sabe cuándo regresará el Señor... Pero recuerda, Señor, que también dijiste que ya que nadie sabe cuál será el momento de tu regreso, de día o de noche, en qué minuto u hora, deberíamos por lo tanto sospechar de los falsos profetas. Porque vendrán aquellos que desean engañar a

los corazones de los elegidos, y surgirán falsos Cristos y falsos profetas. Es por eso que rezo, Señor, para que abras mis ojos y mis oídos para que pueda verte y escucharte, sin importar cómo estés ataviado. Porque Tú dijiste también que cuando vuelvas retirarás de tu vista a los que nunca vinieron a verte cuando estabas en la cárcel o en el hospital, a aquellos que no te alimentaron cuando estabas hambriento ni te dieron agua cuando tenías sed. Aquellos vendrán a ti llorando, diciendo: “¿Cuándo te vimos hambriento y sediento y desnudo y enfermo y en prisión, y no cuidamos de ti?” Y tú les dirás: “En la medida en que no lo habéis hecho para uno de los de menor importancia de quienes hay entre vosotros, no me lo habéis hecho a mí...”

Matigari carraspeó. El cura se interrumpió bruscamente y de un brinco se puso de pie. El sudor que había aflorado a su ceño lo hacía brillar. Su corazón latía fuertemente, pero trataba de permanecer incólume.

“¿Quién eres tú?”, le preguntó a Matigari.

Antes de que Matigari pudiera responder, el sacerdote recordó su oración y cómo aquellos que no habían atendido a los más humildes entre ellos serían echados al fuego eterno, y precipitadamente empezó a ser bondadoso con Matigari, inspirado por la duda y por el miedo.

“¡Siéntate por favor!” Le ofreció un asiento a Matigari y le dio la bienvenida con palabras amables. “Sé que no debería preguntar, pero ¿tienes hambre?”

“No realmente.”

“¿Te sientes enfermo en algún grado?”

“No.”

“¿No tienes sed, o sí?”

“No.”

“¿Y no tienes ningún problema... como falta de ropa o de un techo?”

“Mi sed y mi hambre no son de cosas materiales. Mi única sed y hambre tienen que ver con mi espíritu perturbado. He viajado por todas partes buscando la verdad y la justicia.”

“¿La verdad y la justicia?”

“Sí.”

“¿Has ido a la iglesia?”

“No. No pertenezco a vuestras religiones o a vuestras iglesias. Pero un ave fatigada se posa y anida en cualquier árbol. He buscado en los mercados, en los comercios, en los cruces de caminos, en los campos, en los tribunales e incluso en las regiones agrestes. He caminado. He viajado en *matatus*, en carretas de burros, en autobuses, en camiones, en trenes y en barcos. He acudido a la policía, a los jueces, a los diferentes funcionarios de gobierno. He ido a ver a los estudiantes, a los profesores, y todo en vano. Ninguna de estas personas fue capaz de responder a mis preguntas. Finalmente alguien me dijo: ‘Busca a los modernos hombres sabios de Dios’. Eso es lo que eres, ¿no es así?”

“Sí, has venido a dar al lugar correcto.”

“Lees e interpretas las palabras de Dios. Déjame descansar sobre ti una carga que me pesa enormemente. No te ocultaré nada, porque un consejo sensato sólo puede darse en respuesta a palabras llenas de franqueza. Hace mucho tiempo, hubo una joven mujer. Era la más pura de las doncellas. Había pasado su vida obedeciendo a dos amos: el Padre celestial y su padre terrenal. Nunca dejó de asistir a las oraciones en común y siempre iba a misa. Durante la guerra de independencia su padre terrenal fue arrestado por la policía. Le dijeron que sólo entregando su pureza podría salvarlo. Se negó y su padre fue colgado. Quedó sola a cargo de sus hermanos y hermanas. Así que le dijo a su Padre celestial: ‘Señor, ayúdame a cuidar de mi familia’. Rezó y rezó. ¡Pero no había alimentos que comer ni ropa con qué cubrirse! Así que decidió salir a las calles. Necesitaba dinero para comprar ropa y alimentos. Pero a partir de ese día se juró a sí misma: ‘Señor, dame la fuerza para no acostarme con los que mataron a mi padre ni con ninguno de su especie. ¡Dame la fuerza, aunque soy pecadora, dame el valor, para cumplir este onceavo mandamiento!’ Pasaron los años. Entonces un hombre salió de la selva, donde tenían sus bases las guerrillas que

luchaban por la tierra. Encontró a unos policías lanzando un perro sobre la joven. Querían gozar de sus favores. Pero ella no quería tener nada que ver con ellos. El hombre la rescató. Poco después, el hombre fue encarcelado. La joven fue a entregarse a uno de los policías, el cual, cuando estuvo satisfecho, fue asaltado por ese sueño que nos invade a los hombres después de tales actividades. La joven tomó las llaves y se las dio a un niño con el que se había puesto de acuerdo para esto. El chico fue a abrir la celda y dejó salir al hombre y a otros diez presos. El niño volvió a cerrar la celda y devolvió las llaves a la joven, quien a su vez las puso de nuevo en el bolsillo del policía, y fingió dormir. Cuando el policía despertó, vio a la joven dormida aún junto a él. Se levantó a toda prisa, para que sus superiores no fueran a encontrarlo durmiendo en la oficina. La mujer se fue. Pero iba llena de dolor. Había quebrantado finalmente su onceavo mandamiento... Dime, tú que interpretas las palabras de Dios, ¿dónde está la verdad en este asunto?, ¿dónde se halla la justicia?, ¿dónde puede encontrarse la verdad y la justicia en esta tierra? Porque yo sé que donde sea que esté esta mujer, está llorando. ¿Qué tienes tú que decir? ¿Con qué palabras enjugarías sus lágrimas? El Padre que está en el Cielo, ¿por qué creó Él un mundo tan vuelto de cabeza? ¡Un mundo en el que sólo los que siembran el mal cosechan lo bueno y en el que los que siembran el bien cosechan la maldad! ¿Qué pueden decir sobre todo esto los libros sagrados que estudias? Dime la respuesta a este acertijo. Deshaz para mí este nudo. Dime: ¿Qué he de decirle a esta joven mujer? Porque le dije que no volvería a buscarla hasta no haber encontrado las respuestas a estas preguntas..."

El sacerdote se sintió tranquilizado, se había liberado de un gran peso que agobiaba su alma. Así que en realidad las puertas de la prisión no habían abierto misteriosamente. Así que todas esas historias sobre Gabriel no eran más que rumores. Y sin embargo uno debía mantener su lámpara lista por si acaso. Carraspeó y luego dijo:

“El acertijo es difícil de resolver. Pero no hay nada que el Señor de los cielos haga sin que haya una buena razón para ello. La hambruna, la enfermedad, el dolor, la sequía, las inundaciones, los terremotos, la muerte, las epidemias, todo tiene una razón de ser. Dios obra de forma misteriosa y revela el propósito de sus actos sólo cuando Él lo desea, y si lo desea, o cuando el tiempo está maduro para ello. Nunca podemos adelantar la decisión divina. El dolor y el sufrimiento son una prueba para nuestra fe y nuestra capacidad de soportar las dificultades. Si la chica no hubiera renegado de la iglesia, Dios seguramente le habría mostrado el camino. Pero ¿quién soy yo para juzgar a otro? ¿Quién soy yo para meterme entre una persona y su decisión ante Dios? ¿Recuerdas la historia de la mujer que fue hallada con un hombre que no era su marido? ¿Qué fue lo que Jesús le dijo cuando la llevaron ante él? *Que el que no tenga pecado tire la primera piedra*, sí, tire la primera piedra. Ahora debo seguir los pasos de Cristo y decir: Que el que no tenga pecado tire la primera piedra. Pero le digo a la chica: Vuelve a la iglesia y arrodíllate ante Dios. Pídele que te otorgue su perdón...”

Sin darse cuenta, Matigari reveló el nombre de la mujer.

“¿Pero qué pecado ha cometido Gũthera? Entre Gũthera y Dios, ¿cuál de los dos es el que ha pecado en contra del otro? ¿Cuál de los dos debe arrodillarse ante el otro y pedir su perdón? Dime, tú que lees libros sagrados: ¿Quién fue el que creó un mundo tan vuelto de cabeza?”

“¡Un momento! ¡Deténte antes de cometer el pecado del que nunca serás perdonado!”, dijo el cura apresuradamente, escandalizado por las palabras de Matigari. “¿Qué demonio es éste que ha entrado en mi casa?” Y entonces, recordando lo que había leído en la Biblia, y también los rumores que circulaban por el país, una vez más se sintió incómodo. Las dudas lo asaltaron. ¿No serían estas pruebas las mismas que Dios le puso a Job cuando permitió a Satán que lo juzgara a Él en su magnificencia?”

“¿Qué pecado?”, preguntó Matigari con una voz llena de dolor.

“¡Blasfemia! El pecado de atentar contra el Espíritu Santo!”

“¿Sólo porque dije que este mundo está vuelto de cabeza? Déjame hablarte de otro acertijo que tiene que ver con aquel-que-siembra y aquel-que-cosecha-lo-que-nunca-sembró. Aquel-que-siembra desmontó la maleza, cultivó la tierra, la aplanó, sembró y cuidó de la siembra. Aquel-que-cosecha-lo-que-nunca-sembró se apoderó de la tierra y fue él quien se llevó a casa la cosecha. Aquel-que-siembra construyó entonces una casa; aquel-que-cosecha-lo-que-nunca-sembró se apoderó también de ella. Aquel-que-siembra fabricó productos en las industrias; y aquel-que-cosecha-lo-que-nunca-sembró vino y los tomó para sí. Aquel-que-siembra confeccionó prendas de ropa; y aquel-que-cosecha-lo-que-nunca-sembró vino y también se apoderó de éstas. Fuera lo que fuera que produjera aquel-que-siembra, con su sudor y su trabajo, aquel-que-cosecha-lo-que-nunca-sembró lo tomaba para sí. Y así, aquel-que-siembra compuso una canción de resistencia:

No produciré comida

Para que aquel-que-cosecha-lo-que-nunca-sembró se alimente con ella

Mientras que yo voy a la cama con el estómago vacío.

No construiré una casa

Para que aquel-que-cosecha-lo-que-nunca-sembró duerma en ella

Mientras que yo duermo al aire libre.

No coseré prendas de vestir

Para que aquel-que-cosecha-lo-que-nunca-sembró las lleve

Mientras que yo voy por allí desnudo.

No fabricaré productos

Para que aquel-que-cosecha-lo-que-nunca-sembró se haga rico

Mientras que yo me quedo con las manos vacías.

¡Me niego a ser la cacerola

Cuyo único propósito es cocinar, pero nunca comer!

“¡Hombre sabio! Estalló una guerra entre aquel-que-cosecha-lo-que-nunca-sembró y aquel-que-siembra. Pero aquel-

que-cosecha no estaba solo. Él y sus sirvientes le dieron caza a aquel-que-siembra a través de infinitos valles y montañas, dentro de cuevas y zanjones, por llanuras, selvas y en todo el país. Pelearon. Un año. Diez años. Tantos años. Aquel-que-siembra hizo caer primero al sirviente. Finalmente puso su pie sobre aquel-que-cosecha-lo-que-nunca-sembró. Cantó canciones de victoria y se puso en camino. ¡De vuelta a casa! ¿Y a quién cree que encontró ante la verja de su casa? Nada menos que al hijo de aquel-que-cosecha-lo-que-nunca-sembró, acompañado por su sirviente. Ellos fueron quienes llamaron a la policía y lo mandaron arrestar. Y tú, hombre sabio, decías que el mundo no está vuelto de cabeza? ¿Un mundo en el que el constructor duerme al aire libre, el obrero se queda con las manos vacías, el sastre va por ahí desnudo, y el agricultor se va a dormir con el estómago vacío?

“¡Dime! ¿Dónde están la verdad y la justicia en todo esto? ¿Dónde puede uno encontrar justicia en este mundo?”

Para ese momento, el sacerdote estaba poniéndose algo impaciente con las preguntas y largas historias del hombre. El miedo que lo había asaltado hacía rato, por los rumores del Segundo Advenimiento de Cristo, había desaparecido por completo. No era posible que Jesús hubiera vuelto haciendo preguntas tan estúpidas y contando fábulas políticas. Bostezó. Luego, miró su reloj y dijo:

“¿Sabes una cosa? El sol nunca se detiene para dejar pasar al rey. Tengo que officiar una ceremonia lejos de aquí. Me has hecho dos preguntas y me esforzaré por contestarlas.

“Es verdad que este mundo está de cabeza. Es precisamente por eso por lo que Dios envió a su único hijo a venir aquí a enderezarlo con su amor eterno. Ve a decirle a Gũthera, ¿no es así como llamaste a la mujer? Dile esto: Cuando la gente sufre por sus pecados debe saber que nunca encontrará la paz hasta que no vaya a la Cruz. ‘Cuando un pecador deja sus pecados y regresa al Señor, Él es bueno y está lleno de perdón. Deberías preocuparte menos por los pecados

que cometiste antes de conocer al Señor y más por los que cometiste a partir del momento en que supiste que eras un pecador. Cristo es el único que puede enderezar un mundo que está vuelto de cabeza. Es el único que puede poner en el recto camino a las almas que se han extraviado'...

“En cuanto a asuntos de política —como la pregunta sobre encontrar la verdad y la justicia en la tierra— te contestaré en la misma forma en que Jesús le contestó a los Fariseos que habían ido a probarlo y a confundirlo con preguntas sobre el gobierno de las cosas terrenales, aunque sabían muy bien que su reino estaba en el cielo, cuya ciudad capital era la Nueva Jerusalén. Jesús les dijo: ‘Devolved al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios’. Así que hoy día yo también te digo a ti: ‘Si quieres saber sobre la verdad y la justicia divinas, debes dirigirte al Señor Dios de los cielos, que es el mismo Jesucristo que alguna vez fue crucificado en la Cruz por el amor de ti y de mí. Pero en la medida en que se trata de la verdad y de la justicia en la tierra, deberías acudir a aquellos que gobiernan aquí en la tierra’...

“No obstante, te daré un consejo. En este país somos muy afortunados porque Su Excelencia *Ole Excellence* ama y cree en la cristiandad. Es también un hombre de muchas luces. Tiene un ministerio que se ocupa de los asuntos de verdad y justicia. El Ministro de Verdad y Justicia (el cual, como el Presidente, no se pierde nunca un servicio religioso) vendrá a visitar a los residentes de esta zona. Como sabes, con frecuencia va de gira por diferentes lugares, explicándole a la gente que lo mejor es cumplir la ley pacíficamente. Por ejemplo, hablará a la gente esta tarde en el salón social del cabildo sobre las huelgas interminables que están estallando en la fábrica de este lugar. Por favor, acude al Ministro de Verdad y Justicia y pregúntale: ‘¿Dónde puede uno encontrar la verdad y la justicia en esta tierra?’”

## 17

La reunión convocada por el Ministro de Verdad y Justicia fue muy concurrida porque se le había dicho a la gente que él resolvería el conflicto entre los trabajadores y los propietarios de las fábricas. El comisionado provincial también había visitado varias aldeas de la región para anunciar a la gente la visita del ministro. Muchos dignatarios estuvieron presentes. Había representantes de ministros del partido en el poder, de los consejeros del país, de las iglesias y de la fábrica. Los trabajadores y sus simpatizantes estaban ahí *en masse*.

El país tenía una buena imagen internacional en Occidente por su gobierno de “Verdad y Justicia”; la reunión había atraído por lo tanto a observadores de partidos políticos de Occidente. Se sentaron en los asientos de la primera fila, ¡para poder ver correctamente cómo se podía callar a los trabajadores de un país del tercer mundo con Verdad y Justicia instantáneas!

La policía preventiva y una unidad del ejército estaban presentes y en formación de batalla afuera del salón social. Dentro del salón había más policías armados; estaban de pie contra la pared y tenían los ojos fijos en la multitud.

El ministro llevaba un traje oscuro con rayas grises. La corbata del partido a rayas rojas y verdes estaba bien metida dentro de su chaleco, de manera que sólo la parte superior era visible. La corbata tenía el emblema del partido gobernante —la imagen de un perico— y las letras kkk, las iniciales del partido. Un clavel rojo colgaba de la solapa de la chaqueta y un pañuelo blanco se asomaba del bolsillo en el pecho. John Boy y Robert Williams estaban sentados a su lado derecho y el ministro de la iglesia, el comisionado provincial y el miembro del parlamento de la zona estaban sentados a su izquierda. Los comisionados y los oficiales de distrito se sentaron a uno y otro lado de estos invitados. En las filas situadas inmediatamente detrás del ministro estaban sentados

algunos hombres blancos, morenos y negros, vestidos con togas judiciales. Junto a ellos había otros tres. Uno era el editor de *El Diario Periquero*. Otro era profesor de historia de la pericología y el tercero un conferencista universitario, quien tenía una licenciatura, una maestría y un doctorado en filosofía de la pericología. Los tres llevaban un cancionero, *Canciones de un Perico*, que habían sido compuestas por un grupo de especialistas en cantos de pericos.

Detrás de todos ellos estaba parado el comisionado de la policía. En una esquina estaba sentado un informante encapuchado, completamente cubierto con una tela blanca en forma de cono y sólo tres ranuras: para los ojos y para su boca.

La misma atmósfera pesada que había prevalecido en el país durante todo el día también llenó el salón. No hacía ni calor ni frío. El murmullo de los ahí reunidos no indicaba ni felicidad ni tristeza. La luz eléctrica era débil, asemejaba la luz del crepúsculo. Nada estaba claro.

Todos esperaban.

El sacerdote inauguró la reunión con una oración: “Nuestro Señor de los Cielos guíe a tu servidor, el Ministro de Verdad y Justicia, de manera que pueda interpretar correctamente tu voluntad. Oh Señor, aquietta los corazones de los empleadores y los de los trabajadores, de manera que todos estén satisfechos con las decisiones que se tomen a través de la verdad y la justicia”.

Después de la oración, el comisionado provincial presentó al ministro a “sus súbditos”. El ministro entonces se puso de pie y comenzó su discurso.

“No me andaré por las ramas. Hablaré con la pura verdad y en justicia. Yo soy el alma de este gobierno; soy el alma de esta nación. Yo soy la luz al final del oscuro túnel; soy la antorcha del desarrollo. ¿Por qué digo esto? Porque sin el mandato de la ley —verdad y justicia— no hay gobierno, no hay nación, no hay civilización. El mandato de la ley es la verdadera medida de la *civilización*. Si no lo sabré yo. Fui criado

en la ley, me rijo por la ley y la ley habita en mí. Fui instruido en la ley y creo indefectiblemente en ella. Yo soy el guardián de la ley hoy en día. Yo hago la ley y garantizo que se cumpla. Mi padre fue la primera persona de este país en apoyar la política de lealtad a la Corona, a principios de siglo. Algunos se preguntarán: ¿Lealtad a la ley de quién? ¿La ley colonial? Déjenme decirles: la ley es la ley. Aquellos que se dieron cuenta de esto desde un principio son quienes tienen algún valor en este país hoy en día. Sí, nosotros los leales somos los que estamos en el poder hoy. ¡Que viva la política de lealtad! Déjenme explicarles. Miren a John Boy. Él y yo fuimos a la misma escuela ¿No es así Johnny Boy? Primero asistimos a Fort Hare en Sudáfrica. También estuvimos juntos en Gran Bretaña. ¿Recuerdas nuestros apodosos en Islington? Te llamábamos ratón de biblioteca porque siempre te estabas quemando las pestañas. ¿Te acuerdas? ¡Ji-ji-ji!”

“Pero sabes que tus amigos eran hijos de Kabakas y Cereere Khamas, hijos de jefes y reyes”, John Boy agregó entonces, sonriendo de oreja a oreja. “Te apodábamos ‘*Style*’, ‘*Mister Style*’ porque hacías todo con estilo. ¿Recuerdas a aquel abogado gracioso de Goa que solía callar a todos con sus argumentos sobre Lenin, Trotsky y Stalin? ¿Recuerdas cómo una vez lo callaste cuando le dijiste...”

“¡Soy un anglófilo africano y estoy orgulloso de ello!” Esto lo dijeron el ministro y John Boy a coro, como interpretando algún acto teatral en el escenario. Los dos rieron.

“Sí, este John Boy que ven aquí —su padre fue asesinado a manos de terroristas por haber obedecido y haberse apegado a las leyes. Miren lo lejos que ha llegado su hijo hoy en día. ¿Acaso está hurgando en busca de desperdicios en los basureros? ¡Estarán de acuerdo conmigo en que es evidente que no! Mírenme. Tengo una casa de siete pisos. Tengo tres piscinas... sí, tres... una para los niños, una para las visitas y otra para mi y mi esposa! ¡También tengo baños sauna fabricados con el modelo finlandés! Mi casa está decorada con mármol, de Italia. ¡Mármol italiano importado!

Tengo algo que los *lords* ingleses llaman un escudo de armas de familia, en otras palabras, el emblema de la casa. Mi escudo de armas es el retrato de un arbusto de café, protegido por dos látigos. Debajo de éste se encuentra el lema de familia: ‘Destruir a los Terroristas’. Miren a cualquiera que valga algo, sea de esta o aquella tribu; son todos ellos los que se han apegado a la ley desde los tiempos de la colonia. ¿Y qué hay de los hijos de aquellos que tomaron hachas y pistolas caseras, declarando que pelearían contra el mandato de la ley? ¿Dónde están ahora? ¿Dónde está la independencia por la que peleamos? Eso es lo que siguen gritando, al pie de la escalera.

“De hecho, fuimos nosotros, los que nos regimos por la ley, quienes evitamos que el país se destruyera. Si miran la situación desapasionadamente, sin el tipo de *distorsión* que encuentran en algunos de esos escritores de *ficción*, podrán ver que fueron los que obedecieron la ley colonial quienes construyeron la independencia. ¿No dieron, tan sólo el otro día, una conferencia de historia todos los profesores universitarios y especialistas en pericología? ¿Qué nos enseñan ellos? Que, de acuerdo con su investigación, aquellos que se unieron mano con mano a los colonialistas para la protección de la ley —*los partidarios*— son quienes en realidad hicieron que los colonialistas nos dieran la independencia en charola. He dado la orden de que a todos los profesores partidarios y a todos los doctorados en pericología se les promueva y otorgue docencia permanente, ya que estos profesores son diferentes de quienes están siempre armando un alboroto por la revolución, políticas revolucionarias, socialismo revolucionario y otras *ideologías extranjeras*. ¡No! Estos profesores permanentes son los que saben cómo obedecer y apegarse a la ley, cómo servir a la ley. ¿Está de acuerdo conmigo, profesor, o no?”

El profesor permanente en historia de la pericología se levantó inmediatamente. Y así lo hizo también el doctor en pericología y el editor de *El Diario Periquero*. Cantaron tres estrofas

de *Canciones de un Perico* y luego se sentaron, aferrados al cancionero, como si sus vidas dependieran de ello.

El ministro estaba muy complacido con la interpretación de la canción y dijo que si continuaban por ese camino podrían estar en la lista de honor del año siguiente y que recibirían condecoraciones como la GKM (los oídos del presidente) o la MMT (los ojos del Estado).

“Espero que hayan escuchado ustedes mismos la verdad.” Continuó: “Si no fuera por nosotros los partidarios, qué independencia estarían disfrutando hoy? Díganme, ¿cuál independencia? ¿La de los panteones? Deberían considerarse afortunados de que el gobierno está en manos de alguien que es piadoso y cristiano. Imagínense nada más, el otro día algunas personas de los cuarteles se alzaron en armas con el fin de amotinarse. ¡Asonada militar! ¿Querían un *golpe*, o qué? ¡Ni siquiera nos dan la oportunidad de asegurar que los fuegos de la independencia continúen ardiendo uniformemente! ¿Por qué no se amotinaron durante el mandato de la colonia? Y estos estudiantes —que se manifiestan afuera de las embajadas de Occidente simplemente porque esos gobiernos están ayudando a Sudáfrica! ¿Por qué no pueden estos estudiantes seguir los pasos de los profesores permanentes de pericología? ¿Cómo podemos dictar a otros países lo que deberían o no deberían hacer con su propio dinero? ¡Aun Su Excelencia *Ole Excellence* ha ido un poco demasiado lejos con sus creencias en esta democracia! Imaginen si este fuera uno de esos países que no creen en el mandato de la ley; o imaginen qué hubiera pasado si el gobierno de este país hubiera caído en manos de los que tomaron hachas para pelear contra la ley? Sí... si el gobierno hubiera sido tomado por terroristas... En otras palabras, *si este fuera un gobierno gangster* ¿Qué piensan que les hubiera pasado a aquellos estudiantes universitarios?

“¡Escuchen! Permítanme darles otra pista. El gobierno sabe que aquellos elementos subversivos no estaban solos. El cerebro detrás de las acciones de esta gente ha descubierto

otra manera de traer confusión al país: *wvumi*, dispersión de rumores. Corre ahora un terrible rumor por estas aldeas de que Cristo ha vuelto. Sólo tengo una pregunta que me gustaría plantearles: ‘¿Cómo puede Jesucristo volver sin primero revelarse a sus discípulos?’ Aquí en la plataforma tenemos un ministro de iglesia. Ministro, por favor, diga a todos si Jesús ha vuelto o no. ¿Ha vuelto Jesucristo?”

El sacerdote se puso de pie, aferrado a su Biblia. Antes de dirigirse a la multitud con las siguientes palabras, primero miró a su alrededor, ya que aún no estaba seguro de los rumores:

“Leeré un pasaje del Evangelio según San Mateo, capítulo 24, versículo 23: ‘Entonces si alguno dijere: Aquí está el Mesías, no lo creáis, porque se levantarán falsos Mesías y falsos profetas y obrarán grandes señales y prodigios para inducir a error, si posible fuera, aun a los mismos elegidos. Mirad que os lo he dicho antes.’”

El sacerdote se sentó. El ministro prosiguió:

“¡Ahora han escuchado ustedes mismos lo que dice la palabra de Dios! Que deben ignorar a los falsos profetas, a los falsos ángeles y a falsos Mesías.

“Déjenme plantear otro punto: El *wvumi* del que hemos sido advertidos por los sacerdotes fue iniciado por un grupo de ladrones y asesinos —un grupo de criminales, en otras palabras— que escaparon de prisión ayer. Ellos fueron los que comenzaron y esparcieron el rumor de que fue Gabriel, el ángel enviado de Dios, quien abrió las puertas de la prisión. Les diré la verdad. Los oídos del gobierno y los ojos del gobierno están por todas partes: en la policía y las celdas de la prisión, en los centros comerciales, en los lugares de trabajo, en las escuelas, en las iglesias, en los mercados e inclusive en las paredes y los mismos cimientos de sus casas. Nuestras manos son más largas que la carretera más larga y viajan más rápido que el rayo. Todos aquellos que escaparon están en manos del gobierno.”

Cuando llegó al final de la oración, dos policías escoltaron al campesino, al ladrón, al asesino, al vagabundo, al estu-

diante, al carterista, al trabajador, al maestro y al borracho hasta el salón. Las únicas dos personas que faltaban eran Gĩcerũ<sup>32</sup> y Matigari.

“Ahora los han visto ustedes mismos, ¿o no?”, dijo el ministro señalando a los prisioneros. “Sí, estas son las personas que escaparon de prisión anoche e iniciaron el rumor de que había sido el Arcángel Gabriel quien los había liberado. No se dieron cuenta de que uno de los ojos del gobierno estaba entre ellos. No se dieron cuenta de que entre ellos estaba el oído del gobierno. El gobierno sabe exactamente quiénes son esos Gabrieles: el maestro y el estudiante. Imaginen, estos dos estaban enseñando marxismo incluso dentro de la prisión. Ese tal Karl Marx ha vuelto locos a estos estudiantes y maestros. Pero son cobardes. Estos dos se habían encerrado a sí mismos, por leer a Karl Marx. ¡Llévenselos a todos! Sus casos serán escuchados y resueltos ahora mismo... El profesor permanente de historia de la pericología, el doctor en pericología y el editor del *El Diario Periquero* darán su testimonio para demostrar que histórica, filosófica y periodísticamente hablando son aquellos que enseñan marxismo —en otras palabras, comunismo— quienes arruinan a nuestros estudiantes y a nuestros trabajadores. Por eso deben ser detenidos sin derecho a juicio. ¿No es así profesor?”

El profesor permanente, el portador del doctorado y el editor del diario se pusieron de pie y cantaron tres versos de *Canciones de un Perico*. Cuando hubieron terminado se sentaron, con el cancionero aún firmemente abrazado.

El ministro dijo entonces a la policía:

“Hagan su trabajo.”

El policía empujó a los prisioneros al interior de un cuarto al fondo del salón.

“La única persona a quien no hemos podido alcanzar es uno que se llama a sí mismo Matigari ma Njirũngi. Pero él

<sup>32</sup> Gĩcerũ: nombre propio, que en este caso también significa “el so-plón”.

también debe ser advertido. La mano de la ley es más larga que cualquier camino que decida tomar. Déjenme ahora poner un alto a todo este *wvumi* en el país, especialmente en las aldeas de por aquí. No hay libertadores en los bosques. Todos salieron de los bosques en la independencia cuando fue izada la bandera. Todos aquellos que se negaron a salir fueron ultimados a tiros. *Punto final.* Aquel que tenga oídos para oír, que oiga. Y el que no tenga debería pedírselos prestados a su madre.”

“Permítanme ahora llegar al propósito de mi visita aquí: el conflicto entre trabajadores y propietarios de la fábrica de cuero y plástico. Pero antes de seguir adelante, he sido notificado de que habrá una pequeña ceremonia...”

Robert Williams y John Boy Junior se pusieron de pie inmediatamente. Robert Williams le tendió un cheque y certificados a John Boy. John Boy a su vez se los dio al ministro. Los dos se sentaron.

El ministro miró el cheque y los certificados, sonrió, los sostuvo en una mano y entonces continuó con su discurso, evidentemente vigorizado por lo que había recibido de manos de Boy y Williams.

“Permítanme primero agradecer a los directores de esta compañía por el trabajo que han hecho. ¿Ven este cheque? Véanlo cuidadosamente. Nos gusta hacer las cosas con transparencia. Democracia cristiana. Honestidad. Este es un cheque por 50 000 chelines para un fondo presidencial, especial para niños discapacitados. ¡Esta compañía es de las que tienen verdaderos corazón y rostro humanos! Gracias. ¿No van a aplaudir? ¡Denles un cálido aplauso! ¡De nuevo! ¡Muy bien! ¿Ven estos certificados? Estos son de *acciones personales*. Son para Su Excelencia *Ole Excellence*. Este otro es para mí, como les digo, *acciones personales*. Sólo dejen de silbar un momento. Podrán hacerlo aún mejor cuando hayan escuchado todo. Donar acciones personales no es nada realmente especial; muchas compañías lo han hecho. Pero lo más impresionante que esta compañía ha hecho, un paso realmente revolucio-

nario, es que han dado al partido gobernante algunas acciones. ¿Saben lo que eso significa?

“El partido gobernante es nuestro partido. Es el partido de ustedes. Es el partido nacional. Por lo tanto esta compañía le ha dado acciones al país, a toda la nación. De ahora en adelante todos los que están aquí y aun los que no están poseen una parte de la compañía. Este es *capitalismo con rostro de socialismo* —o *socialismo con corazón capitalista*—. Es decir verdadero socialismo africano. No como el de Carlos Marx o Lenin, del que los estudiantes y maestros siempre están hablando. *¡Lakini watona cha mtema kuni!*”<sup>33</sup>

“Tendrán que llevarse sus revoluciones de regreso a la Unión Soviética, China, Corea del Norte, Cuba o Albania. ¿Por qué no pueden aprender y enseñar el tipo de socialismo que nos han enseñado los de la fábrica de cuero y plástico? ¿Por qué no están aplaudiendo? ¿Por qué no están ustedes las mujeres ululando por lo que la compañía ha hecho? Bueno, tomen un poco de tiempo para que el significado de ciertas cosas sea asimilado; sucederá, a su debido tiempo por supuesto, ¡así que no importa!”

El profesor permanente, el doctor y el editor se prepararon como para cantar unas cuantas estrofas más de *Canciones de un Perico*, pero el ministro, avergonzado por su entusiasmo para cantar, les pidió que esperaran un poco.

“Ahora, aun si ustedes fueran quienes arbitran entre la compañía y los trabajadores de la fábrica, podrían ver que el conflicto ya ha sido resuelto, más o menos. De ahora en adelante, cualquiera que se ponga en huelga contra esta compañía estará en realidad poniéndose en huelga contra el gobierno. Provocar a esta compañía será exactamente lo mismo que apuntar un dedo a la nariz del partido gobernante. Lanzar oprobios a esta compañía es lo mismo que lanzar insultos a la nación.

<sup>33</sup> *Lakini watona cha mtema kuni* (kisujili): “Se tendrá cuidado de ellos”.

“Ahora daré el veredicto del conflicto entre los empleados y los trabajadores. Primero, quiero que todos los trabajadores regresen a trabajar y terminen la huelga inmediatamente. ¿Está claro? A partir de este momento se acabó la huelga. Y le ordeno a la compañía que recontrate a todos los trabajadores con excepción de los líderes del movimiento. ¿Por qué le ordeno a la compañía que así lo haga? Porque la compañía ya ha decidido sacar a todos aquellos que se fueron a huelga y emplear a aquellos a quienes, en cambio, pasan su tiempo pidiendo trabajo. Pienso que tal solución al conflicto es buena y justa. ¿Quién está abucheando?

“Antes de acabar, quisiera recordar a las masas, donde quiera que estén, que las huelgas están prohibidas por decreto presidencial. Antes, en tiempos de la colonia, solíamos ir a huelga para exigir nuestra independencia. ¿Pero para qué otra independencia estamos haciendo huelga ahora? ¡Este es nuestro gobierno! ¡Este es un gobierno de obreros! Es más, Su Excelencia *Ole Excellence* es un obrero, un trabajador de primera clase. El número uno. Así que este gobierno está dirigido por un obrero. ¿Qué más quieren? ¿Hay alguna pregunta?”

Ngarũro wa Kĩrĩro se puso de pie:

“Hablando en defensa de los trabajadores, me gustaría decir que un conflicto o desacuerdo se da siempre entre dos partes. Nuestro conflicto es entre los dueños de la compañía y los trabajadores. El nuestro es un conflicto entre la mano de obra y el capital. Pero los dueños del capital deberían recordar siempre que aun el capital en cuestión viene del trabajo de nuestras manos. Su veredicto sólo demuestra que ustedes —el gobierno y el partido gobernante— están del lado del capital, del lado de aquellos a quienes pertenecen las compañías y las grandes granjas. Sólo tengo una pregunta: ¿Dónde está nuestro gobierno, el de nosotros los trabajadores? No estamos pidiendo la propiedad ajena. Sólo pedimos la adecuada remuneración de nuestro trabajo. El trabajo de nuestras manos es todo lo que poseemos. Es nuestra única propie-

dad. Vendemos este trabajo en el mercado de trabajo. Dígame, usted que va a los mercados: si el comprador se niega a pagar el precio que pide el vendedor, ¿no tiene éste el derecho a negarse a vender su mercancía hasta que obtenga un precio adecuado por ella? ¿O uno acordado entre el comprador y el vendedor? Nuestra acción de huelga sólo es tal negación. Estamos retirando nuestro trabajo del mercado hasta que el comprador acceda a coincidir con nuestro precio. No podemos regresar a trabajar a menos que nuestras demandas sean cumplidas. Todo lo que pedimos es que el aumento de sueldo coincida con el aumento de precios, que va siempre en espiral ascendente. También estamos pidiendo que los sueldos se incrementen en proporción al ritmo inflacionario. También pedimos que nos den los sábados libres o que se nos pague *tiempo extra* por trabajar los sábados. También pedimos que se destituya a John Boy Junior y a Robert Williams de la barra de directores y que se asignen directores nuevos en su lugar. Ambos son peores que los que estuvieron allí durante la colonia.”

Ngarũro wa Kĩrĩro se sentó. Los trabajadores aplaudieron y las mujeres ulularon.

El ministro esperó que el aplauso disminuyera. Entonces dijo: “Han escuchado la insolencia ustedes mismos, ¿o no? Este hombre acaba de romper la ley tres veces consecutivas. Primero desafió mis órdenes; y segundo, desafió dos decretos presidenciales. Desafió la orden que yo anuncié aquí hace unos minutos, frente a todos. Acabo de anunciar el fin de la huelga ¿o no? Terminó en el momento que acabé de hablar. Así que este hombre está, de hecho, pidiéndole a la gente que se vaya de nuevo a la huelga; siendo así, está incitando a la gente a que desafíe el decreto especial que dictó el presidente. ¿Saben qué ley está rompiendo al pedir a la gente que desobedezca a Su Excelencia *Ole Excellence?* La ley de *sedición y traición*. Y ahora es mi turno de hacer una pregunta: ¿Cómo pueden funcionar las industrias si son los trabajadores los que deciden a quién emplear y cuánto se

debe pagar? ¿Y cómo pueden funcionar las industrias si los trabajadores son los que deciden cuándo quieren trabajar y cuándo quieren descansar? Si les preocupan tanto esos asuntos ¿por qué no se emplean a sí mismos en vez de ir a buscar empleo a las compañías de otros? El hombre que acaba de hablar se ha negado a trabajar. Todos aquí son testigos de ello. Es su derecho el optar por no trabajar, pero no debe incitar a otros a seguir su ejemplo. ¿Cómo puede ayudarse a tal persona que claramente decide no trabajar? ¡Policías! ¡Cumplan con su deber! Tal vez él sea uno de los que están predicando las enseñanzas de Karl Marx en el país.”

Dos policías tomaron a Ngarũro wa Kĩrĩro y lo echaron en la habitación donde estaban los otros prisioneros. La gente comenzó a gritar y a discutir. El comisionado de la policía sonó su silbato. La policía preventiva cubría la entrada y las ventanas. Un silencio cayó sobre el salón. La gente estaba atrapada en el interior.

“¿Alguna otra pregunta?”

Su voz fue recibida por un profundo silencio. Continuó hablando como si nada importante hubiera sucedido.

“¿Otra pregunta?”

Esto también tuvo por respuesta un profundo silencio. El Ministro de Verdad y Justicia continuó: “¿Por qué no quieren hacer preguntas? Se dan cuenta de que tenemos invitados de países occidentales aquí —Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania Occidental, Francia— y están tomando un curso de organización de partidos y sindicalismo comercial responsable a cargo del partido gobernante, aquí en este país. Quiero que vean el *Socialismo africano* en acción. Aquí, en este país, nos guiamos por la democracia y el mandato de la ley. Lo único que no permitimos es que se quebrante la ley. Así que el gobierno tiene el derecho democrático de retirar a tal persona de entre la gente. Ningún gobierno puede permitir que el 0.0001 por ciento de la gente interfiera con los derechos del otro 99.9999 por ciento. ¿Cómo se puede permitir que

un grano podrido de maíz haga que todo el costal se eche a perder? ¡*Incluso la mayoría tiene derechos humanos!*

“¿Hay otra pregunta?”

“¡Sí!”, dijo una voz.

Todos dirigieron la mirada hacia la puerta. Un hombre de edad alto y fornido estaba de pie en la entrada. Sobre su cabeza había un sombrero de ala ancha, atado por debajo de su barbilla. Alrededor de su cintura había una tira decorada con cuentas y una pluma de avestruz. Llevaba un abrigo hasta las rodillas, hecho de piel de leopardo. Llevaba pantalones de pana. Sus manos estaban enfundadas en los bolsillos de su abrigo, como si tuviera algo en ellas.

Gúthera y Mūriūki intercambiaron miradas.

Todos permanecieron en silenciosa expectación. No podían creer que alguien pudiera ser tan valiente como para hacer una pregunta después de lo que le había pasado a Ngārūro wa Kīrīro y viendo que todos estaban atrapados dentro del salón con policías armados y soldados.

Matigari y el Ministro de Verdad y Justicia estaban ahí, mirándose el uno al otro.

Dos policías hicieron el gesto de arrestar a Matigari. Manteniendo los ojos fijos en el ministro, Matigari habló de tal manera que todos en la habitación podían escuchar claramente sus palabras. Con voz firme advirtió a los dos policías: “¡No se atrevan a tocarme! Soy tan viejo como este país.” No había el menor rastro de temor en su voz. El valor y la fuerza de su voz hicieron que los dos policías se sobresaltaran. John Boy Junior y Robert Williams susurraron algo entre ellos, pero mantuvieron los ojos fijos en Matigari todo el tiempo. El jefe de policía se acercó y le murmuró algo al ministro, con la mirada fija todo el tiempo en las manos de Matigari, que seguían dentro del abrigo. “Puede que traiga un arma, haga que continúe hablando mientras encontramos la manera de dispararle.”

El ministro recuperó su lengua. “Déjenlo en paz”, dijo, en una voz que salió más audible de lo necesario. “Dije que

quien quisiera hacer una pregunta podía hacerlo. Este es un país libre, no como Rusia o China.”

Matigari avanzó hasta el centro de la multitud. Mientras empezaba a hablar, con las manos aún en los bolsillos, nadie se atrevía a toser ni a hacer el menor ruido.

“Preguntó por qué nadie quería hacer preguntas. Yo le voy a contestar. Tener precaución no significa que uno sea un cobarde. El leopardo una vez le preguntó al jabalí: ‘Amigo mío ¿por qué nunca me visitas?’ El jabalí respondió: ‘He visto mucha gente entrar a tu casa, pero no he visto a ninguna de esas personas salir’. Todas las personas que ve aquí son como jabalíes. Tienen ojos y oídos para ver y oír cualquier cosa que suceda a su alrededor. Pero aun así yo les voy a decir esto: demasiado miedo alimenta la miseria en nuestras tierras. Así que, sabiendo perfectamente bien lo que el jabalí le dijo al leopardo, le voy a hacer una pregunta al Ministro de Verdad y Justicia. Pues he pasado todo el día caminando por todo el país, en busca de alguien que pudiera dar una respuesta a mi pregunta. Sí, he caminado y viajado en *matatus* y toda clase de vehículos. He hablado con médicos, estudiantes y hombres sabios de las estrellas de la era moderna. Un hombre sabio, lector de la palabra de Dios, me dijo: ‘Ve con el Ministro de Verdad y Justicia’. Yo obedecí al sacerdote.

“Esta es mi pregunta:

El constructor construye una casa.

El que ha mirado mientras se construía se muda a vivir en ella.

El constructor duerme al aire libre.

Sin techo sobre su cabeza.

El sastre hace prendas.

El que ni siquiera sabe cómo ensartar una aguja se las pone.

El sastre va por ahí en harapos.

El labrador cuida del sembradío en el campo.

El-que-cosecha-donde-nunca-sembró bosteza por haber comido demasiado.

El labrador bosteza por no haber comido en lo absoluto.

El trabajador produce los bienes.  
Los extranjeros y los parásitos disponen de ellos.  
Al trabajador se le deja con las manos vacías.  
¿Dónde están la verdad y la justicia en esta tierra?"

El Ministro de Verdad y Justicia hizo una breve pausa y antes de contestar mantuvo un estado de ánimo contemplativo por un momento:

“Deja de hablar en parábolas. Si quieres hacer una pregunta, entonces hazlo en lenguaje llano. No tienes nada que temer. Así que descarga todos tus problemas y pronto verás. El predicador hizo lo correcto al enviarte a mí. Sí, hizo lo correcto.”

“La mía no es una historia larga”, dijo Matigari, “pero tampoco es corta. Es la historia que ahora ves en este salón. Mi historia está hecha de ti y de mí. Yo construí una casa. Yo cultivé la tierra. Yo trabajé en la industria. Pero el Colono Williams, ayudado por su sirviente, John Boy, acabó quedándose con toda la riqueza. Me dije a mí mismo: Las diferencias entre el que es robado y el ladrón sólo pueden dirimirse en la lucha. Así que nos fuimos a los campos, Williams y su sirviente Boy por un lado y yo por el otro. Durante muchas estaciones, nos dimos caza mutuamente. Pasamos muchas montañas, a lo largo de muchos años. Nos dimos caza, tratando de ver quién sería el primero en derribar al otro. Primero traté de derribar a Boy. El Colono no era nadie sin el apoyo de su sirviente. El Colono Williams no podía estremecer los cimientos de mi casa sin un colaborador. Finalmente me las arreglé para derribarlos a los dos. Boy cayó primero; luego el Colono Williams. Ayer regresé a casa. Mi corazón estaba lleno de gozo, todo mi ser vibraba de victoria. Pero ¿a quién encuentro en la puerta de mi casa? Al hijo de Boy, junto con el hijo del Colono Williams. Me preguntaron: ‘¿Dónde está el título de propiedad de esta casa?’ Yo les contesté: ‘¿Qué otro título de propiedad que mi sudor, mi sangre?’ Se negaron a devolverme las llaves de mi casa. En cambio llamaron a la policía, me encerraron en la cárcel. Ahí están el hijo de Boy, el hijo

del Colono y el comisario de la policía. Pregúnteles si lo que digo es verdad. Todo lo que pido en esta tierra de democracia es verdad y justicia.”

Robert Williams y John Boy aún estaban susurrando entre sí. Boy garabateó una nota y se la dio al jefe de policía.

“¿Quién eres tú?”, preguntó el ministro.

“Matigari ma Njirũungi,” respondió.

El ministro se sobresaltó. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo pasó por el rostro. El jefe de policía le susurró al ministro de nuevo. Todos seguían pensando que Matigari tenía un arma en el bolsillo. ¿Qué otra razón habría para tener las manos en sus bolsillos? Y de hecho ¿cómo es que era tan atrevido? Pero no había manera de disparar a Matigari sin poner en peligro a la demás gente y particularmente a los invitados más importantes, sentados en la plataforma. Matigari permaneció entre la gente. Y la gente se quedó callada, en total admiración. ¡Hacía tanto tiempo que no veían tal valor! ¡Así que era cierto que los patriotas de tiempo atrás aún estaban vivos! ¡Así que los patriotas de la tierra habían vuelto por fin para ayudarles a reclamar lo suyo! El jefe de la policía observó cuidadosamente a Matigari. Sus ojos se mantuvieron fijos en las manos de Matigari. Lentamente, pero muy lentamente, bajó las suyas a la cadera. Subrepticamente comenzó a desabrochar la funda de la pistola.

El ministro dijo: “¡Oh... Matigari ma Njirũungi! ¡Ven al frente! Déjanos verte bien”.

Los policías comenzaron a moverse hacia Matigari. Pero Matigari dijo: “¡No me toquen! Puedo caminar solo”.

La gente le abrió paso. Y en cuanto a los invitados en la plataforma, todos tenían los mismos pensamientos en mente. Sus ojos convergían en las manos de Matigari. Los labios del sacerdote se movían rápidamente en oración silenciosa.

En el momento en que Matigari se acercaba a la plataforma, el jefe de la policía de repente sacó su pistola de su funda y la apuntó a Matigari, gritando: “¡Manos arriba!”

Matigari sacó las manos de sus bolsillos, sonriendo al darse cuenta de lo asustado que estaba el jefe de policía y por qué. Dijo entonces: “Me he armado con un cinturón de paz”.

Pero el jefe de policía no estaba satisfecho. Hizo una seña a dos policías indicándoles que lo inspeccionaran.

No tenía pistola alguna, ningún cuchillo, ni la más leve arma. Aun así lo esposaron. No era bueno correr riesgos con semejante personaje.

Todos los invitados en la plataforma sacaron sus pañuelos casi al mismo tiempo. Se sentían aliviados. Matigari fue llevado a la pequeña habitación donde se encontraban Ngārūro wa Kīrīro y los demás. La única persona que no estaba en el grupo de los prófugos de prisión era Gīcerū.

El jefe de la policía regresó la pistola a su funda, se veía un poco avergonzado por haber dejado ver tanto temor en frente de toda esa gente.

El ministro se veía nervioso. Estaba confundido y no sabía dónde retomar el hilo. Tosió como para aclarar la garganta:

“¡Aun aquellos a quienes les gusta culpar al gobierno de todo pueden ver ahora por sí mismos! ¿Qué sugieren que el gobierno haga con tal persona? ¡Escucharon lo que dijo! Un hombre es arrestado por allanar la propiedad de otras personas. Se escapa de prisión, vaga por todo el país y alardea de sus abusos y sus mentiras. Para empeorar las cosas, tiene la audacia de venir aquí frente a toda esta gente para alardear de sus vilezas. Sí, un criminal, un asesino sin vergüenza o culpa, viene aquí a alardear de todo eso.

“¿Qué clase de mundo sería éste si los que siembran fueran los únicos autorizados a comer? Sí, ¿qué clase de mundo sería éste si cada vez que los trabajadores tuvieran un conflicto con sus patrones simplemente recurrieran a las armas, en vez de tomar las vías pacíficas apropiadas para que pueda ser solucionado en justicia, como lo he demostrado hoy? ¡Anarquía! Sí, ¡anarquía! Recuerden que el bienestar y la estabilidad de un país, de cualquier país, dependen de tres clases de

personas: los ricos, como estos capitalistas; los soldados, como nuestras fuerzas de seguridad (todos ustedes vieron lo rápido que el comisario de la policía sacó su pistola); y tercero, los líderes, o sea, gente como yo o el sacerdote o los otros a quienes pronto les presentaré. Los ricos, los soldados, los líderes. Eso es todo lo que necesitamos.

“Permítanme demostrarles lo que un buen liderazgo significa realmente. Quiero que todos ustedes vean y sepan que yo soy en verdad el Ministro de Verdad y Justicia. ¿Ven el traje que llevo puesto? ¿Ven que lleva una chaqueta interior y otra exterior? ¿Por qué digo esto? Porque es un símbolo de las dos responsabilidades que recaen en mí. Una es garantizar que la ley sea obedecida y la otra garantizar la verdad y la justicia. ¿Vieron lo rápido que el comisionado de policía sacó su pistola? Ahora les presentaré a aquellos que llevan la honrosa tarea de aplicar la verdad y la justicia instantáneas. ¿Ven a estos caballeros vestidos de toga? Son jueces y abogados.

“Estoy de acuerdo con la expresión inglesa: *justicia aplazada es justicia denegada*. La justicia no sólo se debe aplicar, sino que también se debe ver por que se aplique. Así que quiero que vean la justicia instantánea en acción. Creo que soy el único ministro en todo el mundo que viaja con una corte completa, para así estar en medida de llevar a ejecución la justicia instantánea. Estos caballeros irán a esa pequeña habitación y escucharán los casos de todos aquellos que han sido arrestados. Les diré cuál es su veredicto antes de que acabe esta reunión.

“Estos caballeros serán asistidos por el profesor permanente de historia de la pericología, el editor de *El Diario Periquero*, el doctor en pericología y el informante encapuchado. ¿Saben quién es la justicia encapuchada? Es éste que lleva la capucha blanca. Sé que en aquellos malos días de la colonia solían llamarlo La Capucha. Pero ahora lo llamamos verdad y justicia encapuchada. Uno podría decir que es el testigo general del gobierno, cuya profesión es decir la verdad. Un portador profesional de la verdad, si ustedes quieren. Estos caballeros que ven aquí le preguntarán si la persona interrogada

está diciendo la verdad o no. Si mueve la cabeza de un modo o de otro, ellos sabrán exactamente lo que quiere decir. ¿Sabes por qué siempre dice la verdad? Porque hace mucha investigación secreta... ¿Qué les dije? El gobierno tiene ojos y orejas por todos lados... Bien. Esperemos ahora el veredicto...”

Los jueces y abogados, el profesor permanente, el doctor en pericología, el editor de *El Diario Periquero* y la justicia encapuchada se levantaron y se dirigieron a la habitación donde fueron puestos Matigari, Ngarũro wa Kĩrĩro y los otros.

“Mientras estos caballeros escuchan los casos pediré al comisionado provincial y al presidente de la rama local del partido gobernante que digan una palabra o dos.”

El comisionado provincial se puso de pie. Llevaba pantalones color caqui y una chaqueta que combinaba. También llevaba un salacot y anteojos de aro grueso. También él llevaba una corbata del KKK. Su uniforme colonial parecía pesarle. Se aclaró la garganta pretenciosamente antes de comenzar:

“No tengo mucho que decir, ya que el ministro ha dicho todo, todo lo que hay que decir. Su decisión es justa y verdadera; es ley ahora. Si todos se apegan a esta nueva ley, no habrá más conflictos. Habrá abundancia de paz en el territorio. No habrá más conflicto entre patrón y empleado... Pero hay algunas personas que cantan una canción que podría fácilmente arruinar la paz recién decretada. Un pajarito me dijo que la canción fue compuesta por los habitantes de Trampville. La canción dice que cuando Matigari ma Njirũũngi patea el suelo, las balas tintinean. Díganme, ustedes han visto al famoso Matigari de quien muchos han estado cantando. ¿Dónde están esas balas? Matigari ma Njirũũngi está en un profundo sueño, como Rip Van Winkle. Rip Van Winkle era un pequeño viejo americano que durmió durante un siglo, y cuando despertó encontró que todo en el país había cambiado. Las cosas ya no eran como él las había conocido.

“Ahora escúchenme con atención. He prohibido esa canción de ahora en adelante. Ninguna canción, ninguna canción o juego o rima o proverbio que mencione a Matigari ma Nji-

rũũngi será tolerada. Todo lo que nos interesa es el *desarrollo*. No nos interesa la ficción. Olvidemos que gente como Matigari ma Njirũũngi existió alguna vez. Estemos de acuerdo, como pericos leales, en que Matigari ma Njirũũngi fue sólo un mal sueño. Ese pedazo de historia fue sólo un mal sueño, una pesadilla, de hecho. Tenemos profesores calificados que pueden escribir nueva historia para nosotros.

“La aldea que compuso la canción también debe cambiar de nombre. ¿Cómo puede una aldea llamarse a sí misma Trampville? ¿Realmente vive algún vago ahí? ¿Están diciendo que no tienen a dónde ir? Deberían acudir al partido gobernante, a Su Excelencia *Ole Excellence*. Deberían mirar hacia adelante como todos los demás. Desde ahora, esta aldea tendrá un nuevo nombre: Progressville. Y desde ahora, mi buen pueblo de Progressville, olviden a Matigari ma Njirũũngi. Amén.”

El comisionado provincial se sentó y el presidente de la rama local del partido Kiama Kiria Kirathana (KKK)<sup>34</sup> se puso de pie. En su camisa había una foto enorme de Su Excelencia *Ole Excellence* y el símbolo del perico del partido. Debajo de éste estaban las siglas KKK. Éstas también estaban en su pañuelo.

“Como presidente de la rama local del KKK, me gustaría agradecer a esta compañía *angloamericana* por haber dado *acciones* al KKK. Esta fábrica pertenece ahora a todos nosotros. ¡Tres hurras por la compañía! ¡Abajo Matigari ma Njirũũngi! ¡Abajo las canciones que cuentan nuestra pesadilla! Ahora permítanme ocuparme de Karl Marx, los estudiantes y los trabajadores. Este tal Karl Marx está volviendo locos a nuestros estudiantes, conferencistas y trabajadores. Se les debería retirar su permiso de trabajo.

“¡Digo que ni Karl Marx ni Lenin ni tampoco Mao deberían trabajar en este país!”

Cantó dos estrofas y un coro de *Canciones de un Perico* y se sentó.

<sup>34</sup> *Kiama Kiria Kirathana*: Gĩkũyũ para “El partido gobernante”.

Entonces el miembro del Parlamento se puso de pie. Llevaba un traje de seda, una corbata del KKK y lentes oscuros de aro grueso. Saludó a la gente cantando dos versos de *Canciones de un Perico*. Luego comenzó a hablar.

“Apoyo firmemente todo lo que ya se ha dicho. Pero agregaré un aspecto. Es acerca de Matigari ma Njirũngi. Me han dicho que algunas mujeres han estado cantando que darán a luz a más Matigaris ma Njirũngi. ¿Están ebrias de este tal Matigari ma Njirũngi? El gobierno de KKK ha dicho que la causa principal de la pobreza es el hecho de que las mujeres procreen como ratas. Aún en tiempos de la colonia, cuando trabajaba para el Departamento de *Bienestar Social y de la Comunidad*, nos enseñaban que tener demasiados hijos era peligroso. La gente debería tener hijos de acuerdo con el tamaño de sus bolsillos. Los que no tienen dinero no deberían molestarse en tener hijos. Haré que los Estados Unidos establezcan una de esas clínicas al aire libre donde se les cierra el vientre a las mujeres. ¡No más niños para los pobres! ¡Demos esa responsabilidad a los ricos! Se dan cuenta, si las personas no tuvieran tantos hijos, entonces nunca tendríamos conflictos salariales, porque el pago que reciben sería suficiente para cada trabajador y su mujer. Pero hay un método aún mejor y más eficiente para reducir el crecimiento de la población. Los embarazos son el resultado de deseos diabólicos y salvajes. Pediré al gobierno que prohíba los sueños y deseos de ese tipo por un periodo de dos años, más o menos. ¡El coito entre los pobres debería estar prohibido por decreto presidencial!”

Se sentó.

Entonces el ministro habló de nuevo.

“Las aldeas de por aquí son muy afortunadas en tener líderes así. Ahora llamaré al predicador para que nos lea los Diez Mandamientos. Quiero que todos escuchen muy atentamente los Diez Mandamientos.”

Se sentó. El sacerdote se puso de pie y abrió su Biblia. Leyó:

Amaréis a Dios sobre todas las cosas.

Amaréis a vuestro prójimo como a vosotros mismos.

No pronunciaréis en vano el nombre del Señor vuestro Dios.

Guardaréis el sabat para mantenerlo sagrado. Seis días trabajaréis; pero el séptimo día es el sabat del Señor vuestro Dios. En él, no trabajaréis.

Honraréis a vuestro padre y vuestra madre para que sus días sean duraderos sobre la tierra que el Señor os ha dado.

No mataréis.

No cometeréis adulterio.

No robaréis.

No levantaréis falsos testimonios en contra de vuestro prójimo.

No tomaréis las posesiones de vuestro prójimo; no tomaréis a la mujer de vuestro prójimo, ni sus tierras ni sus vacas ni nada que sea de vuestro prójimo.

Se sentó justo cuando los jueces de la corte de Verdad y Justicia instantáneas caminaban de regreso al salón, seguidos del profesor permanente y de la justicia encapuchada. Su líder era un viejo hombre blanco, quien le entregó el veredicto al ministro.

El ministro ordenó que los prisioneros fueran traídos a la plataforma para escuchar el veredicto frente a todos. La policía los trajo y los acomodó en tres grupos.

“Quiero que ustedes, junto con los visitantes de Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania Occidental y Francia, atestigüen cómo funciona la ley en un país bajo la democracia cristiana. En algunos países que conozco, a criminales como éstos se les habría colgado, o se les hubiera hecho enfrentar al pelotón de fusilamiento. Pero aquí todo debe hacerse bajo la ley. De manera que, siendo yo el Ministro de Verdad y Justicia, aun yo debo apegarme a la ley. Así que debo aceptar el veredicto al que llegaron estos caballeros porque yo también estoy sometido a la ley y *yo creo en la independencia del poder judicial*. Correcto, quiero que escuchen todos este veredicto con mucho cuidado.

“El maestro y el estudiante serán encarcelados sin juicio. La corte no puede permitir que la gente educada desvíe

a la gente con sus doctrinas marxistas y enseñanzas comunistas.”

El estudiante y el maestro fueron esposados juntos. En la adversidad, el estudiante de pronto sintió un resurgimiento de valor, aunado a una gran amargura como nunca la había sentido antes. Gritó:

“Deberían escuchar la rima dicha por Matigari. Un espíritu ladrón no puede ser apaciguado con el sacrificio. Puedo ver eso ahora mucho más claramente. Cantaré con los que fueron detenidos ayer, los encarcelados anteayer y los cincuenta a quienes mataron las fuerzas de seguridad esta misma mañana:

¡Aún si nos detienen,  
La victoria es del pueblo,  
La victoria es del pueblo!”

Todos estaban en silencio. ¿Así que el rumor de que cincuenta estudiantes universitarios habían sido asesinados era cierto? Un policía le cubrió la boca al estudiante. El maestro retomó el desafío:

“¡Yo también sé que hay dos verdades. Una verdad pertenece al opresor; la otra al oprimido! ¡Nunca cantaré como un perico, nunca! Cantaré la misma canción llena de valor y esperanza que cantaron los valerosos y osados estudiantes.” Pero cuando quiso cantar, su boca también fue cubierta. El estudiante y el maestro fueron llevados por los celadores, resistiéndose aún. *¡Esta no fue justicia!* De entre la multitud afloró una canción:

¡Aun si nos matas,  
La victoria es del pueblo,  
La victoria es del pueblo!

La gente retomó la canción y cantó al unísono. Los policías amartillaron sus armas. El profesor permanente de historia de la pericología susurró algo al ministro. Éste gritó en consecuencia:

“¡Silencio! ¡Todos ustedes, silencio! Me acaban de decir que hay estudiantes entre la gente. Quiero recordarles que esta aldea está bajo el control del jefe. Si quieren cantar, deberán cantar del cancionero oficial, *Canciones de un Perico*. No quiero escuchar más canciones subversivas. Lo que acaban de escuchar del estudiante es un montón de mentiras. La universidad se cerró porque los estudiantes hicieron una huelga por comida... Sólo un estudiante murió, pisoteado por los otros... Pero no venimos aquí a hablar de estudiantes... Leeré ahora el veredicto al que han llegado los jueces profesionales. Quiero que olviden completamente lo de los estudiantes. ¿Correcto? Aquellos que escaparon de prisión serán devueltos para permanecer allí hasta el día en que la corte tenga oportunidad de escuchar su caso. Permanecerán en una prisión de máxima seguridad hasta entonces.”

La policía se los llevó. El vagabundo causó risa al gritar que estaba agradecido con los jueces, ya que seguro encontraría comida y abrigo en prisión.

“Ahora escuchemos el caso de Ngarũro wa Kĩrĩro. La corte está muy preocupada por este hombre. Nadie se había presentado en público para oponerse a un decreto presidencial, desde la independencia. Gente como ésta siembra las semillas de la discordia en este país. Son los que hacen que los soldados *se amotinen*. La pregunta que hizo demuestra que es un enfermo mental. La corte ha decidido que debe ser llevado a un hospital psiquiátrico para que se le examine el cerebro... Así que, ya ven, ustedes los trabajadores estaban siendo dirigidos por un enfermo mental.”

Antes de que se lo llevaran, Ngarũro wa Kĩrĩro gritó:

“¡Ustedes pueden arrestarme pero los trabajadores nunca dejarán de exigir sus derechos!”

El ministro entonces se dirigió a Matigari ma Njirũũngi. Matigari se mantuvo erguido, sin miedo, lleno de confianza. Era esta cualidad suya la que hacía que la gente le temiera. Su mirada era punzante y lo hacía sentir a uno como si estuviera viendo dentro de la profundidad misma del alma. El minis-

tro, por ejemplo, no pudo mirar directo a los ojos de Matigari. Dudó, parecía haber perdido el habla.

Matigari aprovechó la oportunidad y ahora parecía como si el ministro estuviera siendo juzgado.

“Señor ministro”, Matigari comenzó. “Le hice una pregunta, pero nunca me contestó. Repetiré mi pregunta. ¿Dónde, en este país, puede una persona ceñida con un cinturón de paz encontrar verdad y justicia?”

El ministro tartamudeó. Parecía no estar preparado para la repetición de la pregunta de Matigari. Se dirigió a la gente.

“Este hombre que se hace llamar Matigari ma Njirũũngi debería ser colgado. ¿No lo han escuchado confesar que fue un asesino? Pero los jueces lo han declarado demente. La justicia encapuchada testificó cómo Matigari ma Njirũũngi compartió su pan y su cerveza imitando claramente la última cena de Cristo. Y ya lo oyeron divagar acerca de sus años en la selva y las montañas, peleando contra Boy y Williams. Todo esto demuestra que debe estar fuera de sí. El mayor Howard Williams y John Boy fueron a pelear contra los terroristas durante la guerra por la independencia. Bueno, digamos eso a falta de una mejor frase. Se cree que murieron en la lucha. Se les otorgaron medallas *in absentia* por su coraje y desinterés: Williams el CIB (Comandante del Imperio Británico) y Boy el MIB (Miembro de la orden del Imperio Británico). Pero si lo piensan bien, ¿realmente creen que alguien en sus cabales vendría aquí a alardear acerca de cómo se volvió asesino? Y el tipo de preguntas que hace, ¿son el tipo de preguntas que vienen de mentes sanas como la de ustedes o la mía? La corte ha recomendado que se le lleve a un hospital psiquiátrico y que se le mantenga bajo supervisión las veinticuatro horas del día porque es una persona muy peligrosa y alberga intenciones muy peligrosas en su mente.”

Matigari entonces giró abruptamente y de nuevo enfren-  
tó al Ministro de Verdad y Justicia, al jefe de la policía, a los jueces, al comisionado provincial, al sacerdote, a Boy, a Williams,

al profesor permanente de pericología y a todos los otros dignatarios de la plataforma.

La juventud pareció volver a él. Su voz sonaba como un trueno.

“La casa es mía porque yo la construí. La tierra también porque yo la labré con estas manos. Las industrias son mías porque mi mano de obra las construyó y trabajó en ellas. Nunca pararé de luchar por los productos de mi sudor. Vertí mi sangre y no la vertí en vano. Un día la tierra volverá a manos del labrador y la riqueza de nuestro territorio a aquellos que la producen. ¡La pobreza y el sufrimiento desaparecerán de nuestro territorio!”

Matigari señaló a Robert Williams y a John Boy Junior.

“Y ustedes, imperialista y su sirviente Boy —con todos sus otros lacayos, ministros y líderes de la fuerza policiaca, del ejército y las cortes, prisiones y administración—, ¡sus días están contados! Volveré el día de mañana. Somos los patriotas que sobrevivieron: ¡Matigari ma Njirũũngi! Y muchos más de nosotros están naciendo cada día. John Boy, no volverás a dormir en mi casa de nuevo. ¡Es o tú o yo y el futuro me pertenece!” La gente aplaudió.

La policía dudó un momento, pero luego los guardias se abalanzaron sobre Matigari, lo esposaron y lo lanzaron a la oscuridad. La multitud abucheó. Todos comenzaron a cantar:

Muéstrame el camino hacia un hombre  
Cuyo nombre es Matigari ma Njirũũngi,  
Quien patea el suelo al ritmo de las campanas  
Y las balas tintinean.  
Y las balas tintinean.

El ministro gruñó. Trató de levantar la voz por encima del canto y gritó: “¡He prohibido todas las canciones acerca de Matigari ma Njirũũngi! ¡He prohibido también todos los sueños! ¡Esta es una nueva ley! ¿Entendido? ¡Todas las canciones y los sueños subversivos están prohibidos!”

La gente siguió cantando. La policía amartilló sus armas. “¡La reunión ha terminado!”, gritó el ministro. “¡Vayan a casa! ¡Pueden retirarse todos!”

“¡Y no se detengan en el camino! No se les permite caminar en grupos de más de cinco personas”, añadió el jefe de la policía.

Pero la gente cantó más fuerte que nunca. Unos empezaron a gritar por la liberación de Ngarũro wa Kĩrĩro. Otros gritaron lemas: “¡Abajo los ladrones y las mentiras!”

“También he prohibido los tumultos en las aldeas”, agregó el comisionado provincial. “Autoricé a los jefes a utilizar la fuerza como se les concedió en el Decreto de los Jefes. Pueden arrestar a cualquiera que merodee en las aldeas sin *sababu*”.<sup>35</sup>

La gente se levantó como un solo cuerpo y se abalanzó sobre el ministro, cantando aún, como queriendo entrar a la pequeña habitación para liberar a Matigari ma Njirũũngi, Ngarũro wa Kĩrĩro y a todos los otros prisioneros políticos.

El comisionado de la policía sonó su silbato. La policía y la armada vinieron a toda prisa y sacaron a la gente con las cachas de sus armas. La gente gritó y corrió fuera del salón, rumbo a sus casas. Pero tan pronto como llegaron a sus hogares, no hablaron de otra cosa que no fuera Matigari ma Njirũũngi, Ngarũro wa Kĩrĩro y los valerosos estudiantes universitarios.

“¿Qué?”, preguntaron aquellos que no habían estado presentes.

“Dijo que los días del ladrón imperialista y su sirviente Boy están contados.”

“¿Los cuarenta días de un ladrón?”

“¿Y cuando esos días acaben?”

“¡De veras! ¿Te tengo que deletrear todo?”

“Volverá. No dijo cuándo exactamente, pero seguramente volverá.”

<sup>35</sup> *Sababu* (kisujili): Razón.

“¡Qué maravilla! ¿Y su nombre?”

“Matigari ma Njirũũngi.”

“Es verdad. Todo lo que se ha dicho es verdad. Hay dos tipos de gente en este país. Los que se venden y los patriotas.”

“Matigari ma Njirũũngi es un patriota.”

## 18

En el hospital psiquiátrico, Matigari ma Njirũũngi y Ngarũro wa Kĩrĩro hablaron casi toda la noche acerca de los trabajadores... campesinos... libertadores... revolucionarios... de todas las fuerzas dedicadas a construir un nuevo mañana para nuestros hijos... Amén.

Se convirtieron en algo así como alumno y maestro. Cada uno era tanto alumno como maestro para el otro.

Los pájaros comenzaron a cantar:

Si sólo estuviera amaneciendo,  
 Sí sólo estuviera amaneciendo,  
 Para poder compartir las aguas con el pájaro madrugador...

Mientras se acostaban, cada uno en su propia cama, Gũthera y Mũriũki se lamentaban: “¿*Qué podemos hacer para ayudar?*”

## 19

Ningún gobierno, ni siquiera el más represor, ha podido silenciar las voces de las masas. Las canciones se difundieron como un incendio en la sequía. Se difundieron por todas las aldeas. La gente las cantaba día y noche. Comenzaban con la canción:

¡Aun si nos matas,  
La victoria es del pueblo,  
La victoria es del pueblo!

Cantaban la canción de Matigari ma Njirũũngi:

Muéstrame el camino a un hombre  
Cuyo nombre es Matigari ma Njirũũngi  
Quien patea el suelo con el ritmo de las campanas.  
Y las balas tintinean.  
Y las balas tintinean.

Pero, ¿quién *era* Matigari ma Njirũũngi?



## TERCERA PARTE



GÜTHERA NA MŪRIŪKI  
*La pureza y la resurrección*

1

Tomó la decisión cuando todavía estaba en el manicomio. Le vino la idea de que uno no podía vencer al enemigo con armas solamente, pero que tampoco podía uno vencer al enemigo con simples palabras. Uno tenía que tener el derecho a las palabras, pero esas palabras debían ser reforzadas mediante el uso de las armas. En la persecución de la verdad y la justicia uno tenía que armarse con palabras artilladas.

Cuando el obrero en metales regresó de donde practicaba su oficio, lejos de su hogar, y encontró a un ogro matando de hambre a su mujer embarazada, ¿le envió al ogro parabienes de paz? ¿No afiló primero su lanza?

*La justicia para los oprimidos viene de una lanza afilada.* Se quitó el cinto de paz que había llevado hasta entonces, lo echó al suelo y lo pisoteó.

2

La noticia se escuchó por primera vez hacia las 10 de la mañana en la Voz de la Verdad. Un grupo de pacientes había escapado del manicomio.

No se sabía cómo habían logrado huir, pero la policía sospechaba que habían utilizado una lima para cortar la malla de alambre que rodeaba el hospital.

La administración del hospital estaba totalmente desconcertada, ya que no se entendía cómo habían conseguido una

lima los pacientes, ya que todos los instrumentos de violencia, como palos, hojas de rasurar y clavos, o cualquier cosa que tuviera filo, estaban prohibidos. En efecto, los prisioneros debían ser protegidos el uno del otro.

La policía estaba aún investigando, anunciaba la radio. El gobierno hacía un llamado al público para que tuviera cuidado, ya que los locos podían llevar objetos peligrosos.

Se solicitaba al público que permaneciera a la escucha de la radio. La policía seguiría transmitiendo reportes sobre los avances realizados en la captura de los locos peligrosos.

### 3

...Esta es la Voz de la Verdad... Mientras se espera más información sobre los locos prófugos, acabamos de recibir la noticia de que la Gran Bretaña y la Comunidad Europea le han otorgado a este país un préstamo de varios millones de libras para desarrollar la administración de la justicia instantánea. El préstamo será empleado en la compra de esposas, cadenas para pies y manos, uniformes para los centinelas de las prisiones, cercas electrificadas para contribuir a la seguridad de las prisiones y sogas para ahorcar a los que han sido sentenciados a muerte. Todo este material deberá ser comprado a fabricantes británicos o de otros países de la CEE. Parte del préstamo será empleado para enviar a centinelas de prisiones, a jueces de las cortes superiores, a la policía antimotines y a los comisionados de distrito al extranjero para recibir adiestramiento en los modernos métodos de administración de justicia instantánea. El Ministerio de Verdad y Justicia dio un voto de agradecimiento... El gobierno de los Estados Unidos ha solicitado al Banco Mundial y al FMI que aprueben un préstamo para nuestro país para el desarrollo y defensa de la gobernabilidad con legalidad, verdad y justicia...

El gobierno de los Estados Unidos ha declarado también que estaría dispuesto a escuchar con simpatía una solicitud para proveer a nuestro país con jets Phantom, tanques y helicópteros de guerra. El vocero del gobierno de los Estados Unidos dijo esto al dirigirse al Congreso. También agradeció al gobierno de este país por la concesión de bases militares en la costa para los EUA...

## 4

Cuando el cura escuchó las noticias sobre los locos prófugos, cayó de rodillas y se puso frenéticamente a rezarle a Dios... “Oh, Señor, no me permitiste visitar a quienes estaban en el manicomio... Así que si fuera cierto que has vuelto entre nosotros disfrazado como un enfermo mental, recuerda, Señor, que yo me estaba preparando para ir allá mañana”...

## 5

Esta es la Voz de la Verdad... Un boletín especial. La policía continúa en busca de un grupo de locos que escaparon de un hospital psiquiátrico. Los policías buscan también a una mujer y a un niño, que fueron vistos unas horas antes llevándole comida a uno de los pacientes. La policía ha hecho un llamado al niño y a la mujer para que se presenten en la comandancia de policía más cercana, para ayudar a la policía en sus investigaciones.

## 6

Esta es la Voz de la Verdad... Este es otro boletín especial de la policía... Se pide al público que reporte a la comandancia de policía más cercana a cualquier persona que vaya hablando como un loco, o vestida de andrajos como un loco, o a cualquiera que lleve el cabello despeinado como un loco, o a quienquiera que haga preguntas extrañas como un loco, o haga cosas que sólo un loco haría. La policía avisa que todos los que no estén locos deben rasurarse las barbas, cortarse el pelo y llevarlo bien peinado todo el tiempo. No deben, repetimos, no deben ir andrajosos...

## 7

Y sucedió que cuando una mujer anciana y su marido estaban hurgando entre latas de basura se encontraron unos car-

teles que tenían impresas las imágenes de Jesucristo y de Karl Marx.

“¡Aquí están estos lunáticos de los que tanto hemos oído hablar!”, dijo la mujer a su marido.

“¡Es cierto lo que dices! ¡Tienen el pelo largo y largas barbas, igual que los locos!”, exclamó el hombre.

Se llevaron cada uno una imagen y se dirigieron a la comandancia de policía más cercana.

“*Nyinyi wenda wazimu!*”,<sup>36</sup> gritaron los policías. Queremos a los locos reales... ¡no sus fotografías! Vayan y traigan a esos locos; o mejor aun, llévennos a donde están...”

## 8

...Esta es la Voz de la Verdad... Boletín urgente... El Ministro de Verdad y Justicia ha autorizado a la policía a disparar a todos los locos... ¡Disparen a vista!...

## 9

La policía ha instalado retenes en todas las carreteras en su esfuerzo continuado por arrestar a los locos prófugos. Muchos vehículos, especialmente los autobuses y los *matatus*, han sido inspeccionados. Se cree que algunos de los locos podrían usar el transporte público para escapar. La policía ha pedido a los conductores de autobuses y *matatus* que reporten a cualquiera que no pague su pasaje, ya que se piensa que los locos no traen dinero consigo. Otros usuarios de las carreteras han recibido instrucciones en el sentido de reportar a cualquier persona que pida aventón.

## 10

...Esta es la Voz de la Verdad... La policía ha recibido órdenes de no molestar a los blancos, aun cuando lleven grandes barbas o el cabe-

<sup>36</sup> *Nyinyi wenda wazimu* (kisuajili): “Deben estar locos”.

llo desarreglado, o aun cuando vayan en harapos o con la ropa sucia, o pidan aventón o no tengan dinero para el pasaje. La policía hizo este anuncio después de que los Estados Unidos y el gobierno británico se quejaron a través de sus embajadas de que sus súbditos están siendo hostigados en las carreteras por creer que se trata de locos, simplemente porque llevan la barba crecida o el cabello despeinado. El Ministro de Verdad y Justicia pidió una disculpa y previno a la gente sobre el racismo. Se advirtió a la gente de no juzgar mal a los blancos por cuestión de su color. El jefe de la policía ha comunicado a la policía y al público en general que, sea como sea, la gente blanca no se vuelve loca. La policía desea informar al público que los locos prófugos, con excepción de un asiático, son todos negros...

## 11

Boletín especial... Boletín especial... La policía disparó sobre uno de los locos prófugos. Fue identificado como Ngarũro wa Kĩrĩro. Fue llevado a toda prisa al hospital en condición crítica. Antes de que se le disparara, dio muestras de tendencias violentas y alardeó sobre cómo iba a enloquecer a los demás obreros. Intentó incluso influenciar a la fuerza pública, diciéndole a los gendarmes que ellos también eran obreros y que estaban siendo utilizados como perros guardianes por el gobierno de capitalistas, terratenientes e imperialistas...

## 12

...Boletín especial... La policía ha revelado que uno de los locos prófugos es uno que se hace llamar Matigari ma Njirũngi. Se avisa al público que este hombre es particularmente peligroso porque sufre del delirio de que todo le pertenece a él: las casas, la tierra, las industrias, e incluso todas las mujeres. Por segunda vez en esta semana, este loco se ha escabullido de entre las manos de la justicia. La primera vez fue cuando fue arrestado en las tierras del señor John Boy Junior. Exigía por la fuerza que se le entregaran las llaves de su casa. No se sabe aún cómo consiguió liberarse y escapar de su celda. Fue llevado al manicomio ayer, tras haberse dirigido a gritos al Ministro de Verdad y Justicia. El ministro estaba dirigiéndose al público en una reunión que se llevó a cabo para dirimir una controversia entre los trabajadores en huelga y sus patrones. La policía está todavía

investigando cómo fue que se permitió a una mujer y a un niño llevarle comida, después de que el juzgado había ordenado que se le vigilara 24 horas al día. La policía está aún en espera de que la mujer y el niño aparezcan para colaborar con la justicia. También han sido enviados guardias a vigilar la casa de John Boy Junior... y se ha asignado guardaespaldas a John Boy Junior para protegerlo de Matigari ma Njirũngi...

## 13

En ese mismo momento, Matigari, Gũthera y Mũriũki estaban sentados debajo de un arbusto de *leleshwa* intentando en vano refrescarse con la pequeña sombra de sus ramas desnudas de hojas. El sol era abrasador, más caliente que los tizones más ardientes, y los quemaba despiadadamente. La hierba languidecía y se marchitaba por el calor.

“Este sol abrasador hace que el calor de anteayer parezca hielo en comparación”, decía Gũthera.

“Sí, y el día de ayer fue un día tan desangelado”, dijo Mũriũki a su vez. “No hizo ni frío ni calor.”

“Un calor de este tipo es un asilo para el mal”, agregó ella.

Matigari estaba echado sobre la espalda. Usaba su abrigo para apoyar la cabeza. Se cubría la cara con su sombrero. Sus ronquidos eran como el rugido de un león en la maleza. Gũthera y Mũriũki estaban simplemente sentados en la hierba. Gũthera llevaba un *lasso* con diseños en blanco y negro, lleno de figuras. Lo llevaba sobre los hombros. La ropa de Mũriũki estaba aún cubierta de parches de todos los colores del arcoiris.

“Despertémosle”, dijo Gũthera; pero para el momento en que acabó de decir su frase, Matigari estaba ya totalmente despierto.

“Vámonos”, dijo. Su voz no dejaba ver que acababa de despertar.

“Pero, ¿a dónde vamos?”, preguntó Mũriũki.

“¡A la casa!”, le respondió Matigari.

Mūriūki y Gūthera intercambiaron miradas. ¿Todavía quería volver a la casa que le había traído tantos problemas?

“¿No sería mejor para ti que dejaras en paz a esas personas?”, preguntó Gūthera. “Sí, ¿no sería mejor para ti dejar de hacer tantas preguntas, y también mejor olvidar la casa y salvar tu vida? ¿Sellar tus labios?”

“Quieres decir que debería sellar mi vida en una tumba de silencio? ¡Que debería abandonar todo lo que produjeron mi mente y mis manos? ¿Dejarle todo a unos parásitos? ¿El trabajo de aquel-que-siempra, dejárselo a aquel-que-nunca-sembró? Escúchame Gūthera. Este mundo está de cabeza, pero debe ser devuelto a su posición justa. Porque he visto cómo en nuestra tierra las mentiras toman por decreto el lugar de la verdad, y la verdad es por decreto convertida en mentira. El robo y la corrupción se han vuelto la orden del día. De ellos se enorgullece la gente. El pastor y la pastora, ¿deben dejar que los lobos y las hienas pastoreen su rebaño? Este mundo está realmente de cabeza, y debe ser devuelto a su justo lugar nuevamente. El constructor quiere tener un lugar donde reposar su cabeza. El hortelano quiere sus cosechas. El obrero quiere el producto de su trabajo. Hemos rechazado ser el cazo que tan sólo cocina y nunca prueba la comida. ¿O quieres que las mujeres sigan vendiendo sus cuerpos por unas monedas? ¿Nuestros hijos también, ¿quieres que sigan hurgando en los basureros en busca de mendrugos, como buitres? Boy no volverá a dormir en mi casa.”

“¿Y si te arrestan otra vez, y te llevan de nuevo a la cárcel o al hospital psiquiátrico? Podrían incluso hacerte algo peor.”

“Déjame decirte algo”, dijo Matigari. “Aunque nos metan en la cárcel, nos detengan o nos maten, nunca impedirán que nosotros los que hacemos el trabajo duro luchemos contra los que se alimentan con nuestro trabajo. Entre los productores y los parásitos no habrá nunca paz, ni unidad ni amor. ¡Nunca! Imaginemos que nuestros abuelos y nuestras abuelas no se hubieran comportado como si no tuvieran ojos

para ver, oídos para escuchar ni lengua para hablar, ¿dónde estaríamos hoy? Ayer, sí, tan sólo ayer, creía que llevando un cinto de paz podría encontrar la verdad y la justicia en este país. Porque está dicho que la verdad y la justicia son más poderosas que cualquier poder armado. Que el enemigo que es expulsado pacíficamente, por vía de negociación, no regresa jamás. Pero el que es sacado por la fuerza solamente, ha de volver. Pero, ¿a dónde me llevó ese tipo de pensamientos? Primero a la cárcel, luego al manicomio. Si no fuera por ustedes dos, ¿dónde estaría yo ahora? En la cárcel todavía, o en un hospital psiquiátrico. Desde anoche, he aprendido una nueva lección —o, más bien, aprendí una nueva y vieja lección—. El enemigo no puede nunca ser expulsado mediante las simples palabras, no importa qué tan sólido sea el alegato. Ni puede el enemigo ser expulsado por la fuerza sola. Pero las palabras de verdad y de justicia, plenamente respaldadas por el poder de las armas, lograrán indudablemente expulsar al enemigo. Cuando el derecho y el poderío están del mismo lado, ¿qué enemigo puede resistirlos? En una jungla dominada por fieras, o en un mercado administrado por ladrones, truhanes y asesinos, la justicia sólo puede venir del ejército de los oprimidos unidos entre sí. Boy nunca más volverá a dormir en mi casa mientras yo viva.”

“¿Y de dónde vas a sacar tu ejército?”, le preguntó Mūriūki.

Matigari miró tanto a Gūthera como a Mūriūki un momento. Les contó la misma historia de cuando salió de la selva, armado con una AK47, una pistola, una espada y una cartuchera. También les contó cómo había escondido todo esto debajo de un árbol de *mūgumo*.

“¿Cómo es que dice el refrán? Bien se puede volver a lugares de los que no se ha apartado. ¿Qué puedo agregar a esto? Bien se puede volver a una guerra que no ha terminado. Seguiré mis pasos de vuelta al lugar donde me extravié y reiniciaré mi viaje desde ahí. Es mejor construir otra casa desde el principio —una nueva casa con mejores cimientos—. Pero

lo que sé de cierto es que, mientras viva, nunca dejaré que Boy herede mi casa.”

“¡Vamos! ¡Vamos ahora mismo a buscar el arma!”, dijo presa de excitación Mūriūki, que se imaginaba ya a sí mismo portando un arma.

“No”, dijo Matigari. “No quiero que pierdan la vida antes de que les llegue el momento. Despidámonos aquí. Iré a recuperar mis armas de debajo del árbol. Y luego reclamaré mi casa con nuevo poder y derecho.”

“¡Por favor déjame ir contigo!”, suplicó Mūriūki. “No me dejes.”

“Yo también iré”, dijo Gūthera. “Sólo se muere una vez, y es mejor morir tratando de alcanzar lo que es justo.”

“Sí. Somos los hijos de Matigari ma Njirūngi”, dijo Mūriūki. “Somos los hijos de los patriotas que sobrevivieron a la guerra.”

“¡Y también sus mujeres!”, dijo Gūthera con una sonrisa. “¿O qué otras mujeres y niños eran los que estabas buscando?” Permaneció un momento en silencio. Luego se puso a hablar en un tono más tenue de los pensamientos que la molestaban.

“Desde aquel día en que me salvaste de los sabuesos, me he sentido muy descontenta. Sí, no he estado satisfecha con la vida que he estado llevando. Verás, toda mi vida ha sido dominada por los hombres, ya sea nuestro Padre en el cielo, mi padre en la tierra, el cura, o todos los hombres que han comprado mi cuerpo convirtiéndome en su colchón.

“Lo que quiero decir en realidad es que la mayoría de las cosas que he estado haciendo hasta ahora no han surgido de mi posibilidad de elección. He tenido orejeras como caballo. Sí, nunca he hecho nada que venga de mi libre elección. He sido llevada aquí y allá por el tiempo y el lugar. Excepto ayer, cuando rompí mi onceavo mandamiento. Pude haber decidido no hacerlo, pero no lo hice. Elegí hacerlo libremente, para un fin en el que creía.

“Pero eso no es realmente lo que quiero decir. Verás, he sabido todo el tiempo que la vida que he estado llevando no es la de un ser humano. Ha sido más bien como la de un animal... mi vida no ha sido muy diferente de la de cualquier animal, que respira, come, bebe y duerme. Por lo tanto, lo más importante no es solamente saber que mi vida ha carecido de sentido. Yo diría que no hay ninguna mujer que no sepa en realidad bajo qué tipo de presiones vivimos las mujeres.

“Lo que confunde mis pensamientos es lo siguiente. Una vez que una persona sabe, ¿qué es lo que hace al respecto? ¿O será que el hecho de saber es sencillamente bueno en sí mismo? ¿Es suficiente para mí poder decir simplemente que ahora sé? Quiero hacer algo para cambiar aquello que hace que la gente viva como animales, especialmente nosotras las mujeres. ¿Qué podemos hacer, como mujeres, para cambiar nuestras vidas? ¿O habremos de seguir los caminos trillados por los hombres para nosotras? Y a fin de cuentas, ¿no somos la mayoría? ¡Vamos pues! Desde este momento, quiero estar entre las vanguardias. Nunca seré rebasada otra vez. ¡Matigari, lleva tus pies al ritmo, y deja que las balas tintineen!

“Que nuestros miedos desaparezcan con el sonido en staccatto de nuestras pistolas.”

Matigari inclinó la cabeza y volteó el rostro hacia otro lado. Sentía que cálidas lágrimas le quemaban los párpados.

“¡Ahora, vamos!” dijo con voz temblorosa, como si retuviera las lágrimas con dificultad. *Diciendo y haciendo* es nuestro lema.”

En ese preciso momento oyeron el ronroneo de un motor. Se miraron entre sí.

¿Autos en las llanuras? ¿En este descampado?

“¿Será que no estamos lejos de la carretera que cruzamos?”, preguntó Gũthera.

“Mūriūki, ¿por qué no te trepas a ese árbol y nos dices qué es?”, dijo Matigari.

Mūriūki trepó al árbol. No había carretera alguna a la vista. Pero, en efecto, había un auto en pleno descampado. Avanzaba a un ritmo de tortuga. Luego se detuvo junto a un macizo de arbustos *leleshwa* a cierta distancia de donde estaban.

“¡Es un Mercedes! ¡Es un Mercedes Benz!”, exclamó Mūriūki. Se ha detenido.”

Matigari y Gūthera salieron de la zanja a cuatro patas. Miraron hacia el auto. Era en efecto un Mercedes negro. Esperaron a que los ocupantes del auto salieran.

Mucho más allá del Mercedes, se podía ver un rebaño de ovejas y uno de reses, pastando. Aparte de los rebaños y del Mercedes negro, la llanura se extendía infinitamente yerma bajo el sol.

“¿Qué pueden estar comiendo bajo este sol ardiente?”, preguntó Gūthera, señalando hacia los animales.

“Deberías preguntar qué es lo que comen los pastores bajo este sol ardiente.”

“La leche viene de las vacas y las vacas de la hierba, así que si los animales no tienen nada que comer, eso significa que la gente no tendrá qué beber. Por eso, si pregunto por la vaca, estoy preguntando al mismo tiempo por el pastor.”

Matigari miró a Gūthera, y dijo: “Tiene sentido eso que dices.”

“Hay una gran diferencia entre los seres humanos y los animales”, agregó Gūthera como si le asaltara una nueva idea. “Los seres humanos pueden almacenar la comida en graneros y así no deberían morir de hambre. Eso quiere decir que las personas sólo se mueren de hambre porque lo deciden así.”

Matigari miró a Gūthera como si la viera por primera vez.

“Tiene sentido eso que dices”, repitió.

“El problema en este caso es que el exceso de muchas manos se queda en manos de unos cuantos parásitos. Le ven-

den la comida al pueblo para engordar sus cuentas bancarias. El pan del tonto es usado por el astuto”, dijo Gũthera. “No es sino hasta ahora que empiezo a entender por qué has estado luchando todo este tiempo.”

Los ocupantes del auto permanecían en su interior. Matigari llamó a Mũriũki.

“Camina lentamente hacia el auto y finge ser un niño pastor. Mira lo que están haciendo allí dentro. La precaución no es signo de cobardía. Luego busca la manera de volver hasta acá sin dejar que nadie dentro del auto te vea.”

Mũriũki miró a su alrededor buscando una vara. Se la echó sobre los hombros, cogiendo cada extremo con una mano, exactamente como hacen los niños pastores.

“¿Dónde aprendiste a hacer eso? ¿Alguna vez fuiste pastor?”, le preguntó Gũthera riendo.

“No, solamente estoy imitando lo que he visto hacer a los niños pastores.”

“Si sucede algo que nos impida reunirnos de nuevo”, dijo Matigari, “busca la forma de llegar a la casa esta tarde”.

Mũriũki los dejó; estaban aún echados sobre el vientre, mirando hacia el Mercedes.

“Puede ser que sean traficantes de marfil”, dijo Gũthera.

“¿Qué uso podrían darle al marfil? ¡No se puede comer el marfil!”

“Realmente has estado lejos mucho tiempo”, dijo Gũthera riendo. Esa mañana Gũthera estaba verdaderamente de buen humor. “Claro que lo venden. ¿Qué fue lo que dijiste de la comida? Que la convierten en gordos cheques. Lo mismo sucede con el marfil. Trabajan con unos asiáticos codiciosos y con algunos europeos codiciosos.”

“¿No saben que los animales son los amigos del hombre? Cuando estábamos en la selva, nunca matábamos animales, fuera como fuera, a menos que tuviéramos hambre y nos hubiéramos quedado sin comida. Aun cuando encontrábamos un animal herido, lo curábamos de sus costillas rotas. Los animales nos eran de gran utilidad. Nos avisaban cuando

había un peligro inminente. Tú sabes que hay formas de hablar con los animales. Si pasas mucho tiempo viviendo en las selvas y en las montañas, acabas aprendiendo cómo hablar con ellos. A veces los animales hablan contigo. Basta con permanecer en silencio, escuchándolos. ¿Cómo crees que los pastores como aquellos sobreviven aquí en las llanuras? Han creado lazos especiales con los animales.”

“Aquellas gentes del Mercedes sólo pastorean el dinero que le quitan a los trabajadores”, dijo Gũthera.

Vieron a Mũriũki acercándose al Mercedes. Caminó junto al auto y un poco más allá.

“¿Por qué será que el chofer no ha salido, ni siquiera a desahogarse?”, preguntó Gũthera.

“¿Y quién te dijo que los choferes siempre necesitan desahogarse?”

“¿Por qué defiendes tan decididamente a los choferes? ¿Fuiste alguna vez chofer?”

“¿Quién, yo? No hay trabajo que estas manos mías no hayan hecho para el Colono.”

Vieron a Mũriũki caminando de regreso. Esperaron. El niño sonreía maliciosamente.

“Es una pareja”, dijo Mũriũki, haciendo un esfuerzo por no reírse.

“Bueno, pero ¿qué están haciendo?”

Ahora sí Mũriũki soltó una carcajada. Gũthera miró a Matigari, cuya expresión había permanecido incólume.

“Están haciendo el amor. Están desnudos. Tienen la radio encendida, pero no la están escuchando.”

“Déjenlos. Vámonos de aquí”, dijo Matigari.

“¿Pero por dónde pasaremos?”, preguntó Mũriũki.

“¿Por qué?”, preguntó ahora Gũthera.

“Oí en la radio un anuncio de que la policía ha puesto retenes en todas las carreteras principales. También anunciaron que quien vea a un hombre, un niño y una mujer juntos, deberá reportarlos a la policía inmediatamente.”

“¿Así que estamos rodeados?”, preguntó Gũthera.

“Así parece”, dijo Matigari, hundido en sus pensamientos. Una arruga apareció en su frente.

“Para llegar al árbol de *mūgumo* tenemos que pasar por muchas carreteras y tenemos que cruzarnos con mucha gente. Podrían arrestarnos antes de llegar allí.”

“O antes de llegar a la casa”, agregó Gūthera.

“He jurado que Boy no volverá a dormir en esa casa una noche más. Él y yo no podemos compartir el mismo techo”, dijo Matigari, dolido por las implicaciones de las palabras de Gūthera.

“¿Qué vamos a hacer?”, preguntó ella.

“Si podemos encontrar un autobús o un *matatu*, podríamos ir primero a la aldea de los niños y escondernos allí hasta la caída de la noche. Luego podemos ir al árbol de *mūgumo*, tomar las armas y tomar la espada, ir a la casa y decirle a Boy y a Williams: ‘*¡Manos arriba! ¡Ríndanse!*’”

“¿Quieres decir que los niños nos hospedarían en sus autos?”, preguntó Gūthera riendo.

“¡Claro que sí! Todo lo que más quieren es estrechar la mano de Matigari. Verán, desde que le lanzaron piedras han estado preguntándose qué podrán hacer para reparar el daño que hicieron. Tan sólo ayer me preguntaban: ‘¿Qué podemos hacer para ayudar a Matigari?’ La mayoría se ha puesto el nombre de Matigari ma Njirūūngi. Incluso pensaron en llevarle algo a Matigari que lo ayudara a escapar del manicomio.”

“¿De ahí es de donde sacaste la idea?”, preguntó Gūthera a Mūriūki. “¡Qué niños maravillosos! Los patriotas que sobrevivieron a la guerra”, dijo luego con voz pausada.

Matigari tenía la mirada perdida en el espacio. Parecía como si no estuviera escuchando lo que decían.

“¡No es una mala idea!”, dijo de pronto.

“¿Quieres decir ir a la aldea de los niños? ¿O buscar un autobús o un *matatu*?”, le preguntó Gūthera.

“Si viajamos en autobús o en *matatu*, o incluso si vamos a la aldea de los niños, nos estaremos escondiendo justo debajo de sus narices. Por lo general es fácil esconderse en lugares

obvios. La mayoría de la gente no ve lo que tiene frente a las narices.”

“Pero los autobuses y los *matatus* están siendo inspeccionados”, dijo Gũthera.

“Encontraremos nuestro propio *matatu*”, dijo Matigari, mientras se ponía de pie. “Ahora más vale que nos pongamos en marcha.”

Siguieron a Matigari a través de las llanuras en dirección al Mercedes. De pronto empezaron a entender cuál era la intención de Matigari.

Mũriũki no cabía en sí de excitación.

“¡Un Mercedes Benz! ¡Para convertirlo en *matatu*!”

## 15

El hombre y la mujer estaban acostados desnudos en el asiento trasero del auto. Las llaves de encendido estaban en el arranque. Parecían pensar que nadie necesitaría las llaves del auto aquí en pleno campo. Que nadie codiciaría el Mercedes aquí en pleno campo...

Matigari les dejó tan sólo su ropa interior, y les dijo: “Si hablan de esto antes de mañana, estacionaré el auto a un costado del camino y exhibiré su ropa de tal modo que todo el mundo entienda lo que estaban haciendo en descampado. Pero si me prometen que no le dirán a nadie lo que pasó, dejaré el auto en un lugar seguro y quemaré su ropa para destruir las pruebas de lo que estaban haciendo. Pueden hacer con sus personas lo que quieran. Eso no es importante para mí. Es un asunto entre ustedes dos. Así que ustedes decidirán si quieren que este incidente permanezca secreto o si prefieren que todo el mundo lo sepa.”

Gũthera y Mũriũki se sentaron en el asiento trasero, cada uno en su rincón. Matigari se puso al volante.

“Me parece haber visto a esa mujer en algún lado”, observó Gũthera, después de que hubieran recorrido una corta distancia.

“Algunos rostros te recuerdan otros rostros”, dijo Matigari como si se tratara de una evidencia. “La raza humana tiene las mismas raíces, ¿sabes? Sólo que los hombres fueron dispersados por el tiempo y el espacio en bandos diferentes.”

Gũthera permanecía en silencio. No estaba satisfecha con esta explicación. El rostro de la mujer seguía titilando en su mente.

El Mercedes era uno de los últimos modelos. Tenía aire acondicionado. También era automático y podían abrir o cerrar las ventanas con la simple presión de un botón. Las ventanas tenían persianas que las cubrían.

Detrás del asiento delantero había un pequeño bar. Mũriũki presionó un botón y apareció una luz. La portezuela se abrió y apareció una fila de copas acomodadas en el bar. Había diferentes tipos de bebidas: Chivas Regal, ginebra Gordon’s Dry, jerez Bristol Cream, Chartreuse verde y Dom Perignon, además de agua soda, Ginger Ale y Coca Cola.

“¡Es tal como si fuera una casa!”, exclamó Gũthera. “¡Un bar en un auto con todo tipo de bebidas!” ¡Persianas en las ventanas y asientos reclinables, tal como si fueran camas! Y también una grabadora estéreo y una radio.”

Mũriũki abrió una botella de Coca Cola con los dientes. Se puso cómodo en su rincón y empezó a beberse la Coca a pequeños sorbos.

“¿De dónde viene ese aire fresco?”, preguntó.

“Del ventilador. El auto tiene aire acondicionado”, le informó Gũthera.

El automóvil se deslizaba sobre la carretera asfaltada. No sentían topes ni baches, el auto los absorbía.

Mũriũki no podía estar quieto. Tocaba esto y aquello, o miraba a las otras personas y los otros automóviles por la ventana.

“¡Miren! ¡Caballos, caballos!”, gritó.

“Ah, ¿esos? Son caballos de carrera”, le explicó Gũthera.

“¿Es ahí adonde va toda esa gente en todos esos autos?”

“Sí.”

La entrada del hipódromo estaba cerca de la carretera. Había un cartel que decía “JOCKEY CLUB MUNICIPAL. HOY ABIERTO PARA TODAS LAS CARRERAS”, escrito con letra gruesa.

“¿También hay asiáticos y africanos?”

“Sí.”

Pasaron junto a la cerca de la pista. Del otro lado de la carretera había un hangar, y justo detrás de él...

“¡Aviones! ¡Aviones! ¡Miren esos pequeños aviones!”, exclamó Mūriūki.

“Esos son aviones para los turistas y los hombres de negocios”, le dijo Gūthera. “Los americanos ricos y los europeos vienen aquí a rentarlos.”

“¿Y qué hay de los aviones grandes? ¿Dónde están?”

“Esos están en el aeropuerto internacional.”

“¿Y la gente africana también renta aviones?”

“¡Sí, claro! ¡Algunos sí lo hacen! Ya lo sabes, gente como Boy. El dinero es todo lo que se necesita para rentar uno.”

“Se me acaba de ocurrir una idea”, dijo de pronto Mūriūki. “Vayamos a robar uno de esos aviones y volemós directo hasta el árbol de *mūgumo*.”

Gūthera echó a reír.

Pasaron en el auto por el centro de la capital. Circularon por la calle principal.

“Hace mucho tiempo esta calle llevaba el nombre de un gobernador, ya sabes, de esos gobernadores coloniales”, le dijo Gūthera a Mūriūki. “Pero ahora lleva el nombre de Su Excelencia *Ole Excellence*... Todos los caminos que llevaban nombres de gobernadores, o de reinas o reyes, durante la colonia llevan ahora el nombre de Su Excelencia.”

“Él es nuestro gobernador colonial”, dijo Mūriūki. Y luego, tras un momento, preguntó: “¿Por qué no se hace llamar Rey *Ole Excellence*? ¡Rey Excellence!”

“No lo sé.”

A ambos lados de la autopista sobre la que viajaban ahora había altos edificios. Sus nombres estaban escritos con el bri-

llo de luces de neón: American Express, Citibank, Barclays, Bank of Japan, American Life, Inter-Continental, The Hilton, Woolworths, Wimpy Bar, Kentucky Fried Chicken, McDonald's, Shah's Supermarket Stores, Bata Shoes, African Retailers y muchos otros más. Las luces de neón parecían competir por atraer la atención.

“¿Habías estado aquí alguna vez?”, le preguntó Mūriūki a Gūthera.

“Oh, sí, muchas veces.”

“Esta es la primera vez para mí”, dijo él.

Cuando llegaron a la zona industrial de la ciudad, Gūthera dijo: “Yo nunca había venido antes a esta parte de la ciudad.” Siguió mirando por la ventana, y leía en voz alta los diversos nombres, mientras sus destellos desfilaban. “General Motors... Firestone... Coca Cola... IBM... Unilever Products... Madhvani Products... Del Monte... BAT... Union Carbide... Mitsubishi Products... African Cycle Mart...”, y más y más. Luego se cansó y volvió su mente hacia la mujer ésa. ¿Dónde la había visto antes?

Pasaron junto a algunas casas de obreros. Había muchas casas pequeñas apiñadas. Pasaron propiedades tras propiedades. Las paredes eran tan negras como el hollín. No había ni una sola planta para embellecer sus patios. Los peatones, los autobuses, los autos, los ciclistas y unas cuantas carretas competían todos a la vez por la ocupación de la carretera.

Entonces llegaron a un lugar donde vivían los ricos, y Mūriūki pensó que ésas eran las casas que había visto en una revista *National Geographic* que había encontrado en un basurero. Había pegado estas fotografías en las paredes de su casa en un Mercedes Benz. Las casas frente a las cuales pasaban eran grandes, rodeadas de enormes jardines. Había carpetas de flores y verdes árboles por todas partes. En la entrada había grandes verjas de hierro. Desde la carretera se podían ver albercas llenas de un agua azul y cristalina. A pesar de la sequía que había en el país, estas casas tenían agua suficiente

para sus jardines y su alberca. En cada verja había un guardia con un perro alsaciano y un letrero: “*Mbwa Kali*”.<sup>37</sup>

“Es verdad que hay dos mundos en este país”, dijo Gũthera, como si estuviera leyendo los pensamientos de Mũriũki.

El camino era tan poco accidentado. Cada vez que llegaban a un puesto de revisión, la policía les hacía señas para que pasaran adelante. En algunos casos los policías movían los bloques que cerraban el camino para dejar pasar al Mercedes con mayor facilidad, sin tener que reducir la marcha.

Ya Mũriũki tenía ganas de abrir la ventana y de enseñarle su cara a los policías. Hubiera querido decirles: “¡Nosotros somos los que están buscando!”, o “Este es Matigari ma Njirũngi”. ¡Cómo le hubiera gustado ver entonces la cara que pondrían!

“¡Este Mercedes Benz es como un boleto al paraíso!”, dijo alegremente.

Miraba los árboles afuera, que parecían retirarse en la dirección opuesta a la dirección en la que ellos avanzaban.

Gũthera estaba sumida en sus pensamientos. La imagen de aquella mujer seguía volviendo a su mente. Tomó en sus manos la ropa y la contempló admirada, especialmente el vestido de la mujer. Era ropa muy cara. Abrió el bolso de mano, y algo cayó de ésta. Era una fotografía.

“¡Ya sé quién es!”, exclamó.

“¿Quién es?”, preguntó Mũriũki.

“¡Es una foto suya!”

“¿De quién?”

“La mujer del auto. Es la mujer del Ministro de Verdad y Justicia.”

“¿Cómo lo sabes?”

“He visto fotografías en los periódicos. Siempre aparece en la tele y siempre está en los periódicos. ¿Quién no la reconocería? Deberían escucharla en la radio cuando habla del

<sup>37</sup> *Mbwa Kali* (kisujili): “Precaución. Perros en el interior”. Literalmente: “Perros peligrosos”.

papel de las mujeres. ¡Es buena para hablar! Le dice a la gente cómo deberían vivir las mujeres en sus hogares. *Las mujeres son las piedras angulares del hogar*. Ese es su estribillo favorito. Incluso dijo una vez que todas las meseras de los bares y todas las prostitutas deberían estar encerradas en la cárcel, porque eran ellas las que estaban causando que muchos hogares se dividieran. Y ahí la tienen ahora, ¡en paños menores en medio del campo! ¡Nunca falta a una misa! Va a las catedrales; casi siempre enciende una vela dorada...”

“Este mundo está de cabeza”, dijo de pronto Matigari. “El ladrón llama *ladrón* a quien es robado. El asesino llama *asesino* al que es asesinado, y el perverso llama al hombre bueno *perverso*. A aquel que saca de raíz el mal lo acusan de sembrar el mal. A aquel que busca la verdad y la justicia acaba en la cárcel y en los campos de detención. Sí, a aquellos que siembran buenas semillas se les acusa de sembrar hierbas malas. Y en cuanto a los que se vendieron, están demasiado ocupados encerrando a nuestros patriotas en mazmorras, o enviándolos al exilio para dejar que los extranjeros vengan a solazarse en el confort por el que otros han trabajado. Aquellos que dejamos en pleno campo no son los únicos que hacen el mal. Sí, este mundo está de cabeza. ¡Aquellos a quienes pertenece tienen que volver a ponerlo en orden!”

“Cuando llegue a su casa, ¿qué ira a decir?”, preguntó Gũthera, que pensaba aún en la mujer. Nadie contestó.

Avanzaban en silencio. Cada cual estaba ocupado en sus propios pensamientos. Cada vez que Mũriũki cerraba los ojos, veía cómo la carrocería del Mercedes cobraba vida y echaba a volar como un aeroplano, o a galopar como un caballo. Él era en un caso el conductor, en el otro el jinete. Matigari estaba planeando cómo tomar las armas para luchar por su casa una vez más. El fracaso de una cosecha no lo desanima a uno para volver a sembrar. Gũthera estaba aún profundamente absorta en sus pensamientos. Seguía pensando en la mujer, y sentía lástima por ella. ¡Qué problemas tenemos que pasar las mujeres dondequiera que estemos! Cuando esa mujer lle-

gue a su casa, su marido la golpeará exigiendo que le diga qué hacía con un hombre en pleno campo. Cuando su amante llegue a su casa, golpeará a su mujer por exigirle que le diga qué hacía en pleno campo con una mujer.

Matigari encendió ahora la radio. Tras un momento de música suave, aparecieron las noticias.

...Los EUA han rechazado las recientes propuestas de la Unión Soviética para la eliminación de todas las armas nucleares en la tierra\*... Los EUA han decidido militarizar el espacio... Los EUA y la Unión Soviética lanzaron más naves espaciales...

“¡Siempre están dando noticias sobre los EUA y la Unión Soviética!”, exclamó Gũthera.

“¡Y también sobre Su Excelencia!, observó Mũriũki. “¡Espera nada más, escucha!” Pero por un rato la radio no mencionó a Su Excelencia *Ole Excellence*. Gũthera reía.

...Las guerrillas en El Salvador volaron un puente ferroviario en la capital. Dijeron que nunca abandonarán las armas hasta que los EUA y sus lacayos en El Salvador acepten el proceso democrático... Noticias locales: Un reporte afirma que Su Excelencia *Ole Excellence*...

“¡Te lo dije, te lo dije!”, gritó Mũriũki en tono triunfal, feliz de haber demostrado que tenía razón. Gũthera y Mũriũki soltaron una carcajada. Su risa se apagó pronto.

...Como deben haber escuchado en los noticiarios anteriores, uno de los enfermos mentales, Ngarũro wa Kĩrĩro, murió hoy por la mañana tras haber sido baleado... Ngarũro fue baleado por policías tras haberlos amenazado con actos violentos.

“¡No, Dios mío!”, exclamó Gũthera.  
Continuaron en silencio.

Pasaron por enormes plantaciones de café, de té, de sisal y de piña. Más tarde pasaron junto a unas franjas de terreno que estaban áridas y sobreexplotadas.

\* Esto fue escrito en 1983, unos cuantos años antes de Reykjavik.

Matigari habló nuevamente.

“Hay dos mundos en verdad”, dijo, como si le hiciera eco a las palabras de Gũthera. “El mundo de los patriotas y el de los vendidos.”

Llegaron a un campo de golf. Se podían ver extensiones de césped infinitas, con chorros de agua brotando de fuentes, regando el césped en un desafío burlón a los rayos del sol.

“Si hubiera una hambruna, ¿podría la gente alimentarse de ese café, o de ese té, o de esos céspedes?”, preguntó Gũthera con tristeza y aun con amargura.

“¡Estamos llegando!”, anunció Matigari. “Este campo de golf estaba ya allí en los días de Robert Williams y de John Boy.”

“Y sigue estando allí ahora, en tiempos de Robert Williams y John Boy hijos”, replicó Gũthera.

“¡Ríndanse!”, gritó Mũriũki, que soñaba todavía con un enfrentamiento armado.

“Tenemos que pensar cómo vamos a hacer para llegar a la aldea de los niños sin ser vistos”, dijo Matigari.

“Deberíamos ir uno por uno”, sugirió Gũthera. “Bajaré del auto aquí y los esperaré allá más tarde.”

Se apeó entre la verja de entrada a la fábrica y el camino que llevaba al mercado. Mũriũki y Matigari siguieron adelante. Mũriũki descendió, dejando atrás toda la alegría y el confort del Mercedes.

Matigari siguió adelante solo, buscando un lugar para estacionarse. “La mejor manera de esconder algo es dejarlo justo debajo de las narices de los que lo están buscando”, se dijo por segunda vez.

De pronto recordó la estación de gasolina Esso que había visto un poco antes, junto al hotel Sheraton, y condujo el auto hacia allá.

Todos los autos estacionados allí eran Mercedes Benz. Matigari encontró un lugar y acomodó el auto en él. Abrió el cofre y metió la ropa, los zapatos y el bolso de mano. Se echó las llaves al bolsillo.

Primero caminó hacia la fábrica. Cuando llegó al sitio donde había conocido a Ngarũro, Matigari se quitó el sombrero y permaneció allí uno o dos minutos.

Antes de alcanzar el camino, escuchó dos voces hablando fuerte, como si intentaran hacerle oír lo que estaban diciendo.

“¿Escuchaste las noticias?”

“¿Qué noticias? ¿Que Su Excelencia visitó esta o aquella escuela, o que recibió algún donativo, o que ha alertado a la gente contra la difusión de rumores, o que ha hecho una visita a algún lugar?” ¡Su Excelencia por aquí, Su Excelencia por allá, Su Excelencia por todas partes! ¡Estoy harto de todo eso! ¡Yo ya dejé de escuchar la radio!”

“Jesús te va a hallar dormido... cuando regrese.”

“Mira, si no tienes nada mejor de qué hablar, ¡no me vengas a hablar de Jesús!”

“¿Conoces a la mujer del ministro, del Ministro de Verdad y Justicia? Su chofer y ella fueron atacados por ladrones, que se llevaron su auto.”

“¿Es cierto?”

“Oí decir que iban a las carreras... a ver competir los caballos que esta mujer compró junto con el Aga Khan...”

“¿Así que hay africanos que poseen caballos de carreras?”

“*Maendeleo ya muafirika, maendeleo ya wanawake...*<sup>38</sup> Y eso no es todo. Oí decir que los ladrones estaban armados hasta los dientes.”

Matigari retuvo la risa con dificultad. Pasó del otro lado del camino.

“Espera nada más a que caiga la noche. Recuperaré mi AK47 de debajo del árbol de *mũgumo*”, pensaba Matigari para sus adentros, “y entonces me verán realmente armado hasta los dientes”.

<sup>38</sup> *Maendeleo ya muafirika, maendeleo ya wanawake* (kisujili): “El progreso de la gente africana, el progreso de las mujeres”.

## 16

Para el momento en que Matigari llegó hasta allá, Mūriūki ya le había dicho a los demás niños todo, excepto lo de las armas. Así que los niños no aplaudieron ni vitorearon ni dieron brincos de alegría, por miedo de llamar la atención de los transeúntes. Pero, a pesar de sus esfuerzos por no atraer la atención de la gente, no podían ocultar la admiración que sentían por él.

Matigari entró en uno de los autos, un modelo Peugeot. Gūthera entró en los restos de un Ford y Mūriūki fue a su Mercedes Benz. Estaban todos muy cansados. Era un día muy caluroso. Durmieron.

Los niños montaban guardia. Se colocaron de tal manera que había algunos situados estratégicamente en la carretera, otros en el centro comercial y otros en los restaurantes. Acordaron que el primero que viera a la policía correría a informar a los demás o silbaría una señal de alarma para avisar a los otros. Los que estuvieran a la retaguardia debían recoger montones de piedras. Eran para la defensa, en caso de que la policía viniera a invadir su aldea. Defenderían a los tres mientras dormían. Estaban ansiosos de una pelea. Algunos de ellos empezaron a fabricar catapultas y resorteras.

Encendieron la radio y escucharon algo de música. Luego siguió un programa religioso. Era conducido por un cura estadounidense, de la secta Jesús es Mi Salvador. A esto siguieron las noticias.

...Un buque de guerra nuclear estadounidense ha arribado al puerto de la costa de... cerca de mil marines, según se comenta, han bajado a tierra para descansar y recuperarse... Los barcos habían salido de África del Sur y se dirigen al Medio Oriente. El alcalde de la ciudad y todos los miembros del cabildo hicieron una visita al buque de guerra. En su discurso a los oficiales, el alcalde agradeció a los marines por el intercambio internacional que estaban trayendo a la ciudad... Los comerciantes de la ciudad han reportado ventas de un gran número de condones.

Reportes de esa misma ciudad informan que una chica fue apuñalada varias veces con una botella por su amante, un marín estadounidense. Murió instantáneamente.

“¿Cómo puede ser que esos estadounidenses estén por todas partes en el mundo entero?”, preguntó uno de los niños.

“Escuchemos música en otra estación”, dijo otro de ellos.

Gũthera y Matigari despertaron alarmados por los gritos de Mũriũki. Los otros niños también acudieron a ver qué estaba pasando.

“Estaba soñando que estaba en un aeroplano”, dijo él. “Pero entonces ya no era un aeroplano, era un Mercedes Benz. Luego se transformó en una casa con alas. Luego vi a dos pájaros entrar por la ventana. Pero no eran exactamente pájaros. Eran un hombre y una mujer, no llevaban ropa. Entonces vi a Gũthera y a Matigari. Estaban sangrando de pies a cabeza.”

Gũthera se estremeció.

“Se está haciendo tarde”, dijo en tono desenfadado. “El sol ya se metió, ¿no es cierto? ¿Ha habido policías en los alrededores?”

“¡No!”

“¿Por qué no nos despertaron?”, preguntó Matigari, y empezó a prepararse para salir. “Sería mejor que nos fuéramos antes de que oscurezca”, le dijo a Gũthera.

Los niños rodeaban a Matigari. Tenían todos mucha curiosidad. Tocaban sus ropas. Luego le contaron lo que estaba sucediendo. A partir de su historia, dedujo que todo el mundo se estaba dirigiendo hacia la casa.

“¿Qué casa?”

“¡Pues la de Boy!”, dijo uno de los niños.

“¡A la casa!”, agregó otro.

“¿Pero a qué van allí?”, preguntó Gũthera.

“Corre el rumor de que Matigari ha de volver allí hoy, porque fue tan sólo esta mañana cuando el Arcángel Gabriel, el mismo que lo liberó de la prisión, lo sacó del hospital psiquiátrico. Habrá muchos policías allí también.”

“Algunas personas empezaron a ir hacia allá mucho antes de que ustedes dos llegaran aquí”, dijo otro niño.

“¡Quieren ver un milagro!”, dijo otro más.

“Hay quienes tienen carteles con la leyenda: ‘Esperen un Milagro’. ¿Piensas ir allá?”

“Sí, pienso ir”, contestó Matigari.

“Nosotros también vamos”, dijeron todos a una voz.

“Dinos, ¿eres tú aquel cuyo Segundo Advenimiento ha sido profetizado?”, preguntó uno de los niños.

“¿Jesucristo? El Señor que traerá la Nueva Jerusalén aquí a la tierra?”, agregó otro más.

Matigari dudó un momento. Miró a los niños. Luego su mirada se dirigió más allá de ellos a los esqueletos de automóviles, y más allá de éstos, hacia las montañas.

“No”, les respondió. “El Dios del que habla la profecía está en ustedes, en mí y en los demás seres humanos. Siempre ha estado ahí, dentro de nosotros, desde el principio de los tiempos. El imperialismo ha intentado matar a ese Dios en nosotros. Pero un día ese Dios volverá de entre los nuestros. Sí, un día ese Dios dentro de nosotros cobrará vida y nos liberará a todos los que creemos en Él. Y no estoy soñando.

“Regresará el día en que sus seguidores tengan la capacidad de pronunciarse sin preocuparse por qué tribu, raza o color, y decir con la misma voz: ‘Nuestro trabajo produjo toda la riqueza de esta tierra. Así que a partir de ahora nos negamos a dormir en el frío, andar por ahí en andrajos, o irnos a la cama con el estómago vacío. Dejen que la tierra vuelva a ser de aquellos a quien pertenece. Que la tierra sea devuelta al agricultor, que la fábrica sea devuelta al obrero...’ Pero ese Dios vive, vive más aún en ustedes, los niños de esta tierra; y por ello si dejan que la tierra vaya a dar a manos del enemigo imperialista y a sus perros guardianes locales, es como si mataran a ese Dios que está dentro de ustedes. Es como si le impidieran resucitar. Ese Dios volverá solamente cuando ustedes quieran que Él venga.”

Los niños se miraron entre sí sorprendidos. Matigari hablaba con voz regular, pero sus palabras les llegaban a sus mismas almas. Hablaba como si pudiera leer en sus mismos corazones.

Matigari, Gũthera y Mũriũki se alejaron un poco de donde estaban los niños y se hablaron al oído. Discutieron sobre lo que iban a hacer ahora. Matigari tuvo una idea.

“Puesto que hay muchas personas en la casa en este momento, he aquí lo que he decidido hacer. Ustedes irán a la casa, con el resto de los niños. Yo iré a ver si el Mercedes está aún donde lo dejé. Iré en él hasta el árbol de *mũgumo*, donde me pondré las armas y me reuniré con ustedes. En este momento no tengo miedo de morir por la causa justa, ¡nuestro patrimonio!”

“¿Y supongamos que el Mercedes no está allí?”, preguntó Gũthera.

“No te preocupes. Aun así llegaré a la casa”, dijo. “¿Qué les dije? Boy nunca volverá a dormir en mi casa. Él y yo no podemos dormir en la misma casa esta noche. Preferiría construir otra casa nueva desde sus cimientos, ¡una casa más grande, una casa con los cimientos adecuados, con cimientos sólidos!”

“Entonces, será mejor que te des prisa”, dijo Gũthera.

“¡Y tráeme una pistola!”, agregó Mũriũki. Todavía pensaba en las películas de vaqueros.

Matigari se alejó, dejándolos a todos con las miradas fijas en él.

Gũthera y Mũriũki desaparecieron entre los niños mientras se arremolinaban junto con todos los demás en dirección a la casa, la casa en la que todos serían testigos de un milagro.

Era verdad que todo el mundo estaba esperando que sucediese un milagro ese día. Había soldados y policías por todas partes. Querían atrapar a Matigari vivo o muerto, pero en

presencia de la multitud. Eso acabaría con los rumores sobre milagros, arcángeles y el Segundo Advenimiento de Cristo. “La gente debe tener la posibilidad de verlo todo”, tales fueron las instrucciones del jefe de la policía.

La casa de Robert Williams, donde John Boy había ido a esconderse, estaba fuertemente custodiada. Boy estaba muy cerca del teléfono, para poder ser el primero en tener las buenas nuevas sobre el arresto o la muerte de Matigari. Y de ese modo los dos hombres, tanto Williams como Boy, esperaban ansiosamente que sucediera un milagro.

Los editores de los noticiarios esperaban.

Los reporteros de la radio esperaban.

Las cuadrillas de filmación de la televisión habían traído todo su equipo al lugar de los hechos. Y esperaban.

Todo el país estaba esperando.

Todos compartían la misma esperanza: que sucediera un milagro. Pero al mismo tiempo, todos se preguntaban: ¿Quién era en realidad Matigari ma Njirũngi? ¿Un patriota? ¿El Arcángel Gabriel? ¿Jesucristo? ¿Era un ser humano o un espíritu? ¿Un verdadero o un falso profeta? ¿Un salvador o tan sólo un lunático? ¿Era Matigari un hombre o una mujer? ¿Un niño o un adulto? ¿O sería simplemente una idea, una imagen en la mente de la gente? *¿Quién era Él?*

Personas de todas las religiones y de todas las denominaciones seguían afluyendo hacia la casa. Llevaban Biblias, cruces, Alcoranes, rosarios, de todas formas y tamaños. Cantaban y tocaban tambores. Todos esperaban que la espada de Jehová cayera del cielo... el Juicio Final...

Fueran cuales fueran los rumores de duda, era mejor estar en el lado que ofreciera seguridad, por si acaso...

Matigari se apresuró a volver a la estación Esso donde había estacionado el Mercedes.

De pronto, se detuvo en seco. A no ser por el auto del ministro, no había a la vista ningún otro Mercedes, más aún, no había ningún auto de ningún otro modelo. ¿Sería esto una trampa? Miró a su alrededor, pensando que podría haber un policía en algún lugar. No vio a ninguno.

Caminó a la estación de combustible y pidió algo de combustible en un bidón. Durante todo ese tiempo, no dejó de echar miradas furtivas a su alrededor.

En la oficina interior había un hombre sentado fumando un cigarrillo. Matigari no podía ver su rostro con claridad.

“¿A dónde fueron todos los autos?”, le preguntó Matigari al encargado del servicio.

“¿No te enteraste?”

“¿De qué?”

“El país entero ha ido a la casa de John Boy.”

“¿Hay una fiesta o algo parecido?”

“¿Quieres decir que realmente no has escuchado las noticias?”

“¿Qué noticias?”

“La gente cree que un hombre llamado Matigari ma Nji-rũñgi, que escapó del manicomio esta mañana, podría intentar entrar en la casa de John Boy por la fuerza. La policía quiere atraparlo vivo enfrente de todos. Si quieres saberlo, yo diría que ese hombre no está loco.”

“¿Por qué? ¿Cómo es él?”

“Unos dicen una cosa y otros dicen otra. Unos dicen que es tan alto como un gigante y que su cabeza toca el cielo. Otros dicen que es tan pequeño como un gnomo. Otros dicen que Matigari es una mujer y otros afirman que es un hombre. Algunos creen que es un adulto y otros dicen que él o ella es un niño o niña. Nadie sabe de qué nacionalidad viene. Se rumora que habla muchas lenguas diferentes. He oído decir a ciertas personas que es un individuo solitario, pero entonces otros dicen que siempre lo guía un niño y lo sigue una mujer. Puedes verlo en este momento y luego de pronto no está en ningún lado. Todo lo que ves es una

mujer y un niño. Ahí está él, está ahí, está en todas partes. Nunca sabes qué creer. Si no fuera por esas compañías propiedad de extranjeros para las que trabajamos, yo estaría también allí.”

Matigari pagó la gasolina y caminó hacia el Mercedes. Antes de abrir la puerta del auto, se volvió hacia atrás. Vio al hombre que había visto hacía un momento fumando un cigarrillo salir de la oficina. Sus miradas se encontraron. Era Gĩcerũ, el soplón, el hombre con el que había estado en la cárcel, el mismo hombre con el que había compartido una celda.

Matigari lo vio hablar con el encargado del estacionamiento. Luego los dos hombres miraron hacia el auto.

Matigari hizo un rápido cálculo. No había ningún otro auto a la vista. Así que la única posibilidad para el soplón era llamar por teléfono. Tomó una decisión rápida. Se metió en el auto, encendió el motor y condujo el auto fuera de allí.

El soplón podía hacer lo que quisiera. ¡La muerte sólo llega una vez!

Gĩcerũ buscó el teléfono.

## 19

Tomó la carretera principal. Había aún un atisbo de luz de día, aunque el sol ya se había ocultado. Pisó el acelerador con más fuerza y el auto dio un brinco hacia adelante. Matigari se preguntó si debía ir primero a la casa, aunque no fuera más que para ver a la gente que estaba reunida allí. Resistió a la tentación. La justicia para los oprimidos nace del poder de las armas organizado en manos del pueblo. Matigari había abandonado ya el cinto de paz. Ahora volvería a la selva y a la montaña y llevaría de nuevo su cinto de armas para luchar por segunda vez. Si no, ¿a quién recurriría su pueblo? ¿Cómo podía ser que siguiera sudando tan sólo para alimentar a los parásitos que cosechan lo que no sembraron? ¿Cuán-

do, oh cuándo llegaría el día en que el constructor viva en una casa decente, el sastre lleve ropa decente, el agricultor coma una comida decente? No, el productor se niega a producir para que los parásitos cosechen. Nosotros los trabajadores nos negamos a ser la olla que cocina pero nunca come los alimentos. Cada ser humano tiene dos manos.

Las palabras formaron una canción en su cabeza. La cantó una y otra vez.

Mientras cantaba la canción, recordó la conversación que había tenido con Ngarũro wa Kĩrĩro. Ngarũro le había dicho que había dos bandos en el país. El de los imperialistas y su corte de mensajeros, cuidadores, policías y militares. El partido en el poder eran esos mensajeros y tenían control del gobierno, de las leyes y de los pistoleros con sus botas. Las ideas y la cultura y la historia que cultivaban en el país eran las que cantaban la gloria del papel de llevar mensajes... Por el otro lado, estaba el bando de la gente trabajadora, con sus valores, su cultura y su historia. El partido de los mensajeros, que era el que estaba en el poder, estaba tratando de encarcelar la verdadera historia de la gente trabajadora poniéndola tras las rejas y en campos de concentración. ¿Cuánto tiempo, había dicho llorando Ngarũro, iríamos a soportar este gobierno de mensajeros y cuidadores?

¡La justicia para el oprimido, le había dicho Matigari; la justicia para el oprimido nace del poder armado de los desposeídos unidos entre sí!...

Echó un vistazo al espejo retrovisor. Detrás de él había un carro de policía. Pisó el acelerador con mayor fuerza. La policía corrió tras de él. Estaban claramente allí para atraparlo. Condujo aún más rápido que antes. La cacería había empezado.

Matigari no sabía qué hacer. Tuvo ganas de detener el auto y correr a la selva. Pero podrían aprehenderlo. La duda y el arrepentimiento empezaron a minarlo. Si tan sólo hubiera ido primero a la casa. ¿Pero cómo hubiera podido respaldar mi reclamo de lo que es mío con las manos vacías?

El carro de policía lo seguía de muy cerca. Matigari seguía conduciendo, mientras intentaba imaginar la mejor manera de quitarse de encima a la policía. Si tan sólo hubiera habido un camino secundario, tal vez hubiera podido irse por allí. Pero, ¿y si llevaba a un callejón sin salida? No perdía la esperanza. Seguía mirando hacia ambos lados de la carretera mientras conducía. Tal vez podría dar una vuelta en U si llegaba a un crucero o a una rotonda.

De pronto apareció otro auto frente a él. Era otro carro de policía. Estaba atrapado entre dos carros de policía. ¿Cómo iba a escapar?

Las luces azules sobre el techo de los carros de policía brillaban con destellos intermitentes. Los policías también le echaron los faros encima, haciéndole señas de que se detuviera. El carro que estaba frente a él vino a ocupar el mismo carril de la carretera en que estaba él y el que venía detrás se aproximó. Estaban intentando atraparlo en una pinza. Pensaban que lo asustarían lo suficiente para hacerlo detenerse o salir a la cuneta que flanqueaba la carretera. Pisó el freno con precaución, aplicando apenas suficiente presión para hacer que el auto redujera considerablemente la velocidad, como si fuera a detenerse. Los carros de policía también redujeron la marcha. Pero Matigari estaba tan sólo preparándose. Se aseguró de que no hubiera otros autos aproximándose en ninguna de las dos direcciones.

Y entonces dio de pronto una vuelta completa en U y tomó la dirección opuesta. Eso tomó a los policías por sorpresa, y antes de que pudieran evitarlo se habían embestido el uno al otro. Para cuando pudieron darse cuenta de lo que había sucedido, Matigari llevaba ya un buen trecho de avance.

Ahora los dos carros de policía iban detrás de él. ¿Cómo supieron que era yo el que conducía este auto?, se preguntaba Matigari. ¿Podría ser que el soplón haya informado a la policía? Recordó que la mujer del ministro había denunciado que le habían robado su auto. ¡Qué mala suerte que el hombre con el que estaba haciendo el amor fuera su chofer y no otro

hombre! Si hubiera sido cualquier otro, ella no hubiera tenido tanta prisa por denunciar que el auto había sido robado. Pero tal vez podría haber dicho que quien fuera el que estaba con ella era un simple pasajero. ¿Pero qué cosas estoy pensando?, advirtió Matigari con extrañeza. ¿Si? ¿Si? ¿Si? El infortunio no sabe de arrepentimientos. No se le puede predecir.

Los carros de policía lo perseguían. Matigari podía verlos en el espejo retrovisor. Pero se daba cuenta de que, aun cuando los carros de la policía eran más rápidos que el que él conducía, evitaban acercarse demasiado. Entendió por qué. Pensaban que estaba armado. ¿No había anunciado la radio que quienes habían robado el auto iban armados? Matigari sintió ganas de reír. Y entonces con la misma rapidez sintió un gran enojo al pensar que la policía había cortado todos los caminos posibles hacia el árbol de *mũgumo* donde se encontraban sus armas.

Aun así, sucediera lo que sucediera, Matigari resolvió que no dejaría que Boy le robara su futuro. ¿Cómo podría llegar hasta el árbol?

Entonces tomó una firme decisión en cuanto a qué forma de acción tomar. La casa le pertenecía. La fortuna le sonríe al valiente. Se comportaría como los revolucionarios Iregi.

Tomó el camino que llevaba a la casa. La policía seguía persiguiéndolo, con sus luces azules relampagueando en el cielo azul con su movimiento rotatorio. Las sirenas llenaban el silencio de la noche con su grito estridente.

Qué sorpresa fue para él llegar al camino que llevaba a la casa. Parecía que todo el país se hubiera congregado allí. Había autos estacionados por todas partes. Cada pequeño espacio a ambos lados del camino estaba ocupado.

Había tanta gente. Los soldados eran visibles en todas partes, con sus armas y sus antorchas. Las lámparas de seguridad de la casa estaban encendidas y alumbraban los terrenos aledaños a la casa, en todas las direcciones. Alumbraban también los rostros de los que estaban cerca de la casa.

Algunos policías hacían la ronda con sus perros. Esta vez no eran solamente los dos con los que Matigari se había encontrado anteriormente, sino más, muchos más. Era como si los perros también estuvieran esperando a Matigari ma Njirũũngi.

Justo en ese momento, la multitud vio el Mercedes, escoltado por los dos carros de la policía. Todos pensaron que era una persona de importancia la que estaba llegando.

Matigari debe ser alguien sin duda alguna. Cuánto temor se le tenía, pensó la gente, al ver que tales personalidades venían a esperar su Segundo Advenimiento.

Los policías que iban tras él estaban muy complacidos de sí mismos. ¡Ah!, pensaban. Ahora lo tenemos. Sabían que el camino por el que conducía Matigari terminaba en un callejón sin salida. Confiados, bajaron la velocidad.

Ninguna de las personas presentes allí sabía lo que estaba sucediendo.

Sólo Gũthera y Mũriũki lo sabían.

Pero ni siquiera ellos sabían de qué forma llegaría Matigari. “¿Cómo haremos para que sepa dónde estamos?”, se preguntaban, de pie entre los niños.

Sus ánimos decayeron cuando vieron a Matigari detrás del volante del Mercedes.

Se daban cuenta de que estaba en peligro y veían a la policía perseguirlo cada vez más de cerca. No podían imaginar cómo había podido Matigari quedar atrapado en una situación como ésa ni cómo iba a salir de ella. Estaba rodeado por todos los costados.

Los policías que cuidaban la verja la abrieron y saludaron a Matigari al pasar. No sabían quién era el que estaba dentro del auto. Se preguntaron simplemente: “¿Quién es este dignatario?” Todos cuchicheaban la misma pregunta. ¿Quién era ese dignatario en un Mercedes Benz negro? Y no obstante, no les sorprendía que un dignatario hubiera llegado al lugar de los hechos. Todos sabían a qué grado estaban preocupados el gobierno y el partido en el poder por la segunda llegada de Matigari. Aun si Matigari fuera el propio Je-

sucrismo, debía ser inmediatamente arrestado, o incluso abatido a vista.

Matigari condujo hacia el estacionamiento y giró el volante hacia un lado. El frente del auto apuntaba ahora hacia la entrada principal de la casa. Dirigió el auto directamente hacia la puerta y entró llevándosela con todo y auto al interior del edificio.

Los carros de policía se detuvieron bruscamente en el exterior. Los policías que estaban dentro salieron con sus pistolas listas. Gĩcerũ el soplón salió junto con ellos. Uno de los policías llevaba un *walkie talkie* y empezó a llamar por él.

La gente vio a los soldados y a los policías rodear rápidamente la casa. Llegaron más transportes militares que descargaron a la Unidad de Tiradores Paramilitares, con sus armas preparadas. La gente entendió de pronto lo que estaba sucediendo. Todos empezaron a gritar: “¡Matigari ma Njirũngi! ¡Matigari ma Njirũngi!”

El oficial responsable estaba ahora sobre el techo de su Land Rover y se dirigía a la multitud con un altavoz.

“Hay una banda de criminales muy peligrosos dentro de la casa”, dijo. “¡Están armados!”

Se volvió luego hacia la casa e hizo otro anuncio. Tenía una voz potente que reverberaba en la oscuridad silenciosa que parecía llenar el mundo entero.

“¡Matigari, tú y tus secuaces, sean quienes sean, deben rendirse todos! ¡Están rodeados por todos lados por las fuerzas de seguridad! ¡*Rĩndanse!* Salgan de la casa, con las manos al aire. No se les hará daño alguno.”

Afuera, la multitud seguía gritando:

“¡Matigari! ¡Matigari!”

El oficial responsable de la Unidad de Tiradores Paramilitares les advirtió que quien se atreviera a vitorear una vez más sería abatido en el acto. Un silencio solemne se hizo sobre ellos. Un silencio que no era tanto el resultado de la advertencia, sino de la tensión que les provocaba la emoción de esperar a ver qué sucedería al final.

El oficial responsable de las fuerzas armadas volvió a hacer el anuncio:

“Matigari, sabemos que estás dentro de la casa. ¡Entrégate! ¡Ríndete! Nadie te hará daño. Puedes decirle a los demás que están contigo que hagan lo mismo. Pero si no se rinden, serán abatidos. Están rodeados por todas partes. No tienen forma de escapar. No escuchen a Matigari.”

Los faros, las luces de búsqueda y las antorchas iluminaban ahora la casa desde todas las direcciones. Los soldados se aproximaban al edificio subrepticamente, ocultándose detrás de los árboles, automóviles y matorrales, e intentando asegurarse de que una persona que estuviera dentro de la casa no pudiera ver sus movimientos.

“Hagan lo que hagan ahora, están cubiertos. Esto es una advertencia. Les doy cinco minutos para rendirse; de otro modo, daré la orden de abrir fuego.”

A cada minuto, el oficial lanzaba una advertencia:

“Les quedan cuatro minutos.”

“Tres minutos.”

“Dos minutos más.”

“¡Un minuto!”

De pronto una bola de fuego estalló y se expandió hacia afuera por las ventanas de la casa.

Y fue entonces como si de pronto las bocas de la gente se hubieran abierto repentinamente. Gritaron y se agitaron desordenadamente. La multitud se puso en marcha hacia la casa. Esto tomó totalmente por sorpresa a los soldados. No podían contener a la turba que avanzaba.

Cantaban: “¡La casa de Boy está ardiendo! ¡La casa de Boy está ardiendo!”

Algunos trataron de trepar a la casa por las ventanas que parecían estar libres de humo. Querían saquear la casa. Cada uno quería estar seguro de llevarse algo de la casa, por pequeño que fuera.

Y seguían cantando: “¡La casa de Boy el malo está ardiendo! ¡La casa de Boy el malo está ardiendo!”

Negras nubes de humo rechazaban a los que intentaban entrar en la casa por las ventanas. Lenguas de fuego se enroscaban peligrosamente alrededor de los marcos de las ventanas. La muchedumbre se echaba atrás, formando un anillo enorme alrededor. Seguían cantando:

¡Está ardiendo!  
 Sí, la casa de Boy el malo está ardiendo.  
 Calentémonos en su fuego.  
 ¡Está ardiendo!

Rodeaban la casa, sin dejar de cantar. “¡La propiedad de Boy está ardiendo!...”

El oficial responsable llamó a los bomberos con su *walkie talkie*. Pidió también refuerzos, porque parecía como si la turba estuviera saliéndose de control y pudiera atacar y avasallar a las fuerzas de seguridad o ponerse a incendiar otras casas en los alrededores.

Se escuchó una fuerte explosión dentro del edificio. Fragmentos de piedra fueron proyectados en el aire y algunos cayeron sobre la multitud. Era como si la casa hubiera sido volada con una bomba.

Había sido el Mercedes Benz que había explotado finalmente con grandes llamas, acrecentando el resplandor de todas las lenguas de fuego que ya eran escupidas desde la casa en todas direcciones.

Todas las lenguas se fusionaron en una gran hoguera. Las llamas alumbraron toda la propiedad, los campos y sus alrededores.

Fueron los niños los que iniciaron los acontecimientos que siguieron a esto. Gritaron: “¡También esas otras casas deben arder!” Convirtieron la llamada en un refrán:

¡Todo lo que pertenece a estos esclavos tiene que arder!  
 ¡Sí, todo lo que pertenece a estos esclavos tiene que arder!  
 ¡Su café tiene que arder!  
 ¡Sí, su café tiene que arder!

¡Su té tiene que arder!  
 ¡Sí, su té tiene que arder!

El resto de la gente hizo más antorchas a partir de la casa que ardía y se unieron al canto:

¡Sus autos tienen que arder!  
 ¡Sí, sus autos tienen que arder!  
 ¡Que todos los autos de los otros opresores ardan!  
 ¡Sí, que todos los autos de los demás opresores ardan!  
 ¡Y los de los traidores también!  
 ¡Las propiedades de los que roban a las masas tienen que arder!  
 ¡Las propiedades de los que roban a las masas tienen que arder!  
 ¡La pericología de esta tierra tiene que arder!  
 ¡Sí, la pericología de esta tierra tiene que arder!

¡La cultura de la pericología tiene que arder!  
 ¡Sí, la cultura de la pericología tiene que arder!

¡El chovinismo de la nacionalidad tiene que arder!  
 ¡Sí, el chovinismo de la nacionalidad tiene que arder!

Empezaron a incendiar todos los Mercedes Benz que había a la vista. Sus conductores corrieron para salvar sus vidas. Los únicos que escaparon fueron los que estaban estacionados en las orillas de la propiedad y junto a la carretera principal.

La gente se dividió en grupos y avanzó hacia las diferentes casas y propiedades. De esa forma dejaron a las fuerzas armadas sin posibilidad de hacer nada. Le pusieron fuego a las casas.

Quemaron las casas.  
 Quemaron los arbustos de té.  
 Quemaron las matas de café.  
 Quemaron los vehículos.

Y haciendo esto, intensificaban su canto, como si ahora estuvieran en guerra con los opresores.

¡Que arda la detención sin derecho a juicio, que arda!  
¡Que arda la detención sin derecho a juicio, que arda!

¡Que arda el exilio de los patriotas, que arda!  
¡Que arda el exilio de los patriotas, que arda!

¡Que ardan las cárceles donde están encerrados nuestros estudiantes patriotas, que ardan!  
¡Que ardan las cárceles donde están encerrados nuestros estudiantes patriotas, que ardan!

¡Que ardan las cárceles donde están encerrados nuestros patriotas, que ardan!  
¡Que ardan las cárceles donde están encerrados nuestros patriotas, que ardan!

¡Que arda la pericología, que arda!  
¡Que arda la pericología, que arda!

Pero más allá de toda esta actividad y conmoción, todos se hacían la misma pregunta: ¿Dónde estaba Matigari ma Njirũngi?

Las fuerzas de seguridad se preguntaban lo mismo: ¿Dónde estaba Matigari ma Njirũngi?

El oficial responsable le ordenó a las fuerzas de seguridad que detuvieran esta destrucción sin motivo de la propiedad privada. Dispararon tiros al aire.

Cuando John Boy Junior supo que su casa había sido incendiada, se desmayó. Fue llevado a toda prisa al hospital. ¿Dónde se iban a alojar su mujer y sus hijos al volver de sus vacaciones en los EUA?

John Boy no era el único en sentir este terror privado. Muchos hombres de negocios *comprador*<sup>39</sup> pasaron una noche de insomnio en aquella ocasión. Pensaron y proclamaron que la insurrección había sido planeada cuidadosamente. Pero todavía se preguntaban: ¿Quién era realmente ese Matigari?

<sup>39</sup> En español en el original.

¿Era esta insurrección el inicio de otra lucha de guerrillas, una repetición de una lucha como la que se había peleado contra los colonialistas? ¿Y por qué las fuerzas de seguridad no habían matado a todos los que habían realizado esta asonada? ¿Cómo podía ser que hubieran permitido a Matigari escapar de entre sus manos? ¡No! Tenía que haber habido planes para dar un golpe de Estado, concluían algunos.

Cuando las noticias de la insurrección y los actos de asonada llegaron a oídos de Su Excelencia *Ole Excellence*, éste promulgó inmediatamente una nueva ley: “Disparen a vista, disparen a matar”. Ordenó entonces que Matigari fuera llevado a la casa de Estado *vivo o muerto*.

Algunos soldados permanecieron en el lugar de los hechos, esperando a que el fuego se apagara para poder buscar los restos de Matigari.

Cuando llegaron los bomberos, no sabían cómo empezar a luchar contra el fuego. Se quedaron allí, hipnotizados a la orilla del camino, con sus sirenas sonando en medio de la noche.

Llegaron más soldados en camiones militares. Corrieron a proteger las casas que aún no habían sido atacadas.

Fue Gĩcerũ quien vio primero el sombrero de Matigari en los campos cerca de la verja.

El oficial responsable pidió que trajeran a los perros... Dos policías que llevaban dos perros alsacianos se presentaron a su jefe en el acto. Los perros registraron el aroma.

“Traiganme a Matigari, vivo o muerto”, ordenó el oficial responsable, haciéndose portador de los deseos de Su Excelencia *Ole Excellence*. Ofreció una recompensa de 5 000 libras a cualquier policía o soldado que trajera a Matigari vivo o muerto.

Así se inició la mayor búsqueda que se hubiera visto jamás en aquella región. Empezó incluso antes de que las llamas de las casas incendiadas se hubieran extinguido. Pero los soldados que participaban en la cacería estaban preocupados: “¿Quién es Matigari?”, se preguntaban el uno al otro. “¿Cómo

diablos lo vamos a reconocer? ¿Qué aspecto tiene? ¿De qué nacionalidad es? Y de cualquier forma, ¿es Matigari un hombre o una mujer? ¿Es joven o viejo? ¿Es gordo o es esbelto? ¿Es real o es tan sólo un invento de la imaginación de la gente? ¿Quién o qué es en realidad Matigari ma Njirũngi? ¿Se trata de una persona o de un espíritu?”

## 20

“¿Cómo te las arreglaste para escapar?”, le preguntó Gũthera a Matigari.

“¡Escapé por la ventana!”, contestó Matigari. Su corazón estaba lleno de pesar. Pero miró hacia adelante, como buscando alcanzar algo en la distancia.”

“¿No estabas asustado con tantas armas apuntándote?”, preguntó Mũriũki.

“Por supuesto que estaba asustado”, contestó Matigari. “Pero tenemos que aprender a vencer el miedo. Debemos ganar la batalla contra el miedo que ha descendido sobre esta tierra. El miedo en sí mismo es el enemigo del pueblo. Cría miseria en la tierra... Pero ¿cómo me encontraron en esta muchedumbre?”

“Tu sombrero”, dijo Gũthera.

“¿Dónde está ahora?”, preguntó Mũriũki.

“No sé dónde cayó”, respondió Matigari, “pero no importa, ya hizo su trabajo, por lo menos los guió hasta donde yo estaba.”

“Pensé que te habías quemado adentro de la casa”, dijo Gũthera.

“Pensé que te arrestaría la policía”, dijo Mũriũki.

“¡O que te dispararían!”, agregó Gũthera.

Matigari, Gũthera y Mũriũki descansaban en una colina. Estaba oscuro pero Matigari conocía todos los caminos. Se dirigieron al árbol de *mũgumo* donde Matigari había escondido sus armas: la AK47, la pistola, el cinturón de cartuchos y

la espada. A lo lejos, detrás de ellos, aún podían ver las llamas alzándose hacia el cielo.

“Una oscuridad tan intensa es siempre seguida por un amanecer,” dijo Gũthera.

“Sí, ya casi amanece”, respondió Matigari. “¿Cuál era la canción que solíamos cantar?”

Si tan sólo amaneciera,  
Si tan sólo amaneciera,  
Para poder compartir las frías aguas con el pájaro madrugador...  
El amanecer está aquí, y ya ha surgido el sol”

Antes de terminar la canción escucharon ladridos de perros.

“Nos están siguiendo”, dijo Matigari. “Pero acallen sus miedos, estén preparados, ya que éste es sólo el principio de muchas dificultades por venir.”

“¿De dónde vienen los ladridos?”, preguntó Mũriũki.

“Están en el valle detrás de nosotros”, dijo Matigari.

Caminaron pendiente abajo en silencio. Detrás de ellos podían ver el parpadeo de las antorchas de los policías. Las antorchas avanzaban cada vez más, acortando la distancia entre ellos.

“Si nos apresuramos tal vez podamos llegar al árbol de *mũgumo* antes de que nos alcancen”, dijo Matigari, tratando de darles esperanzas. “Una vez que me ponga la cartuchera nadie será capaz de cruzar el río, aun si vienen por millares.”

La persecución duró toda la noche. Pronto el horizonte se teñía con los primeros destellos del amanecer. Matigari, Gũthera y Mũriũki estaban muy cansados. El río no estaba lejos ahora pero los perros se estaban acercando. Entre ellos y el río había un espacio abierto.

“Si logramos cruzar el río que ves ahí”, dijo Matigari, “el enemigo nunca podrá tocarnos. Ahí en esos bosques y montañas encenderemos el fuego de nuestra liberación. ¡Nuestra primera independencia ha sido revendida al imperialismo por los sirvientes que pusieron en el poder!”

De pronto se dieron cuenta de que los rastreaban desde todas las direcciones. La jauría que los seguía parecía un rebaño de borregos. Matigari recordó cómo, hace mucho tiempo, el Colono Williams y sus amigos habían ido a cazar zorros.

“Todo lo que necesitan son caballos para completar el cuadro de una cacería”, dijo Matigari, tratando de averiguar cómo iban a cruzar el río.

“¡Oh, miren!”, exclamó Mūriūki. “¡Allá tienen caballos!”

En efecto, a su derecha y a su izquierda estaba la policía montada, acompañada de una jauría.

“Nosotros somos los zorros”, les dijo Matigari. “Ahora tenemos que correr como zorros, no corran en línea recta, traten de correr de lado a lado. ¿Están listos? De acuerdo, ¡vamos!”

Corrieron al espacio abierto y llegaron al río, en cuyo lado opuesto esperaban sus vidas.

Y de pronto el mundo entero estaba lleno del sonido de disparos.

Gūthera gritó y cayó al suelo. Matigari y Mūriūki se tiraron al suelo también, pero no fueron heridos.

“¡Sigue arrastrándote! Pero recuerda: ¡no en línea recta!” Matigari suplicó a Mūriūki. “Mūriūki, cruza el río y trae mi AK47 de debajo del árbol de *mūgumo*. Haz todo lo posible por volver a mí.”

Mūriūki partió. Corrió en zigzag. A veces caía y rodaba pero aun así se levantaba y corría, dirigiéndose al río. Luego lo cruzó.

Gūthera estaba gritando aún. Había sido herida en la pierna derecha y estaba sangrando profusamente.

“¡Váyanse, váyanse y ya!”, le dijo a Matigari. “Déjenme atrás. Déjenme morir. Déjenme morir.”

Pero Matigari la alzó en sus brazos y la llevó hacia el río. Los perros, los soldados y los caballos se acercaban cada vez más. Se podían escuchar disparos silbando desde todas las direcciones.

Matigari parecía ser protegido por algún poder mágico, porque las balas no lo tocaban... Como si al alcanzarlo se convirtieran en agua.

Ante él estaba el río. Estaba tan cerca... a unos cuantos pasos... Los perros ladraban justo detrás de ellos.

El rumor y el chapoteo de las aguas que corrían llegaron hasta Matigari. Un paso más... y estaría nadando en ellas... Sólo un paso...

Los perros saltaron sobre Matigari y Gũthera. Se arremolinaron a su alrededor. Rasgaron sus ropas, su piel. Pero ni una vez, ni una sola, Matigari soltó a Gũthera. Sus sangres se mezclaban y goteaban sobre la tierra, a la orilla del río.

La policía montada y los soldados vinieron corriendo hacia ellos. Incluso los soldados a pie corrieron hacia el gran motín. Matigari hizo acopio de toda la fuerza que pudo y, abrazando aún a Gũthera, se arrastró de rodillas, jalando detrás de sí a los perros, que gruñían mientras peleaban por carne humana.

Matigari y Gũthera cayeron al río.

Gotas de agua salpicaron hacia el aire, mojando la seca tierra en la ribera.

Los perros dudaron, sus lenguas oscilaban fuera de sus bocas. Algunos lamían la sangre de sus mandíbulas. Otros gruñían como anunciando al mundo: *Sisi mbwa kali*.<sup>40</sup>

Y de pronto refulgió el relámpago y un repique de truenos llenó el cielo. Primero unas cuantas gotas de lluvia cayeron, una aquí, una allá. Entonces un diluvio descendió de los cielos.

El ejército entero de cazadores había llegado a la orilla del agua. Algunos de los soldados aún estaban a caballo, otros a pie.

Estaban muy enojados, realmente resentidos con el destino; la recompensa de 5 000 libras vagaba sin rumbo en alguna parte del revuelto río.

<sup>40</sup> *Sisi mbwa kali* (kisujili): "Somos perros feroces".

Caminaron a lo largo de la ribera, esperando ver los cuerpos de Matigari y Gũthera flotando en las aguas o yaciendo en alguna parte de la orilla. ¿Estaban vivos o muertos? ¿Quién era Matigari?

La lluvia caía como si todas las llaves del cielo hubieran sido abiertas a su máxima capacidad.

Hasta este día, los rumores decían que la lluvia torrencial que cayó fue la misma que apagó los fuegos que habían consumido las casas. Por todo el territorio, los niños salían cantando:

¡Lluvia, lluvia,  
Déjame matarte un becerro,  
Y otro más  
Con campanas tintineantes en el cuello!

En todo el país seguía flotando la gran pregunta: ¿Quién era Matigari ma Njirũngi? ¿Estaba muerto o vivo?

## 21

Bajo el árbol de *mũgumo*, Mũriũki excavaba para sacar todas las cosas que había escondido Matigari.

Sacó la pistola y la cartuchera. Contó las balas. Luego tomó la AK47 y la miró. Desenterró la espada y la puso a un lado.

Se puso la cartuchera sobre el pecho por encima de su hombro izquierdo para que colgara de su lado derecho. Pasó la cinta de la espada sobre su brazo derecho y sobre el pecho para que la espada quedara en su lado izquierdo.

Finalmente, tomó la AK47 y la colgó sobre su hombro. Se quedó un rato debajo del árbol de *mũgumo*. Entonces escuchó un sonido de cascos. El corazón le dio un vuelco, pero se trataba sólo de un caballo sin jinete. Galopó a su lado, se detuvo un momento y lo miró. Luego desapareció en el bosque.

Mūriūki contempló la lluvia caer. Su vista recorrió la ribera del río donde había estado. Miró del otro lado y más allá, hacia otros valles, otras colinas y otras montañas.

Lejos, muy lejos, escuchaba el sonido de la sirena que llamaba a los trabajadores.

Recordó la noche de la huelga de los trabajadores y de pronto pareció escuchar sus voces, las voces de los campesinos, las voces de los estudiantes y de otros patriotas de todas las diferentes nacionalidades del territorio, cantando en armonía:

¡La victoria será nuestra!  
¡La victoria será nuestra!  
¡La victoria será nuestra!  
¡La victoria será nuestra!

*Cultura popular y grabado en Japón*  
se terminó de imprimir en enero de 2005  
en los talleres de  
Editorial Color, S.A. de C.V.  
Naranjo 96 bis, P. B., col. Sta. María la Ribera,  
06400 México, D.F.  
Tipografía: Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.  
Cuidó la edición la  
Dirección de Publicaciones de El Colegio de México.

Portada de Irma Eugenia Alva Valencia

El keniano Ngũgĩ-wa-Thiong´o, autor de *Matigari*, es el novelista y ensayista más importante de África del Este. Es autor de diecinueve obras de ficción y no ficción, drama y literatura para niños. *Matigari* es una novela escrita originalmente en kikuyu que guarda la forma y el estilo de las historias contadas en esa lengua, donde están presentes repeticiones, mitos, milagros, y muestra mediante esa expresión una de las formas de las luchas neocoloniales. El nuevo realismo de la novela –a veces discutido– es tan contundente que, muy poco tiempo después de su publicación en Kenia, el héroe fue confundido por el gobierno con un agitador revolucionario que el mismo gobierno decidió perseguir y arrestar. Cuando se descubrió la identidad ficticia del personaje, el libro se confiscó en todo el país.

Esta edición, traducida del inglés de la versión publicada por la Africa World Press, es la primera que se hace de esta novela en español.

Celma Agüero

